

MENSAJE AL FUTURO

PETER DANGER

Colección ESPACIO

MENSAJE AL FUTURO

PETER DANGER

Colección Espacio el Mundo Futuro nº 224

Depósito Legal: B. 11.571 — 1960

Núm. De Registro: 2.582 — 1960

Impreso por Ediciones TORAY, S.A. — Arnaldo de Oms, 51—53
BARCELONA

INTRODUCCIÓN

Me encontraba pasando unas vacaciones en Goslar, cerca de Brunswick, en el corazón de la Alemania Central.

Goslar, una aldehuela pequeña, situada entre montañas, es un verdadero paraíso para todo aficionado al alpinismo y a la caza. En un pequeño valle rodeado de altas montañas, muchas de ellas cubiertas de nieve aun en verano, sus alrededores abundan en corzos, ciervos, gamos, y toda una verdadera fauna de animales de caza mayor, que podrían hacer las delicias del más exigente aficionado al arte de la cinegética.

Pero yo me aburría.

No es que no me guste cazar, ni mucho menos las excursiones, pero si había ido allí, alejándome del bullicio de las grandes ciudades, había sido con un fin determinado: escribir algo. Desde hacía tiempo no hacía más que poner cuartillas en la máquina y romperlas seguidamente, desesperado. Por más que hacía no me llegaba la inspiración, ni siquiera en aquella soledad en que me había encerrado voluntariamente.

Había alquilado una casita pequeña, sita en la ladera de una también pequeña montaña, y como único servicio tenía a un viejo jardinero, llamado Launer. Era un tipo robusto y atlético, gran aficionado a todo lo que fuera andar por veredas difíciles, por lo que había recibido el nombre de «Ziege» (cabra), y por mi parte el de «Steinbock» (cabra montés), algo más apropiado a su carácter que el anterior. Más de una vez, en los tres meses que pasó allí, salimos juntos, llegando por vericuetos difíciles y caminos casi inaccesibles a las cúspides de las montañas más próximas, con lo que sólo había conseguido cansarme enormemente para encontrarme con un pico pelado, donde ni siquiera se podía encender fuego si no se llevaba previsoramente una buena provisión de leña.

Por eso quizás aquel día, cuando Launer me propuso ir a visitar la cima del monte «Gedurchbohrt» (horadado), una no muy alta montaña que tenía la particularidad de estar atravesada por multitud de cuevas y pasillos al igual que una criba, me negué, pues tenía la experiencia de otros días anteriores en los que me había

agotado enormemente, sin tener más compensación que el contemplar montones de rocas.

Cuando Launer se hubo ido y me quedé completamente solo en la casa, me senté frente a la máquina de escribir y me puse a teclear furiosamente.

¡Vano intento! En todo aquel día empecé siete novelas, que no pasaron de tener más de cinco páginas cada una. Al final lo tuve que dejar por imposible. La musa no quería iluminarme, y por más que me esforzara, no lograría formar un relato coherente.

Por la noche se desató una tormenta fenomenal, y el ruido de la lluvia y los lejanos truenos terminó de quitarme la poca inspiración que me quedaba. De moda que lo envié todo al diablo, cerré la máquina, y me acerqué a la biblioteca de la casa dispuesto a curiosear alguno de les muchos volúmenes que Launer tenía allí y, con un poco de suerte, empezar a leer alguno.

El jardinero era un hombre aficionado a la literatura de anticipación, y eso me gustó. Por desgracia, no había allí ninguna de mis novelas.., aunque no soy ni mucho menos tan célebre como para que mis obras se codeen con «El día de los Trífidos», de Wyndham, y «La guerra de los mundos», de Wells, pongo por caso. De todos modos, anoté en mi cerebro la intención de enviarle un ejemplar de cada una a la menor ocasión que tuviera... confiando en que corrieran mejor suerte que servir para avivar el fuego en la primera noche fría que se presentase. No obstante, se los enviaría.

Estuve unos momentos dudando entre Wyndham, al que había leído tres veces, y Wells, sólo dos. Al fin venció este último, y tomó el ejemplar, arrellanándome en una butaca.

Llevaría quizá dos horas leyendo cuando alguien llamó a la puerta, interrumpiéndome en plena lectura. Refunfuñando contra los visitantes intempestivos, fui a abrir preguntándome quién sería el valiente que se atrevía a visitarme en medio de aquella tormenta. Abrí la puerta, y resultó que el valiente no era ni más ni menos que el propio Launer.

Launer ocupaba un pequeño pabellón situado a unos diez metros de la casa, por lo que pude apreciar la intensidad de la lluvia al observar que venía completamente empapado. Apenas abrí yo la puerta, penetró en el interior, sacudiéndose como un perro mojado.

No soy ningún observador hábil, pero me percaté en seguida de

que Launer estaba agitado y nervioso por alguna causa desconocida, que hubiera podido ser muy bien una discusión con su mujer, pongo por modo que me dirigí hacia él, y ya iba a sentarme, cuando mis ojos se fijaron en un objeto. ¿Adivina qué?

—No — ahogué disimuladamente un bostezo —. ¿Qué?

Me miró, con esa mirada que ponen los prestidigitadores cuando hacen desaparecer algo de la vista del público, y terminó, con aire triunfal:

—Esto.

Me quedé contemplando el cilindro que mostraba y que me pareció un simple trozo de metal sin importancia. ¿De modo que para contarme aquello se había empapado de agua hasta los huesos, inundándome el suelo de toda la casa con sus pies mojados?

—Todo eso está muy bien — argüí—, pero... ¿qué tiene de raro ese trozo de metal para que venga todo agitado a mostrármelo?

—Pues a eso iba. — Se acercó, como si fuera, a revelarme un importante secreto —. Verá; en un principio me dije que aquello sería un trozo de metal corriente y moliente, pero me extrañó su presencia en aquel lugar. En fin, que lo recogí y lo metí en la mochila.

«Descansé un rato dentro de aquella cueva, y regresé a casa poco antes de anochecer. Al descargar la mochila, me tropecé de nuevo con él — volvió a señalar el cilindro —, del que ya casi no me acordaba. Curioso, lo manoseé un rato. ¡Y, entonces, el canuto se abrió!

Hizo una pausa y yo, hasta entonces indiferente, empecé a interesarme por el relato. ¿El cilindro se había abierto? Pero... ¿cómo?

Launer, como adivinando mi muda pregunta, lo cogió entre manos y me lo mostró.

—Vea — dijo.

Lo tomó por los dos extremos y los hizo girar en sentido contrario. Se oyó un chasquido y, efectivamente, ¡el cilindro se abrió longitudinalmente por la mitad!

Pero si esto sólo ya era de por sí sorprendente, más lo fue cuando pude observar, en su interior, una gran cantidad de hojas cuidadosamente colocadas. Estaban escritas en tipo de imprenta, por un procedimiento desconocido, ¡y en un perfecta y nítido

alemán!

—Esto es lo que quería enseñarle, señor — me dijo Launer —. Al verlo por primera vez no pude resistir la tentación de leerlo. Bueno, pues lo que pude entresacar del relato que hay aquí me sorprendió tanto que... en fin, que quise traérselo a usted, que está más versado en estas cosas, para que lo viera.

—¿Por qué? — inquirí, curioso, sin saber todavía de qué se trataba—. ¿Tan importante es? ¿Acaso se trata de un mensaje... extraterrestre?

—No, señor. Es algo mucho más sorprendente. Según dice aquí, es el mensaje de un hombre que vivió hace millones de años... y que nacerá de nuevo dentro de poco.

Me lo quedé observando como si se hubiera vuelto loco. ¿Un hombre que había vivido hacía millones de años, pero que nacería de nuevo dentro de poco? Por unos momentos pasó por mi imaginación la botella do coñac semivacía, y pensé que a lo mejor el licor se le había subido a la cabeza. Como tenía tan poca costumbre de beber...

Launer me señaló el conjunto de hojas, instándome:

—Léalo, por favor. Léalo.

Me encogí de hombros. Al fin y al cabo, nada perdería con un rato de lectura. Cogí el conjunto de hojas y lo examiné unos momentos con curiosidad. Después, lo abrí por la primera hoja.

Y leí.

* * *

He terminado de leer el manuscrito, y su contenido es tan increíble, que no puedo por menos que pensar que todo ha sido obra de un loco.

Pero no; el tono en que está escrito es demasiado convincente para ser obra de un maniático o un bromista. Además, el material del que se componen las hojas y el cilindro, así como la forma en que están escritas las primeras, es tan raro...

En verdad, he de confesar que empiezo a creer todo lo que acabo de leer. Y quizás por eso, quiero cumplir la voluntad de Hugo Flap, el autor de este relato. Mañana, cuando amanezca, Launer y yo iremos de nuevo a la cueva de la montaña horadada, y

depositaremos otra vez el cilindro en el lugar donde fue hallado, para que Hugo Flap, el nuevo Hugo Flap que todavía ha de nacer, lo encuentre como está previsto.

Pero antes, no puedo resistir la tentación de copiar este manuscrito y ofrecerlo al público para que él, juez y jurado, lo juzgue. Por eso, y después de esta breve introducción, paso a transcribir al papel lo que puede transformar el destino del mundo.

Este mensaje al futuro.



CAPÍTULO PRIMERO
PRINCIPIO

HUGO FLAP:

Cuando encuentres este mensaje, en el banco de piedra de la «cueva divina de la montaña horadada», como tú y Lydia habéis llamado siempre a esta hendidura situada en plena montaña, yo habré muerto ya hace millones de años. Sin embargo, mi esencia, mi «ego», habrá vuelto a nacer, y estará latente en otra persona:

Tú.

Cuando encuentres este mensaje, repito, no sé si será la primera, segunda, tercera o cuarta vez que penetras en esta cueva. De todos modos, estoy seguro de que terminarás encontrándolo, y por eso lo he escrito. Porque quiero que sepas que, una vez leído este mensaje, el futuro de la Tierra estará en tus manos.

Tara que no creas que esto es una simple broma, voy a describirme tanto física corno moralmente, con lo cual te habré descrito también a ti mismo.

Soy alto, un metro setenta y ocho, y más bien macizo. Anchas espaldas, fuertes brazos, estrecha cintura y poderosas piernas, tengo (o tienes, es lo mismo) buena musculatura, de modo que en la Universidad hemos (es mejor hablar en plural) ganado varios premios de gimnasia.

Tenemos el cabello rubio, muy corto y rizado, y los ojos azules. La nariz recta, las orejas pequeñas, y los labios (también hay que confesar los defectos) un poco grandes. Pero a pesar do esto, somos lo que llaman un hombre interesante.

A los Catorce años iniciamos en la Universidad de Berlín la carrera de ingeniería, en cuyos exámenes logramos matrícula de honor. Hemos sido unos grandes aficionados a la astronomía, y a esa nueva ciencia de la dimensiología, o sea, el estudio de las dimensiones. A los veintidós años nos preparamos para las oposiciones a la dirección del nuevo túnel de enlace Berlín—Francfort, para lo cual hemos presentado los planos en la oficina pertinente. Esas obras (tú aún no lo sabes), serán encomendadas al final a otro ingeniero.

Pero la época en que tú encontrarás este manuscrito será la época feliz de tu existencia. Sí, te has enamorado.

Ha sucedido hace poco, cuando te decidiste a tomar unas vacaciones, y escogiste el tranquilo pueblecito de Goslar, dispuesto a pasar unos días en completa soledad y reposo. Sin embargo, no contabas con que allí se encontraba Lydia, quien, insensiblemente, se hizo dueña de tu corazón.

La conociste hace un par de semanas, en un baile que dieron en el pueblo. Tú tenías calor, y ella, también. Salisteis al jardín a pasear, y estuvisteis hablando de muchas cosas. Al otro día volvisteis a salir, y así sucesivamente, hasta que te has dado cuenta de que la quieres, y de que te has de declarar cuanto antes, pues tus vacaciones están tocando a su fin.

Quizás digas que todo esto que acabas de leer lo puede saber cualquiera que habite en el pueblo, pero te daré una prueba mencionándote un detalle que sólo tú sabes. Lydia tiene un lunar en la espalda, cerca del omoplato izquierdo. Ella no se había apercibido de su existencia hasta que tú se lo hiciste notar cuando... Bueno, tú ya sabes cuándo fue eso.

Y ahora voy a confiarte mi historia que, con el correr del tiempo y si tú no lo evitas, será también la tuya. La voy a relatar punto por punto, con pelos y señales, para que así quede grabada en tu cerebro. Así, cuando los hechos vayan sucediéndose tal y como yo te los he descrito, tú podrás constatarlos con este manuscrito, y así podrás convencerte de la veracidad del mismo. Has de tener en cuenta que aunque lo que voy a relatarte te parecerá a ti futuro, ha pasado hace millones de años, y sus protagonistas, aunque idénticos a los que viven contigo y te rodean, son otros que pertenecen a un remoto pasado, aunque ahora hayan vuelto a resucitar para vivir de nuevo la misma trágica historia...

Sólo te pido que prestes mucha atención a lo que vas a leer a continuación. Porque, cuando hayas terminado de hacerlo, tu destino, el de Lydia, que será ya tu esposa, y el de la humanidad entera, estará en tus manos.

* * *

Cuando mis vacaciones terminaron, el día veintitrés de julio del año 2014, volví con Lydia a Berlín. Un día antes, en la humilde iglesia de Goslar, ella y yo nos casamos, y pasamos nuestra luna de

miel en el tren monorraíl que va desde Hannover a Berlín. Hannover está algo separada de Goslar, y el trayecto tuvimos que hacerlo en un incómodo y anticuado coche de línea.

Poro el objetivo principal, llegar a Berlín el día veinticuatro, quedó cumplido. Aunque al llegar allí hubiera querido que me tragara la tierra. El proyecto del túnel Berlín—Francfort había sido adjudicado finalmente al ingeniero Raoul Kercks, el cual, según la Comisión, había sido quien había presentado mejores planos.

A este mi primer fracaso de envergadura en mi carrera de ingeniero siguió una temporada de completa depresión moral por mi parte que, de no haber sido por Lydia, no hubiera podido superar. Por suerte, el ánimo y la confianza que por aquel entonces a mi me faltaban le sobraban a ella, y entre los dos pudimos capear la crisis.

Durante un tiempo me dediqué a ejecutar pequeños trabajos de escasa importancia por cuenta de diversas compañías particulares, los cuales me sirvieron para ir viviendo e incluso para poder ahorrar algún dinero. Por lo demás, Lydia me quería, yo la quería a ella, y se puede decir que éramos relativamente felices.

En este estado de cosas transcurrió una larga temporada (más de un año) de completa oscuridad para mí. Nadie conocía mi nombre, nadie apreciaba mi talento, nadie demandaba mis servicios…

Hasta que, como una ráfaga, una idea luminosa pasó por mi mente.

Dicen que la oportunidad de una persona solamente pasa una vez en la vida, y es tan fugaz que muy pocos logran agarrarla. La mía pasó entonces y, por suerte, la vi claramente.

¡Construir una máquina pata trasladarse por el tiempo!

En su forma base, la idea no era ni mucho menos original. Durante miles de años, éste había sido el sueño dorado de millones de sabios, que habían perdido lamentablemente su vida y sus esfuerzos en aras de una quimera inconseguible. ¡Y ahora yo, un humilde ingeniero casi desconocido, acababa de idear el modo de conseguirlo!

En base, el principio fundamental de una máquina del tiempo es muy sencillo, y está expuesto en los más elementales principios de la dimensiología. Un cuerpo, por muy pequeño que sea, no puede trasladarse por el hiperespacio, ese imaginario espacio que nos

rodea y por el cual transcurre esa nueva dimensión que es el tiempo. Pero sí pueden trasladarse por él los átomos disgregados. Tras muchos esfuerzos y ensayos, el profesor ruso Nekhludov (1971—2010) había hallado el medio de disgregar la materia sin destruir su constitución íntima, pero, como todo el mundo, había tropezado con la principal y más peliaguda cuestión: trasladar esta materia disgregada por el tiempo. Nadie hasta entonces había logrado solucionar el gran problema.

¡Y, ahora, por mi mente acababa de pasar en síntesis el método real y positivo de lograr este último anhelo!

Rápidamente, sin perderme en elucubraciones inútiles, me lancé a emborronar cuartillas con fórmulas matemáticas y esquemas, y al fin, tras muchos tanteos y experimentos, pude construir los planos de mi portentosa máquina. Una noche, cuando ésta ya había tomado forma en el papel, so lo mostré a mi esposa.

—Es una locura — me dijo cuando le hube expuesto mis planes —. Aunque sea un proyecto realizable, ¿quién te va a creer? La gente no quiere utopías, quiere realidades. Y tú no puedes ofrecérselas.

—Ya lo sé — argüí —, pero no cuesta nada probar. Este invento, si puede llevarse a la práctica, será el descubrimiento más sensacional de la historia. ¿No comprendes que con él se podrá investigar el pasado y el futuro, adquirir nuevos conocimientos, y lograr un sinfín de cosas que sin él serían siempre inalcanzables? Ya veo los adelantos...

—Por Dios, Hugo — me interrumpió ella —. Aunque veas todo eso, la dificultad estriba en que te lo aprueben. Y eso lo veo un poco difícil.

—Claro — me crucé de brazos, fingiendo un enojo que no sentía —. Mi propia mujer es la que menos me alienta en mis propósitos.

—No, Hugo, no es eso. Ya sabes que yo siempre te he alentado. Pero lo que te propones lo encuentro tan irrealizable...

—Do acuerdo, Lydia. Todo eso ya lo sé. Pero quiero intentarlo, ¿comprendes? Al fin y al cabo, nada voy a perder.

—Bien, Hugo. Quizá tengas razón...

Pero no estaba convencida con mis razones, como tampoco lo estaba yo. Do todos modos, me había hecho a la idea de que tenía que intentarlo, y dos días después me encaminaba hacia la sección

de patentes, de la cual pasé a la de «Proyectos y Colaboraciones en pro del Engrandecimiento del Estado», un departamento oficial con un título muy largo para una oficina muy pequeña.

Como había pronosticado Lydia, allí me dijeron que dejara los planos, y que ya me comunicarían su decisión… Días más tarde, recibía por correo de nuevo mis planos, con una nota adjunta que decía lacónicamente:

«Demasiado costoso y demasiado hipotético.»

Total, que me lo rechazaban de plano. El Estado alemán no se atrevía a despilfarrar unos cuantos millones de marcos para nada.

Al igual que con el fracaso del túnel Berlín—Francfort, sucedió a este hecho una temporada de completo abatimiento, en la que me consideré el más inútil de los hombres. Lydia me animaba constantemente, pero esto no me daba pie para resurgir a mí mismo y volver a presentar batalla. Ni siquiera tenía ánimos para presentar el proyecto a una entidad particular, tal como había pensado hacer si era rechazado por el Estado. «¿Para qué? —le decía a Lydia—. Si también me lo rechazarán…»

Un día, dos meses después de serme devueltos los planos, vino a mi casa un hombre que resultó ser periodista.

—Estamos haciendo un reportaje — me explicó — sobre los mejores proyectos rechazados por el PICEP— DEDE (siglas con que se conoce el departamento de Proyectos y Colaboraciones, etc.), y entre ellos se encuentra el suyo. Le agradecería que me diera algunas informaciones sobre el invento de su… máquina del tiempo.

El modo con que pronunció las palabras «máquina del tiempo» me hizo entrar en deseos de echarle de mi casa por el expeditivo procedimiento de darle con el pie en salva sea la parte. Pero Lydia, sensata como siempre, intervino, susurrándome al oído:

—¿No comprendes que es tu oportunidad, Hugo? Si se publica en el periódico la reseña de tu invento, a lo mejor alguien se interesa por él y se atreve a financiarlo.

Tuve que admitir, muy a pesar mío, las razones de mi esposa, y contesté amablemente (lo más amablemente que pude teniendo en cuenta mi humor) a las estúpidas y malintencionadas preguntas del periodista. Después, cuando apareció el reportaje en el periódico, no tuve más remedio que esperar, mordiéndome las uñas.

Confieso que a pesar de todo fundé grandes esperanzas en aquel

reportaje, y si nadie se hubiese presentado, hubiera sufrido un rudo golpe difícil de superar. Pero la experiencia tuvo éxito.

Cinco días después de la aparición de la reseña, un hombre ya maduro, rico, a juzgar por las elegantes ropas que vestía y el enorme habano que fumaba, penetró en mi casa.

—¿*Herr* Hugo Flap? —inquirió cortésmente.

Lydia, que había sido quien había abierto la puerta, lo introdujo rápidamente en mi despacho, donde yo fingía un trabajo que distaba mucho de tener.

—¿Qué desea? —pregunté al visitante, mientras buscaba entre los papeles un imaginario expediente.

—Pues verá — me mostró el recorte del periódico donde estaba inserto el reportaje —. He leído este artículo, y me ha interesado sobremanera lo que en él afirma usted. ¿Es cierto que puede construir una máquina del tiempo?

Dejé de rebuscar el ya inútil expediente, que tampoco hubiera encontrado, y un nudo se formó en mi garganta.

—Pues... sí — pude apenas balbucir.

—¿Con un regular porcentaje de posibilidades de éxito ?

Volví a afirmar, esta vez con la cabeza, pues las palabras ya no querían salir a mis labios.

—Pues bien — se recostó en el sillón, sacando un nuevo habano, que me ofreció —. Deseo financiar ese proyecto, tanto si al final resulta ser un éxito como un fracaso.

La noticia me sorprendió mientras encendía el cigarro, y tuve que toser fuertemente para expulsar todo el humo que me había tragado con el sobresalto. Cuando se apagaron mis toses, volvió a hablar él:

—¿Cuánto cree que se necesita para construir el aparato?

Ahí era donde radicaba lo peliagudo del asunto, y por eso lancé tímidamente una cifra.

—Cinco millones de marcos... como mínimo.

Él se me quedó mirando, y por unos momentos creí que iba a marcharse por donde había venido. Pero sus próximas palabras desmintieron esta impresión.

—¿Cinco millones de marcos solamente? —exclamó, sin sorprenderse.

Lancé un hondo suspiro «in mente», y me envalentoné.

—Bueno... cinco millones como mínimo, ya se lo he dicho. Seguramente el presupuesto ascenderá algo más, quizá llegue a los seis millones...

—No se hable más del asunto — me cortó impetuoso —. Le extenderé un cheque al portador por diez millones de marcos. Creo que será suficiente...

¡Que si era suficiente! Estuve a punto de desmayarme. Sacó del bolsillo un talonario de cheques y rellenó uno.

—No crea que hago eso con fines comerciales — me dijo, mientras apuntaba un uno seguido de siete ceros —. Simplemente, tengo mucho dinero y deseo invertirlo en fines nobles antes de que lo dilapiden mis ansiosos sobrinos a mi muerte.

Trazó una enérgica firma y me entregó el cheque, levantándose. Con un ademán rechazó el recibo que intentaba hacerle.

—Soy parco en palabras — me dijo como despedida —, y no me gusta que me hagan elogios. Solamente deseo estar presente en algún experimento, y probar alguna vez de viajar al futuro o al pasado. ¿Cree que podré obtener este favor de usted?

—¡Indudablemente! —respondí con más vehemencia de la normal.

Bueno, pues, jovencito. Le deseo que tenga mucho éxito, y ya nos veremos en alguna otra ocasión.

Me estrechó la mano y se fue, subiendo a un espléndido coche último modelo que le esperaba a la entrada, mientras yo, al borde del desfallecimiento, cerraba la puerta. Lydia acudió rápidamente.

—¿Qué quería, Hugo? —inquirió.

Sin fuerzas ni para hablar, le tendí el cheque, Lo que sucedió después, no lo recuerdo. Creo que saltamos, reímos, cantamos... o quizá me desmayé.

* * *

Los trabajos de construcción de la máquina del tiempo adelantaron rápidamente. ¿Qué no podía hacerse rápido con diez millones de marcos en efectivo?

A los dos meses de la visita de Maltus Milred, que así se llamaba mi benefactor, el aparato ya había adquirido consistencia, y la parte exterior estaba completamente terminada. Tan sólo faltaban algunas

conexiones interiores, trabajo largo y delicado que precisaba gran atención, y que precisamente por eso yo había dejado para el final.

Por aquel entonces, el propio Milred acudió a visitar el ingenio.

Era una tarde soleada, y las ventanas abiertas daban al aparato un conjunto de luces y reflejos que lo hacían parecerse a un arca de caudales. En efecto, su forma recordaba a la de estos aparatos, si bien su altura sobrepasaba los dos metros y medio. De la parte superior, donde se hallaba una especie de arco voltaico protegido por una campana de cristal, emergían dos gruesos tubos que iban a morir en un gran cuadro de mandos adosado a la pared. Ésta fue la parte del aparato que atrajo más la atención del multimillonario.

—¿Cómo funciona? — me preguntó, sin abandonar en ningún momento su habitual cortesía y educación.

Me desviví por explicárselo, señalándole los puntos más importantes de su gobierno. En realidad, no había mucho que explicar. Una serie de tres grandes conmutadores, marcados con rojo como signo de precaución, ponían en funcionamiento el enorme arco voltaico, que no era más que un desintegrador de átomos de gran potencia. Un desintegrador, por otra parte, que tenía la cualidad de no dispersar los átomos desintegrados, antes al contrario, los mantenía unidos entre sí, de modo que la materia en cuestión sometida al mismo podía volver a unirse de nuevo con sólo invertir los mandos.

Pero este aparato, que a primera vista parecía ser el más importante y fundamental de la máquina, no era más que una parte ínfima, la fase previa de la verdadera «teleportación» en el tiempo. Esta última, gobernada por una palanca graduada de mandos, operaba bajo el siguiente fundamento:

La Tierra, en su recorrido por el reino solar, ocupa diversas posiciones, las cuales determinan la sucesión de estaciones y demás fenómenos anejos. La vulgar realidad que cree mucha gente es que nuestro mundo, periódicamente, vuelve a pasar por el mismo sitio. Y nada hay más equivocado. Todo el sistema solar, en su conjunto, se mueve dentro de un espacio mucho mayor, de modo que nuestro mundo no ocupa ni ocupará nunca un mismo lugar en el espacio, sino que un punto de éste por donde haya pasado una vez la órbita de la Tierra, no la conocerá más. Basándose en esto, se llega a la conclusión de que sí se envía un cuerpo cualquiera a la posición del

espacio que ocupaba (u ocupará, en plano hipotético) la Tierra en una determinada fecha, pero sin abandonarla en ningún momento, el objeto en cuestión volverá a materializarse en el momento que ésta cruce aquel sector del espacio y, por ende, en la misma fecha en que nuestro planeta se encuentre allí.

Esto resolvía parte de la cuestión, pero el punto más peliagudo era el medio de conseguir que un cuerpo llegara a un determinado punto del espacio sin abandonar la Tierra. Por suerte, la solución la tenía en los teoremas de esta nueva ciencia que es la dimensiología. El tiempo, está archisabido y archidemostrado, es una dimensión. Por lo tanto, siguiéndolo, nos encontramos con una sucesión de Tierras que, a modo de oleoducto astral, recorren todos los puntos del espacio por los cuales ha pasado antes y pasará después. Y si bien se había demostrado que un cuerpo físico no podía recorrer esta dimensión, una materia desintegrada sí podía hacerlo. Ergo, dotándola de un impulsor adecuado (un vibrador ultrasónico de frecuencia especial supratransformable), se podía conseguir plenamente el objetivo propuesto.

Claro que esto no eran más que teorías y suposiciones que, si bien habían sido científicamente demostradas sobre el papel, nunca se habían llevado a la práctica. Pero yo estaba completamente convencido de que la experiencia demostraría y ratificaría su veracidad.

Sin embargo, Maltus Milred era un hombre práctico, de los que hacen caso omiso a los términos científicos y técnicos, para ceñirse a la realidad. Por eso se limitó a preguntarme:

—¿Cuándo piensa hacer la primera prueba?

—Tan pronto esté terminado — le respondí, señalando a mi gato que se hallaba husmeando en aquellos momentos por allí —. Pienso enviarlo a dos días de distancia (en el tiempo, naturalmente). Lo pondré ahí dentro, cerraré la compuerta, y manejaré los mandos. Cuando vuelva a abrir la compuerta el gato habrá desaparecido, y dos días después…

—¿Qué?

—Pues que lo encontraremos ahí dentro de nuevo, si el experimento no ha fallado.

—¿Y si falla?

Iba a contestarle «quedará desintegrado, rondando en esta

condición por el espacio—tiempo», pero me contuve. No quería que el financiador de mi empresa tuviera ninguna duda sobre la efectividad de mi invento. Contesté con firmeza:

—No fallará.

Lo cual pareció creer, pues no volvió a insistir sobre el asunto. Sólo preguntó:

—¿Cómo es que su gato volverá a aparecer de nuevo ahí, dentro del aparato?

—Muy fácil, *Herr* Milred. El gato viajará por la dimensión tiempo, pero no se moverá de la dimensión espacio. O sea, no se moverá de sitio. Si enviara el gato al pasado, aparecería en el mismo lugar que ahora ocupa el aparato.

—Ya…

Volvió a dirigirse hacia el cuadro de mandos, del que nos habíamos separado, y lo señaló.

—Por lo visto, han de ser dos personas las que se sirvan del aparato: una manejándolo y la otra dentro, como viajero; ¿no?

—Pues… relativamente. Si usted quiere viajar por el tiempo sólo, puede ajustar los controles de modo que funcionen con un retraso de unos diez minutos, pongo por caso, y así puede meterse dentro de la cámara con toda tranquilidad.

—Pero entonces uno no puede volver — objetó, interesándose por el asunto.

—¡Oh, sí! — respondí, orgulloso de tener todos los detalles previstos —. Graduando esta esfera — se la indiqué —, el aparato renueva el proceso, pero a la inversa, dentro del tiempo que uno marque. Si quiere regresar a las cinco horas, por ejemplo, lo gradúa a la separación indicada «5’00», y él se encarga automáticamente de devolverlo aquí.

—Muy interesante, *Herr* Flap…

Desde entonces, la conversación derivó por los más diversos temas, alternando la política con el deporte, la actualidad… y frecuentes alusiones y preguntas sobre la máquina del tiempo. Empezó a sorprenderme tanto interés por ella, aunque me dijo que, como promotor del proyecto, tenía más derecho que nadie a informarse, finalmente, me hizo una observación que me dejó frío.

—*Herr* Flap — me dijo —; ya sabe cómo está de tirante la situación mundial. ¿No cree que, si estallara una guerra de

exterminio, sería un consuelo poder trasladarnos al pasado todos nosotros con esta máquina?

Y, dicho esto, sin esperar contestación, tomó su bastón y su sombrero y se alejó hacia el coche que le esperaba, mientras yo me quedaba en la puerta, perplejo y sin comprender el verdadero alcance de su comentario.

CAPÍTULO II

HUGO DOS

AL fin llegó el día en que quedó terminado el aparato, y en el que me dispuse a realizar la primera prueba.

No había querido avisar a Maltus Milred por temor a un fracaso, y ahora me arrepiento de no haberlo hecho. Quizás entonces las cosas no hubieran terminado del modo como han terminado…

Pero me estoy adelantado en mi relato. Como he dicho, Milred todavía no sabía nada, y nos encontrábamos en la sala donde estaba instalado el aparato, Lydia, yo… y el gato. Mientras mi esposa acariciaba lentamente al animal, que ronroneaba satisfecho sin saber lo que le esperaba, yo me dirigí hacia la puerta metálica de la máquina, dispuesto a abrirla.

Entonces, en aquel preciso instante, fue cuando sonaron unos golpes en el interior del aparato, como si alguien se encontrara encerrado en su interior. Nadie podía haber allí dentro, me dije yo, pero decidí abrir y comprobarlo con mis propios ojos. Lo hice, y…

En el interior apareció un hombre que nos contempló gravemente a Lydia, a mí, y al gato, mientras decía:

—No, no me he equivocado.

Pero lo más sorprendente del caso no era que un hombre apareciera en el interior de la máquina del tiempo en forma inexplicable, sino que ¡aquel hombre era yo mismo!

Por unos momentos llegué a dudar de mi integridad mental, y estoy seguro de que a Lydia le sucedió lo mismo. Aquel hombre era yo, no cabía duda. El mismo rostro, la misma figura… Incluso llevaba puesto un traje que yo debía de tener colgado en algún rincón de mi guardarropa. Pero ¿cómo podía ser yo, si me encontraba allí, frente a él?

Repentinamente, la luz se hizo en mi cerebro, y un suspiro de satisfacción escapó de mi garganta. Sin duda, en un futuro no muy lejano (el «yo» que tenía frente a mí no se apreciaba demasiado viejo), había sentido la curiosidad de volver a la época en la cual había hecho el primer experimento con la máquina del tiempo, y

allí me habría trasladado. Sí, eso debía ser lo ocurrido.

Sin embargo, decidí asegurarme

—Vienes del futuro, ¿verdad? —pregunté.

—No, del pasado.

Y su voz sonaba sincera. Pero era imposible lo que decía. En el pasado yo todavía no había construido la máquina del tiempo, a menos que en futuro yo me hubiera trasladado al pasado y me hubiera dado a mí mismo los planos del aparato para que lo construyera y me trasladara de nuevo al futuro... No, era demasiado complicado todo aquello.

Mi otro «yo» pareció comprender mi confusión mental. Aclaró:

—Vengo del pasado, Hugo, pero no del pasado inmediato, como tú piensas, sino de otro pasado, remoto, muy remoto. Yo hace millones de años que he nacido.

Si todo lo que había dicho mi otro «yo» hasta entonces había sido fantástico, esto superó en mucho a todo lo anterior. ¿Cómo podía haber nacido hacía millones de años, si yo sólo tenía veinticinco?

Hugo, el otro Hugo que no era yo, pareció comprender mi confusión y sé adelantó unos pasos, diciendo:

—Por favor, no empieces a pensar cosas descabelladas. Si tenéis un poco de paciencia os lo explicaré todo, y entonces comprenderéis. Es algo muy difícil y muy grave lo que tengo que contaros, y es mejor que vaya por partes.

Rebasó el lugar donde yo me encontraba y se dirigió hacia mi esposa, que todavía permanecía con el gato entre brazos,

—Hola, Lydia — le dijo con una voz melancólica que, no sé por qué, me hizo estremecer la columna vertebral —. Estás preciosa.

Y se alejó hacia el comedor, donde estaba el mueble bar. Lydia y yo le seguimos, sin comprender lo que ocurría y confusos a más no poder.

Ahora, cuando todo lo que «él» me dijo ha sucedido, y ya no hay remedio para nada, comprendo lo que debía de sentir «él» al vernos. Pero entonces yo no sabía nada, y por eso tomé todo aquello como un signo favorable. Desgraciadamente, pronto se disiparían mis alegrías.

Cuando entramos en el comedor, mi otro «yo» se estaba sirviendo una copa de fuerte coñac, que bebió de un solo sorbo.

Después, con la copa vacía en la mano, se volvió hacia nosotros.

Ante todo — nos dijo—, llamadme «Hugo dos». Así no habrá confusiones. Tú, Hugo, serás «Hugo uno». ¿Conformes?

Se sentó cansadamente en una silla, y nosotros le imitamos. Con algunas cortas frases nos dio a entender que, aunque todo lo que diría desde entonces sería casi increíble para nosotros, no le interrumpiéramos. Tan sólo debíamos saber que sería la pura y descamada verdad.

Hecho esto, comenzó su relato.

—Hace millones de años — principió — que he nacido. Concretamente, tres millones doscientos cuarenta mil trescientos doce. Pero esto no importa mucho.

«Como a ti te ha sucedido, me matriculé en la Universidad, y cursé la carrera de ingeniero. Fui a pasar unas vacaciones en Goslar, y allí conocí a Lydia. No a «tu» Lydia, sino a la «mía», a la que vivió en mi tiempo. No, no me interrumpáis, por favor — exclamó al ver mi gesto, levantando una mano —. Luego ya me haréis las preguntas que deseéis. Ahora no.

Después, prosiguió:

—Pues bien; como tú, yo inventé la máquina del tiempo, y la construí gracias a la ayuda de Maltus Milred. Primero hice la experiencia del gato, sin que Milred lo supiera. Fue un rotundo éxito. Después, junto con él, realicé varias incursiones al pasado. Quería hacer también alguna visita el futuro, pero Milred me pidió (cosa que al principio me pareció rara) que no lo hiciera, alegando que no sabíamos nada de dicha época, y, por lo tanto, desconocíamos lo que podíamos encontrar. De modo que, no queriendo desairarle, me tuve que contentar con visitar tan sólo tiempos anteriores al mío.

«Mas una noche, en la que me pasé la mayor parte de las horas dando vueltas en el lecho sin poder dormir, me asaltó repentinamente la idea de trasladarme al futuro, a pesar de la petición de Milred. En verdad, me dije, no había ninguna razón lógica para no hacerlo, y lo que me había pedido el millonario parecía más un capricho de hombre rico que no otra cosa.

«Me levanté y me vestí, dirigiéndome hacia la máquina del tiempo. Después de breve meditación, ajusté los controles dentro de un par de años y me metí en el interior de la máquina.

Hizo una pausa, que aprovechamos Lydia y yo para mirarnos, sin que ninguno de los dos nos atreviéramos a decir nada. Hugo dos continuó:

—Maniobré los mandos, como he dicho, y me metí dentro. Esperé unos momentos a que los controles retardados empezaran a funcionar, hasta que sentí un ligero dolor de cabeza y me desvanecí, como son los síntomas normales de una teleportación a través del tiempo.

«Cuando desperté, quedé sorprendido al encontrarme en una llanura árida y desértica, sin el menor signo de vida. El cielo estaba cubierto completamente de nubes que no dejaban pasar la luz del sol, y todo, tanto la tierra como las nubes, el horizonte todo; absolutamente presentaba un color rojizo sorprendente en grado sumo.

«Pensé que me habría equivocado, o bien la máquina me había enviado a otra época desconocida para mí. Esperé a volver a mi tiempo actual, y una vez allí revisé todos los controles. No, no me había equivocado, y esto era lo más sorprendente. Extrañado, decidí hacer un nuevo viaje, trasladándome a un tiempo más futuro. Gradué la máquina para diez años, y me volví a meter dentro.

»El panorama que sorprendí esta vez era idéntico al anterior. La misma llanura, las mismas nubes, el mismo color rojo… Cuando volví a mi tiempo hice nuevas investigaciones en la máquina sin ningún resultado. Sorprendido al máximo por lo que acababa de descubrir, fui trasladándome a tiempos más futuros cada vez, con los mismos resultados que al principio. Hasta que al fin…

«Había graduado la máquina a un millón y medio de años en el futuro. Me trasladé a aquella época convencido de que no hallaría más que la misma llanura de siempre, pero me equivoqué. Aparecí en un paraje completamente cubierto de gigantescos árboles, entre los que revoloteaban extraños y enormes pájaros. Por entre los árboles circulaban grandes bestias, en su mayoría reptiles de gigantesco tamaño. Del suelo, cubierto por exuberante vegetación, emanaba un olor acre, de tierra saturada de humedad. Por todas partes se respiraba vida, una vida gigantesca, dominante. ¡Me encontraba en la prehistoria de la Tierra, en la época de los grandes reptiles, antes aún de la aparición del hombre!

«Quedé anonadado por este descubrimiento. No podía ser que,

un millón y medio de años después de la era atómica, la tierra pasara por la época prehistórica. Cuando regresé al presente, repasé por enésima vez los cálculos, sin hallar ningún fallo. Decidido a comprobar la verdad de lo que acababa de ver, gradué la esfera del tiempo a algo más de tres millones de años, confiando que así, si mis conclusiones eran ciertas, el hombre ya habría vuelto a aparecer en la Tierra.

«Esta vez desperté en una llanura llena de árboles, formando un espeso bosque en la parte izquierda. ¡Y entre aquellos árboles se desarrollaba una lucha entre los antiguos germanos y los bárbaros del norte!

«Volví a repasar, infructuosamente, todos los cálculos. No cabía duda. Mal que me pesase; la máquina me trasladaba al futuro. Por eso, decidido a hacer el último experimento, adelanté los controles unos cientos de años más, y volví a trasladarme al futuro.

«Aparecí esta vez en un montón de ruinas correspondientes a un edificio de una ciudad destruida. Me levanté de donde me hallaba, dispuesto a hacer un recorrido por los alrededores, y tuve que ocultarme rápidamente, pues venía un coche a toda velocidad por la calle: ¡un «jeep» modelo segunda guerra mundial, con una gran estrella roja en los costados!

«Me quedé tan sorprendido por lo que acababa de contemplar que por unos momentos no supe qué hacer. Sólo después de un largo espacio de tiempo y tras muchas vacilaciones, me decidí salir del abrigo de las ruinas y explorar los alrededores. ¡Y cual no fue mi sorpresa, después de dar muchos rodeos al darme cuenta de que me hallaba cu el sector soviético del Berlín dividido de finales de la segunda guerra mundial, tres millones y pico de años después de haber sucedido el mismo hecho!

* * *

Tanto Lydia como yo nos quedamos petrificados, sin saber qué hacer ni qué decir. Tanto podía ser que Hugo dos, como él mismo se llamaba, nos estuviera tomando el pelo como que nos dijera la verdad. Pero, en este caso...

No tardaríamos en salir de dudas.

——Cuando volví a mi presente — prosiguió después de breve

pausa — decidí hacer una revisión no sólo de los controles, sino de toda la máquina en general. No me cabía en la cabeza lo que acababa de ver. Fue tan sólo después de más de dos horas de febril actividad, cuando me convencí de que no había fallo alguno en el mecanismo, que llegué al convencimiento de la certeza de lo que acababa de ver. ¡En la Tierra, y después de tres millones de años de sucedidos, los hechos de la historia, punto por punto, se repetían!

Per tercera vez, Hugo dos se interrumpió después de esta categórica afirmación. Nosotros, Lydia y yo, permanecíamos silenciosos, inmóviles, sin acertar a decir nada. El relato de Hugo dos era tan… no sé cómo expresarlo, tan fantástico, que nos atraía como un poderoso imán.

Mi otro «yo» continuó:

—Hice varias tentativas durante el resto de la noche para volver al futuro, variando las fechas. Al fin no me quedó más remedio que admitir la realidad de lo que ya sospechaba… y temía. Después de casi dos millones de años, en los que la vida de la Tierra habría desaparecido rápida y completamente, el ciclo natural del hombre volvería a empezar, repitiéndose punto por punto su historia ya transcurrida. Aparecía el primer ser humano, se descubría el fuego, la rueda, el lenguaje escrito… Así, segundo a segundo, avanzaría una nueva humanidad en todo idéntica a la anterior, con los mismos personajes que ya habían vivido, y que cometerían los mismos hechos y los mismos errores… Hasta que, indefectiblemente, llegaría el fin: el hombre se autodestruiría. ¡Y eso fue lo que me aterrorizó más, pues, según mi último viaje en el tiempo, dos semanas después de la fecha en que vivía todo vestigio de vida animal sobre la Tierra habría desaparecido!

«Anonadado por esta revelación, quedé unos momentos insensible, sin acertar a decidir lo que tenía que hacer. Hasta que de pronto, como si sintiera una imperiosa necesidad, por mi mente pasó la idea de contarle a alguien lo que había descubierto. No podía guardar yo solo aquel secreto. Alguien más debía saberlo…

«Maltus Milred.

«¡Ojalá nunca hubiera pensado en esté hombre!

* * *

—¿Por qué? —pregunté con voz temblorosa, involuntariamente agitada.

Hugo dos no contestó. Ni siquiera dio muestras de haber oído mi pregunta. Con voz opaca, la mirada fija en un punto indeterminado del espacio, prosiguió:

—Ya era casi de madrugada cundo me dirigí a casa de Maltus Milred. Llamé, pero el criado que acudió a abrir me dijo que el señor no estaba en aquellos momentos en casa. Ante mi insistencia, terminó por aclararme que había salido de viaje, al extranjero. No sabía con exactitud cuándo estaría de regreso. Tanto podía ser dentro de un día...

«Taconeé nerviosamente en el suelo. Quizás en otras circunstancias hubiera callado y me hubiera limitado a regresar a mi casa, pero estaba excitado, frenético. Necesitaba contar a alguien lo que había descubierto. Insistí en que me dijera dónde se encontraba su amo con exactitud, pero él se resistía. Al final, ante mi insistencia, terminó por revelármelo. Se había trasladado a una pequeña isla de su propiedad, cercana al grupo de las Feroe. Aquello me sorprendió sobremanera. ¿Qué tendría que hacer Milred en una isla situada en lugar tan apartado? El criado, evasivo, me informó que había protegido unos experimentos de gran importancia, y que necesitaba un lugar aislado y solitario para ello. Insistí en que me diera la situación exacta de la isla y al final, tras breve forcejeo dialéctico, terminó por hacerlo.

«Una vez en poder de la misma, ya no quise saber más. La isla en cuestión se encontraba bastante lejos, pero con un heliorreactor podría hacer el viaje en menos de dos horas Me despedí del criado dándole las gracias, y me dirigí al aeropuerto, alquilando un heliorreactor sin piloto.

«Durante mis prácticas militares había prestado servicio en una unidad de heliorreactores de combate, y me consideraba un as conduciéndolos. Al cabo de hora y media, mucho antes de lo que había calculado, divisaba la isla. De origen volcánico, era tan sólo una montaña de unos trescientos metros de altitud, en cuya base había un pequeño puerto natural. Milred se había permitido el lujo de adquirir toda la isla, haciéndose edificar en ella una soberbia mansión, casi un castillo. Para esto había aprovechado una gran explanada natural, a medio camino de la cumbre, orientada hacia el

norte. Allí aterricé yo y, después de cortar el encendido del motor y saltar del aparato, me dirigí hacia la casa.

«Llamé. A pesar de insistir varias veces, nadie contestó. Mi nerviosismo era tal, y mis deseos de entrevistarme con Milred eran tan grandes, que decidí entrar a toda costa. Me armé de una piedra y rompí el cristal de una ventana, por la que penetré en el interior. El edificio estaba totalmente a oscuras y tuve que recurrir a la linterna.

«La habitación en que me hallaba no tenía nada, de particular, y salí al pasillo, también a oscuras. Anduvo unos metros, y entonces divisé una escalera que, arrancando de una de las esquinas del corredor, descendía hacia lo que debían ser los sótanos. De ella emergía un rayo de luz. Imaginándome que Milred estaría allí abajo, me guardé la linterna en un bolsillo y descendí.

«Llegué a una habitación pequeña, cuadrada, sin más mobiliario que una mesa de despacho y dos sillones. Al fondo, una recia puerta que muy bien podría pasar por la de una enorme caja fuerte, estaba abierta.

«Me acerqué, sorprendido de lo que iba encontrando. Y cuando hube transpuesto el umbral de la puerta me quedé allí, inmóvil, sobrecogido por lo que mis ojos contemplaban.

«Porque la estancia en la que me hallaba no era tal estancia, sino una amplia bóveda cónica, excavada por la mano del hombre en plena montaña. Tenía forma de cono truncado, muy estrecho en su base, y de una altura de más de cincuenta metros. Sus lados estaban reforzados por grandes vigas de acero y, en la parte superior, una gran compuerta cerraba lo que debía ser la salida a la cumbre de la montaña.

«Pero no fue esto lo que más me sobrecogió, sino el enorme aparato que ocupaba la parte central de aquella inmensa bóveda. A primera vista parecía un telescopio o un cañón, con algo de ambas cosas y mucho de ninguna. Era un enorme cilindro metálico, de más de veinte metros de altura, que apuntaba rectamente hacia la compuerta superior. Y en la parte inferior del mismo, una gran cantidad de tubos, conexiones y circuitos, completamente desconocidos para mí. Su base era un enorme cubo, al que iban adosadas dos semiesferas. Y al lado de una de ellas, adosada a la rocosa pared, ¡una garita acristalada, en cuyo interior se movían

dos hombres!

«Confieso que, aun pensando que aquello debía da ser el experimento del que me hablara el servidor de Milred, la vista de aquel aparato me produjo una extraña sensación. Sensación que, ignoro por qué, asocié inmediatamente a la experimentada en mis viajes al futuro, aquella misma noche.

«Me acerqué cautelosamente, procurando que los dos hombres que estaban en la garita, afanados en un desconocido trabajo, no se percataran de mi presencia. Llegué al lado de la cabina, y ya iba a abrir la puerta para penetrar en el interior cuando unas palabras pronunciadas en voz alta me detuvieron súbitamente.

»—Ya está todo dispuesto, *Herr* Milred — dijo una voz con acento extranjero —. Cuando usted quiera podemos lanzar nuestra amenaza al mundo.

«Aquellas palabras me dejaron frío. Y más aún las que contestó otra voz, en la que identifiqué a Maltus Milred.

»—Bien, profesor Zein. Si los hombres no quieren escucharnos, se arrepentirán.

»—Dudo que le escuchen, *Herr*. De todos modos, es mejor intentarlo.

»Se oyó una especie de zumbido, que no supe de dónde provenía. Mi mente rumiaba las palabras oídas, e inconscientemente las asociaba con las revelaciones que había hecho yo en el tiempo. Amenaza, condiciones, arrepentirse., la destrucción de la Tierra... Entonces comprendí que tenía frente a mí a los que estaban dispuestos a consumar la hecatombe que se cernía sobre el planeta.

«No fue ninguna conclusión llegada tras pacientes raciocinios. Fue un presentimiento, una corazonada.

Y dejándome llevar por ella, abrí la puerta de la cabina con violencia, y me quedé parado en el umbral, contemplando a los dos hombres que se habían vuelto bruscamente al oír el ruido.

«Milred, pues él era uno de los dos, fue el primero en hablar.

»—¿Qué diablos...? —empezó. Y luego, al verme, suavizó la expresión —. ¡Ah, hola, Flap!

«Permanecimos unos momentos en silencio, como estudiándonos unos a otros. Lancé una rápida mirada a lo que tenía alrededor. La cabina tenía todo el aspecto de un laboratorio, con un gran panel en

la pared lleno de botones y mandos, y en el lado contrario un detallado mapa mundi lleno de luces en los lugares correspondientes a las grandes capitales. Milred debió apreciar mi mirada, pues compuso una sonrisa amable y me dijo, en el tono más cortés del mundo:

»—¿Le extraña todo esto, Flap? Es natural. Pero no se preocupe por ello. Solamente es un pequeño artilugio para… — dudó unos momentos — asustar al mundo y hacerle entrar en razón.

»—¿Asustar al mundo? — repetí como un eco —. ¿Hacerle entrar en razón?

«Por mi mente pasaba una tempestad de ideas. Pero entre todas ellas, una se destacaba con preferencia. La visión de mi paisaje de la Tierra muerto, yermo, estéril. Y aquella visión nublaba las demás, impidiéndome razonar. Me encontraba como en un estado de embrutecimiento, en el que oía las palabras de Milred como en un sueño, entre una bruma espesa y pegajosa. Habían sido demasiados acontecimientos en una sola noche.

«Milred estaba hablando, y sus palabras penetraban en mis oídos como entre algodón.

»—…como usted sabe, en la actualidad hay una gran tensión mundial. Todos los países quieren conquistar la supremacía de la Tierra, por lo que miran recelosos a las otras potencias, temiendo que éstas se les adelanten. En este estado de cosas, el advenimiento de una nueva guerra es inminente. Una guerra terrible, de exterminio. Y eso hay que evitarlo.

»—¿Evitarlo…?

»—Si, amigo Flap. Eso que ha visto ahí fuera no es más que un enorme cañón, un disparador de proyectiles dirigidos de alta potencia destructiva. Y estos proyectiles, correctamente almacenados y distribuidos, se encuentran ahí bajo nuestros pies.

«Golpeó el suelo con su zapato, y yo miré hipnotizado hacia allí. No comprendí por qué Milred me revelaba todo aquello, pero sus palabras eran suficientemente claras como para que no hubiera ninguna duda sobre su significado. Bajo nuestros pies, correctamente almacenados, como había dicho Milred con la misma frialdad de quien expone una opinión intranscendente, había cientos, centenares de bombas dispuestas a caer sobre las ciudades y pueblos del mundo. Cientos de bombas, que podrían producir una

reacción en cadena...

»—Con esta amenaza sobre sus cabezas — continuó fríamente Milred — ninguna nación que no sea gobernada por locos o suicidas se atreverá a oponerse a las condiciones que les pongamos nosotros.

»—Ninguna nación se atreverá a oponerse...—lentamente, como un eco, aquellas palabras resonaban en mi cerebro, a la par que la bruma mental que flotaba a mi alrededor se iba espesando, esperando —. Ninguna nación...

»—Si, Flap. Ninguna nación.

»—¡ No !

»Me lancé contra Milred, poseído de una desesperada energía, y le agarré por las solapas. Acerqué su rostro al mío mientras hablaba.

»—¿Qué pretende, Milred? ¿Erigirse en dueño del mundo, basando su poder en estas bombas que dice tiene a sus pies? ¿Pretende dominar toda la Tierra por la fuerza?

»—¡Suélteme, Flap! —gritó, enrojeciendo por efecto de la ira —. ¡No sea loco! Yo no quiero dominar el mundo, ni erigirme en dueño de nada, ¿comprende? ¡Yo sólo quiero evitar que los hombres se destruyan entre sí en una lucha inútil!

»—¿Evitar que los hombres se destruyan entre sí? — repetí —. ¿Con esas bombas alineadas bajo sus pies?

»—¡Sí, Flap, con esas mismas bombas!

»—¿Acaso teme que los hombres no le obedezcan? ¿Qué sucedería entonces?

»—No me quedaría más remedio que destruir a esa humanidad que sólo piensa en el mal.

»—¡Destruir la humanidad! — lentamente, la bruma fue desapareciendo de mi cerebro, dejando paso a una asombrosa serenidad. Las pocas dudas que aún albergara se disiparon por completo —. ¡Por eso apoyó mi proyecto de la máquina del tiempo! Pensaba huir una vez hubiera destruido todo signo de vida en la Tierra, ¿verdad? ¿Hacia dónde quería ir, Milred? ¿Hacia el pasado o hacia el futuro?

«Milred se serenó. Yo le había soltado la chaqueta, y mis últimas palabras las había pronunciado en tono normal, como si aceptara todo lo dicho por él como cosa natural. Respondió, con voz pausada y convincente:

»—Hacia el futuro, Flap. Cuando el mundo sea de nuevo

habitable, nosotros podemos encontramos allí, y crear una nueva humanidad exenta de los vicios de la actual, corrompida ya completamente. Nosotros, Flap, ¿comprende? Usted, su esposa, Zein y yo, y dos mujeres que ya tengo escogidas. ¿No le parece un maravilloso futuro, Flap?

«Por unos momentos recordé las escenas que había vivido en mis viajes al futuro. La lucha entre germanos y bárbaros, el Berlín dividido de finales de la segunda guerra mundial… ¿Acaso no estaría pronosticando Milred lo que sería el futuro? Nosotros, creando como Adán y Eva una nueva humanidad que volvería a renovar todos los errores de la ya desaparecida…

«Por segunda vez volví a lanzar aquella exclamación:

»—¡ ¡ No ! !

«Y me lancé de nuevo contra Milred, dispuesto a impedir sus designios. Pero Zein, algo apartado de nosotros dos, salió de su aparente inmovilidad. Empuñando una pistola, que no supe de dónde había sacado, se acercó con celeridad, propinándome un golpe en el cráneo con la culata. Cogido por sorpresa, sentí como si una mula me diera una terrible coz en la cabeza, y perdí completamente el sentido.

* * *

Hugo dos volvió a interrumpirse en su relato, como si le costara gran esfuerzo hablar. Se pasó la lengua por los labios y miró la botella de licor, pero no se sirvió. Prosiguió:

—Cuando desperté, deseé que todo lo ocurrido durante las últimas horas no fuera más que una pesadilla, y me encontrara todavía en mi cama, al lado da Lydia. Sin embargo, mis primeras sensaciones físicas me convencieron de lo contrario. Estaba en el mismo laboratorio que antes, atado tan fuertemente a una silla que me dolían las articulaciones. Frente a mí, Milred y Zein se afanaban junto a un pequeño aparato muy semejante a una emisora, cuyos diales manipulaba Zen febrilmente. Lo observé con atención. Su rostro no me era del todo desconocido…

»Al fin lo recordé. Hacía casi dos años, en un periódico. Había aparecido la noticia de la expulsión de la Academia de Ciencias, y la pérdida de todos sus títulos y prerrogativas, del profesor ruso

Ferapont Nikiforovitch Zein, por experimentar en campos prohibidos y con materias y elementos de procedencia ilegal. Su destitución causó un verdadero escándalo, pues era uno de los mejores físicos y experimentadores del mundo, y sólo gracias a ello se vio libre de la cárcel. Después de su ruidoso proceso había desaparecido completamente, y ya no había vuelto a hablarse de él.

»En aquellos momentos, Zein se levantó, satisfecho, y dejó su sitio a Milred. Este empuñó un pequeño micrófono v empezó a hablar con voz pausada y clara:

»—¡Atención! ¡Atención todos los pueblos de la Tierra! ¡Les habla Maltus Milred, enviándoles un aviso do rendición...!

»Las frases que escuché a continuación fueron lo más fantástico que pude oír en toda mi vida. Milred pedía nada menos que todos los gobiernos de la Tierra, sin excepción, reunieran todas las armas de que disponían en grandes explanadas, donde las deberían destruir. Si no lo hacían, los mismos gobiernos sufrirían las consecuencias. Como aviso, todo el mundo debería estar atento a la ciudad de Nueva York...

«Cuando Milred terminó de hablar, Zein se dirigió hacia el gran panel de mandos, y oprimió un botón marcado con una cifra. Al instante se oyó un apagado zumbido, que fue creciendo en intensidad hasta convertirse en un silbido agudísimo. Y de repente, un rugido estremecedor sacudió el ambiente, a la par que una luz vivísima llenaba toda la cabina. Un temblor como el de un terremoto sacudió el suelo, haciendo vibrar los cristales. Después...

»¡En el planisferio, la lucecita correspondiente a Nueva York, marcada con el mismo número que el dial que Zein había oprimido, se apagó!

»Me debatí en la silla intentando liberarme de mis ligaduras, sin lograr más que lastimarme las muñecas y los tobillos. Milred se dio cuenta de que había recobrado el conocimiento, y se acercó a mí.

»—Ha sido muy tonto, Flap — me dijo—. Ha perdido la oportunidad de salvarse con nosotros, caso de no aceptar la Tierra mis condiciones.

»—Desáteme... — silabeé.

»—¡Oh, no, Flap, no soy tan tonto! Sé manejar el aparato del tiempo yo solo, y no le necesito para nada. Solamente quiero que contemple el probable fin de esta humanidad a la que usted quiere

tanto.

»Y prorrumpió en una fría carcajada, alejándose de nuevo hacia el aparato emisor.

»Ya no dudé de que estaba loco, pero con una locura demoníaca, capaz de destruir a la humanidad de un solo soplo, sin parpadear siquiera. Y esa idea se confirmó cuando volvió a venir hacia mí llevando en la mano una regular cajita.

»—¿Sabe qué es esto, Flap? — me lo mostró. Era una cajita cuadrada, de un tamaño algo mayor que el puño, provista de un círculo graduado y una palanquita —. La hemos llamado bomba «W», y su poder es ilimitado. Lanzada desde aquí, ascenderá hasta la estratosfera y allí estallará, provocando una reacción en cadena que destruirá toda la Tierra. Pero no una reacción atómica, vulgar. Esta bomba no es de índole radiactiva, sino disgregante, descohesionadora. Tiene la facultad de destruir la cohesión que tienen los átomos entre sí, esa invisible fuerza que los mantiene unidos. ¿Se imagina su efecto en las personas, Flap? Primero es la piel la que sufre sus efectos, y se desmenuza, se deshace en trozos infinitesimales. Después siguen la carne, trozo a trozo, músculo a músculo. Y por último, los tendones y los huesos. ¿Y qué queda entonces del hombre? — se inclinó hacia mí con rostro anhelante —. ¡Nada! Nada, Flap; absolutamente nada. Y también desaparecen los metales, las masas, las ciudades... todo lo que ha sido construido por la mano del hombre desaparece, se volatilizará. Y así, una vez el mundo quede purificado de esta humanidad que no sabe hacer más que destruirse ella misma, nosotros iremos a formar una generación, que esté libre de los errores de ésta.

»—¡Está loco, Milred! — le espeté a la cara, por toda contestación.

«Lanzando una carcajada histérica, me cruzó el rostro con el revés de su mano.

»—¡Loco! ¿Loco yo? No, Flap, no estoy loco. Y lo reconocerá cuando vea su piel desaparecer poco a poco, pedazo a pedazo, y su carne irse fundiendo lentamente, hasta que pueda contemplar sus propios huesos. Entonces no me llamará loco, y se maldecirá mil veces por no haber aceptado mi proposición de huir. ¡Entonces se arrepentirá de lo que ha hecho!

»—¡Loco! —volví a repetir furioso, escupiéndole a la cara.

«Milred se enfureció, y parecía que iba a lanzarse contra mí para molerme a golpes. Pero Zein le contuvo, acercándose a él y señalándole el aparato emisor.

—»Ya es hora de volver a lanzar otro mensaje, Herr

Milred.

»—Sí, es verdad.

»Y volvió a dirigirse hacia la emisora de radio, repitiendo aproximadamente las mismas palabras que le había escuchado decir antes.

«Mientras, yo buscaba desesperadamente algo que me sirviera para desatarme. Ya no cabía duda de que Milred, loco como estaba, no atendería treguas ni obediencias. Su estado demostraba bien a las claras un furor homicida, y si quería evitar que la humanidad desapareciera a manos de aquel demente, debía hallar algo con qué combatirle y evitar que cumpliera sus propósitos.

»Al fin, mi vista se fijó en un frasco de ácido que había encima de una silla, detrás de mí. Arrastrando a la que me tenía sujeto, me acerqué lentamente a él, tomando como pude entre mis manos la botella. Después de constantes esfuerzos, que pasaron desapercibidos para los dos hombres, afanados en su siniestro trabajo, logré que unas gotas cayeran encima de las cuerdas que me sujetaban las muñecas, debilitándolas considerablemente. Un par de gotas me cayeron sobre la piel, produciéndome algunas quemaduras y ampollas, pero apenas me percaté de ello. Tiré desesperadamente de las cuerdas, y lancé un apagado suspiro al notar que, lenta pero perceptiblemente, iban cediendo. Poco después me encontraba con las manos libres.

»El desatarme los pies fue sólo tarea de segundos, y cuando estuve libre, todavía con el frasco de ácido en la mano, me dirigí hacia los dos hombres.

»—¡Milred! — llamé todo lo fuerte que pude.

«Éste se volvió al oír pronunciar su nombre, y se quedó petrificado al verme frente a él, libre. Intentó lanzarse en busca de una pistola que tenía sobre la mesa, pero yo no le di tiempo. Con veloz movimiento le lancé a la cara la botella de ácido, y Milred prorrumpió en un espeluznante alarido, que conmovió los ámbitos de la pequeña habitación.

«Pero no pude preocuparme de los efectos que había ocasionado

mi acción, pues Zein, empuñando una pesada barra de acero, se lanzaba contra mí.

«Apenas tuve tiempo de esquivar el primer furioso golpe. Y todavía estaba recuperando el equilibrio semiperdido por el embate, cuando ya el otro se lanzaba de nuevo.

»Se entabló una lucha furiosa entre los dos. Allí, en aquella reducida habitación, nos enzarzamos en una pelea en la que mi principal objetivo era desarmarle, mientras él intentaba por todos los medios desnucarme con la barra. Fueron unos minutos angustiosos, en los que creí que sucumbiría ante su empuje, pero al fin pude reponerme y le golpeé con saña, sin compasión de ninguna clase, el brazo armado, logrando que soltara el contundente objeto.

«Entonces la lucha se igualó. Él golpeaba, gobernado por sus impulsos homicidas, mientras a mí me dominaba la furia y el temor de que aquellos dos hombres cumplieran su diabólico propósito. Durante irnos minutos nos limitamos a intercambiar algunos furiosos golpes. Pero la situación no podía prolongarse demasiado, y fui yo quien la terminó, lanzando con todas mis fuerzas mi puño contra la barbilla del sabio, que trastabilló a efectos del golpe, hasta dar de espaldas contra el panel de mandos. El fuerte choque produjo un cortocircuito. Del panel empezaron a salir chispas y humo, a la par que se oían apagados chasquidos. Zein lanzó un alarido de muerte y cayó al suelo, mientras a su espalda empezaban a brotar grandes llamas que le iban consumiendo la ropa y el propio cuerpo.

«Pero no fue eso lo que erizó mis cabellos, sino el agudísimo silbido que atronó el ambiente, y el gran y estruendoso rugido que le siguió, de tal intensidad que pareció iba a destrozarme los tímpanos. ¡Y el ver que, en el inmenso mapa mundi, la mayoría de las lucecitas se habían apagado, indicando así que las bombas a ellas destinadas partían hacia su destino!

»—¡Maldito...! —rugió una irreconocible voz en el fondo de la estancia, por encima del infernal ruido que lo atronaba todo.

»Me volví en redondo, y me estremecí a pesar mío, Enfrente, se encontraba Maltus Milred. Pero no era el Milred que yo había conocido. El ácido le había destruido la mayor parte de la cara, y su boca no era más que un agujero por donde asomaban unos dientes sin encías. La parte izquierda de su rostro había desaparecido casi

en su totalidad, y su ojo de aquel lado no era más que un hueco vacío, del que brotaban hilillos de sangre negruzca.

«Pero si esto de por sí sólo inspiraba ya horror, más inspiraba su ojo derecho, completamente intacto, pero brillando con un furor y un odio inenarrables.

»¡Y lo peor era que, entre sus manos fuertemente crispadas, sostenía la cajita que liberaría la bomba «W», con la que pensaba destruir a la humanidad!

«Comprendiendo sus propósitos, me lancé contra él. Pero me esperaba y me rechazó bruscamente, situándose en el lugar donde yo estaba antes. Fui a dar contra la mesa, y me volví rápidamente. Su mano agarrotada se posó en la palanca de la caja, mientras hablaba roncamente.

»—Querías salvar a la humanidad; ¿eh, Flap?

¡Y no has hecho más que condenarla tú mismo!

»—¡No, Milred!

«Vi que su mano se apoyaba en la palanca de la caja, dispuesto a bajarla. Un sudor frío me perló la frente. Sin duda lo haría, si yo no se lo impedía a tiempo. ¿Pero cómo lograrlo?

«De pronto, como un fugaz destello, pasó por mi mente la idea del arma que debía estar todavía sobre la mesa. Mis manos tantearon a mi espalda, hasta tropezar con la fría culata. La agarré tembloroso, con mano febril. Y, sin siquiera apuntar, disparé contra Milred. Una, dos, tres veces... hasta que acoté completamente el cargador. Pude ver cómo Milred se encogía sobre sí mismo, alcanzado por mis disparos, mientras lanzaba un apagado gemido. Pero sus manos moribundas aún tenían un poco de fuerza, y sus dedos engarfiados ¡bajaron la palanca que ponía en funcionamiento la terrible bomba «W»!

»—Perdiste... Flap... — tuvo aún tiempo de murmurar antes de quedar inmóvil en el suelo.

>>No sé si dijo algo más. Si lo hizo, no lo oí. Un rugido infernal atronó todo el ambiente, y pude ver cómo las dos semiesferas que remataban el cubo se hundían en éste, al tiempo que de la boca del cañón se elevaba un maremágnum de llamas y humo. Un objeto de forma imprecisa salió raudamente por ella, desapareciendo antes de que pudiera apercibirme detalladamente de él.

»Y allí, en aquella pequeña habitación, con dos cadáveres a mi alrededor, comprendí que la humanidad estaba condenada a muerte. Dos semanas después, el mundo no sería más que una superficie uniforme, en la que todo rastro de vida habría desaparecido. Y millones de años después, otra humanidad en toda idéntica a la anterior cometería los mismos errores y las mismas equivocaciones que la que ahora iba a extinguirse, hasta llegar al mismo e inevitable fin...

»¡ ¡ No ! !

«En mis manos todavía se encontraba el medio de evitar que la futura humanidad desapareciera al igual que aquélla. Podría trasladarme con la máquina del tiempo hasta el momento en que Hugo Flap, mi segundo Hugo Flap que viviría en aquel entonces, probara la máquina del tiempo, y evitar así que Milred destruyera la vida en la Tierra como acababa de suceder. Todavía me quedaban unos minutos de plazo antes de que los efectos de la bomba se dejaran sentir, y quizá tuviera tiempo de volver a mi casa y graduar los controles de la máquina del tiempo...

«Salí al exterior, y monté en el helirreactor, lanzándome a una velocidad suicida hacia Berlín. A medio camino, una gran explosión de tonalidades rojizas iluminó el cielo, demostrándome que la bomba acababa de estallar en la estratosfera. Confié en que, antes de que sus efectos se dejaran sentir, pudiera llegar a Berlín, a mi casa. Si aparecían antes...

«De repente, me asaltó una nueva duda. ¿Y si uno de los proyectiles dirigidos había ido a estallar en la ciudad? En este caso, la máquina del tiempo habría sido destruida, y entonces todo estaría perdido...

«Aquello me hizo aumentar aún más, si cabe, la velocidad. Cuando llegué a los límites de la ciudad, con el corazón oprimido por una garra helada, tenía el presentimiento de que iba a encontrarme tan solo con una ciudad en ruinas.

«Me equivoqué. Al sobrevolar Berlín pude convencerme de que estaba intacto, y di gracias mentalmente a Dios. Por aquel entonces, el cielo presentaba ya en su totalidad un tono rojo sanguinolento, y por las calles la gente corría de un lado a otro, inquieta y alarmada. Aterricé en el patio frente a mi casa, y sin preocuparme de nada más, salté del aparato y penetré en el interior.

«En un sentimiento egoísta, me dirigí a mi alcoba dispuesto a llevar a Lydia conmigo. Pero ello no estaba. Sin duda se había despertado a causa del alboroto, y al no encontrarme en toda la casa había salido a buscarme.

«Por unos momentos pasó por mi mente la idea de esperarla, pero los efectos de la bomba eran ya inminentes, y no podía entretenerme. Ante todo tenía una misión que llevar a cabo. Por eso, dirigiendo un postrer pensamiento a los millones de hombres que todavía no sabían que iban a morir dentro de corto plazo, gradué los controles de la máquina, me metí dentro...

»Y aquí estoy.

CAPÍTULO III

VIAJE EN EL TIEMPO

ES imposible imaginarse un grupo más extraordinario que el que formábamos Lydia, Hugo dos y yo. Sentados en sendos sillones, el uno frente a los otros, permanecíamos silenciosos, abatidos. Hugo dos, terminado definitivamente su relato, tenía los codos apoyados en las rodillas y miraba fijamente a un determinado punto del suelo. Por lo que respecta a Lydia y a mí, no sabíamos qué posición adoptar. La repentina aparición de Hugo dos en la máquina del tiempo prestaba un cierto viso de verosimilitud a su relato, pero... ¡era todo tan fantástico! Él había dicho que la humanidad se repetía por períodos, uno después del otro, no sólo en sus hechos generales, sino también en cada individuo en particular. Cada hombre que vivía en el presente tendría un doble en el pasado... y probablemente otro en el futuro. ¿Cómo podía ser eso?

Varias veces pasó por mi mente la idea de que Hugo dos no era más que el «yo mismo» del futuro, que había venido al presente con el fin de divertirse un poco a costa del «otro», o sea, de mí mismo. Pero el relato que nos había contado, si bien era demasiada fantástico para creerlo, tenía un algo de veracidad, un viso de exactitud que no sabía qué era, pero que proclamaba en su favor.

Hugo dos volvió a hablar, con aquella voz opaca y apagada que le caracterizaba:

—No me creéis, ¿verdad?

Tragué saliva, mirándole a hurtadillas.

—Pues... no sé qué decirte, Hugo dos. Parece tan fantástico...

—Sí, lo comprendo, Hugo uno. Pero créeme que yo quisiera ser el primero en creer que todo eso no fue más que un sueño. Quisiera creerlo, pero no puedo.

—¿Estás seguro de que fue Maltus Milred quién destruyó la Tierra? — le pregunté súbitamente.

Se me quedó mirando, como si le hubiera preguntado «¿cómo te llamas?». Contestó:

—Naturalmente.

Volvió a reinar de nuevo el silencio. Al cabo de unos minutos, fue Lydia quien habló:

—Hugo… —omitió el «dos», como si le diera vergüenza pronunciarlo —. ¿Cómo puede ser que en la Tierra aparezcan una humanidad después de otra, idénticas, sin que en ningún momento se noten señales de la anterior?

Hugo dos se pasó la mano por la cara, mientras respondía casi en un susurro:

—Hay muchos sabios que sostienen la teoría de que los hechos de la historia se repiten periódicamente. ¿Por qué no pensar lo mismo de la humanidad en general? La evolución de la vida en la Tierra sigue siempre un curso normal. Aparece la primera partícula de materia viva, que lentamente se va transformando en diversos animales hasta llegar a los primates y finalmente al hombre. Éste sigue su evolución natural, hasta que se destruye… y desaparece todo vestigio de él, su obra, los animales, todo. Y después de un tiempo en que la Tierra permanece estéril, sin vida… ¿qué menos natural que de nuevo la aparición de la primera partícula de materia viva, dispuesta a repetir de nuevo el ciclo?

—Pero… ¿por qué los mismos hechos y las mismas personas? ¿Por qué los mismos actos, Hugo dos? ¿Por qué? ¿Por qué?

Éste se levantó, dando una fuerte patada en el suelo.

— ¡Diablos, no lo sé! No creáis que no he pensado en ello, pero todo ha sido tan precipitado, han venido los acontecimientos tan rápidamente contra mí, que no he podido recapacitar con detalle sobre nada de lo sucedido. Pero pensando en que la Tierra da una vuelta alrededor de sí misma en veinticuatro horas, una alrededor del Sol en trescientos sesenta y cinco días… ¿Por qué no hemos de pensar que con los actos humanos pasa lo mismo? Si el espacio es tan matemático, si en él se repiten los hechos periódicamente con tanta exactitud, ¿por qué imaginar que con los hombres ha de suceder lo contrario? ¿Tan importantes somos que nos consideramos superiores a los astros?

Detuvo su continuo ir y venir, y volvió a sentarse murmurando un «perdonadme, estoy nervioso». Se secó el sudor que empapaba su rostro, y nos miró fijamente a Lydia y a mí.

—Pero a pesar de todo lo que he dicho ahora — objetó —, en los actos de los hombres ha habido una variación, un ligero error. Yo

estoy aquí, fuera de mi tiempo, fuera de un mundo que ya no existe y que es el mío. ¿Por qué?

Esperó unos momentos. Al ver que no respondíamos a su pregunta, continuó:

—Indudablemente, algo se ha desajustado en el control del Universo, como cuando una estrella cae de su órbita o se convierte en nova. Y si eso es cierto, tenemos una ligera esperanza, remota pero no por ello menos cierta, de que logremos cambiar el curso de los acontecimientos, evitando la destrucción que ya se presenta inminente. ¡Pero no podremos evitar nada, si ninguno de los dos me creéis!

Se levantó y se dirigió hacia el mueble bar, del que tomó otra botella de coñac. Y al alargar su mano para cogerla, mis ojos captaron algo: como una ampolla purulenta en la muñeca. Una ampolla que sin duda había sido causada por un ácido...

¡Acido! .

Aquello me bastó para comprender que todo lo dicho por Hugo dos era cierto. El hecho de que un detalle tan nimio como era el decir que se había lastimado las muñecas con el ácido al intentar cortar las cuerdas que le sujetaban, y que la realidad demostrara este hecho, decía más que, nada en favor de la veracidad de su relato. Y si era así...

Hugo dos se volvió hacia mí, con la botella en la mano.

—Hace unos momentos me has dicho que dudabas de la veracidad de mis palabras — dijo—. Pues bien, estoy dispuesto a demostrarte que todo lo que te he dicho es verdad. — Avanzó unos pasos y se dirigió hacia mí —. Utiliza la máquina del tiempo, Hugo uno, y viaja con ella hacia el futuro Así te convencerás de la realidad de los hechos.

Permanecí unos momentos silencioso, rumiando las palabras de Hugo dos. Él tenía razón al proponerme aquello, pero una duda me asaltó de repente. ¿Por qué no lo había hecho él mismo? ¿Por qué no había regresado al pasado y, desde allí, modificado los acontecimientos?

—Porque es imposible — me contestó —. Tú, por ejemplo, puedes viajar hacia el futuro y, visto lo que sucederá, modificar los acontecimientos, *pero en el presente*. Ahora bien, si tú viajas al pasado, no podrás modificar ninguna cosa allí, porque es una

dimensión y un tiempo diferentes al tuyo. Si, por ejemplo, te dirigieras al pasado y mataras a Hugo Flap, o sea a ti mismo, automáticamente tú deberías desaparecer. Y como comprenderás, esto es un absurdo. Siempre que puedas modificar algo, pero siempre desde el presente, lo que tú cambies afectará los hechos del tiempo, porque estás en tu dimensión. En un futuro remoto, en el que estoy yo, por ejemplo, también podrás hacerlo, pues los hechos modificados no te afectarán en nada. Pero en el pasado, cualquier hecho que intentaras cambiar no sabrías las consecuencias que tendría en tu mismo, y te expondrías a que, al volver al presente, lo encontraras completamente modificado.

Asentí en silencio, dirigiendo mi vista hacia Lydia. Permanecía allí, sin prestar al parecer ninguna atención a lo que Hugo dos y yo hablábamos. Le pregunté su opinión sobre lo que éste me había propuesto, y se limitó a un encogimiento de hombros. Ante esto, me volví hacia mi otro «yo» y le dije:

—Conforme. Tú manejarás los mandos.

El se limitó a asentir con la cabeza, y los dos nos dirigimos a la habitación donde se hallaba la máquina. Hugo dos se dirigió hacia los controles y, después de una serie de cálculos y manipulaciones para determinar el punto exacto donde debería enviarme, se volvió hacia mí:

—Cuando quieras…

Asentí con un gesto, y me metí en la cámara del aparato. Hugo dos me informó:

—Te enviaré a cinco meses y doce días de distancia en el futuro. Es exactamente una semana después de haber lanzado Milred la bomba «W», y el proceso de destrucción estará en su apogeo.

Y, sin más, cerró la puerta.

Yo me quedé allí dentro, sumido en completa oscuridad, y lleno de negros presagios. Un temor instintivo, irracional, me atenazaba la garganta y me hacía sentir deseos de golpear salvajemente la puerta gritando para que abriera. Para distraer mis pensamientos me puse a pensar desesperadamente. ¿—Era acaso Maltus Milred un paranoico tal que sus delirios estaban encaminados completamente a destruir la humanidad? ¿Cómo podía ser que un hombre pudiera tener tanto poder como para destruir al mundo?…

Una luz vivísima se encendió en la parte superior del aparato,

correspondiente al desintegrador. Instantáneamente, sentí un fuerte dolor de cabeza, como si me golpearan con un mazo. Mis piernas empezaron a vacilar. Lentamente, un extraño sopor me fue invadiendo, y perdí por completo el conocimiento.

* * *

Al despertar, sentí una sensación extraña, como si millares de finas agujas me asaetaran.

Observé alrededor. Nada.

En todo lo que abarcaba la vista no se divisaba nada que interrumpiera la monótona uniformidad de aquella llanura, sin la más ligera imperfección. Observé el suelo que pisaba, y vi que se trataba de una especie de barro espeso y pegajoso, de un intenso color rojo.

¡ Rojo ¡

Contemplé hipnotizado aquella substancia, que a mis ojos se parecía a la sangre de miles de personas sacrificadas en aras de una locura...

Avancé despacio por aquel desolador paisaje. Al andar, mis zapatos se hundían en aquel espeso lodazal, y me costaba grandes esfuerzos avanzar. El cielo, al igual que la tierra, presentaba un color rojizo, y una débil y finísima lluvia caía persistentemente sobre la tierra, embarrando aún más el suelo. Adelanté una mano para recibir unas gotas, y observé que también tenían aquella tonalidad rojiza.

¿En qué extraño mundo me hallaba? A pesar da lo que había contado Hugo dos, aquello no podía ser ni mucho menos Berlín, la populosa ciudad de más de tres millones de habitantes. Allí no podía haber existido nunca ninguna casa, ni haber vivido ningún hombre... Allí no podía existir absolutamente nada, animal o vegetal.

¿Nada? Me detuve súbitamente, sorprendido. Al dirigir mi vasta hacia el suelo, mis ojos habían tropezado con un objeto. Me incliné, y apartó con cuidado el barro que lo semicubría. No, no me había equivocado. Allí, en el suelo, medio fragmentado, pude distinguir el faro de un coche. Con infinito cuidado lo tomé entre mis manos, y no pude evitar una exclamación de asombro al notar como se

deshacía por la simple presión de mis dedos.

Desesperanzado, seguí andando un trecho, examinando con mayor atención el terreno. Sí, todo aún no había desaparecido. Aquí y allá, diseminados, esparcidos y semicubiertos por aquel pegajoso barro, se podían» observar ínfimos fragmentos de metal, trozos de roca, algunos objetos que no sabía a qué pertenecían a causa de su, intensa fragmentación... multitud de pequeñas cosas que se deshacían al solo contacto de mis dedos como si fueran polvo.

Pero si todos esos descubrimientos eran de por si turbadores, más lo fue el que hice a varios metros del lugar donde había despertado. ¡Porque allí, semicorroido, había un hueso humano!

Lentamente, mientras sostenía el hueso que se iba deshaciendo entre mis manos, me levanté. ¿Cómo podía ser que la humanidad, en tan poco espacio de tiempo, hubiera sido destruida de un modo tan completo por la locura de un hombre? Porque ya no dudaba en absoluto de la veracidad de Hugo dos. Y allí, solo en aquel mundo desierto, donde lo único animado era aquella infernal lluvia roja, me hice el propósito de matar a Maltus Milred. ¡Lo mataría, aunque después tuviera que pagar por aquel acto!

De pronto, me asaltó una idea estremecedora. ¿Y si no podía regresar a la máquina del tiempo? Podía ser que Hugo dos, con el propósito de ocupar mi lugar en el tiempo, hubiera modificado los controles de vuelta. Y en esto caso...

En unos momentos de completa locura, empecé a dar vueltas por aquellos parajes de pesadilla, tropezando, cayendo y volviendo a levantarme, buscando inútilmente en aquella monotonía algún indicio que me indicara el lugar dónde había despertado. Emprendí una loca carrera, mientras gritaba con toda la fuerza de mis pulmones:

— ¡ Lydia ! ¡ Lydia !

Pero mi voz quedaba ahogada, y ni siquiera yo mismo la oía. Solamente aquel siseo de la lluvia, monótono y enloquecedor...

¡ Lluvia mortal!

La idea de permanecer allí, en aquel lugar muerto, para el resto de mi vida, sufriendo continuamente el golpear de aquella lluvia, me enloquecía. Y mientras, Hugo dos...

¡ No podía ser ¡

No sé cuánto tiempo vagué por allí, completamente perdida la

razón. Al fin me serené un poco y pude examinar la situación con frialdad. ¿Para qué quería Hugo dos que yo permaneciera allí? Cierto que, ocupando mi lugar en el tiempo, podría gozar de los honores de mi invento, destruir la amenaza de Milred, tener a Lydia…

No, ella no se avendría a aquello. Aunque aquel hombre fuera una réplica de mí misma, no era con quien ella se había casado. No era Hugo Flap, sino un substituto, un hombre que había vivido millones de años antes que nosotros.

Además, si Hugo dos hubiera conjurado el peligro de la destrucción del mundo, lo que estaba contemplando yo ahora no existiría, y entonces…

«… puedes viajar en el futuro y, visto lo que sucederá, modificar los acontecimientos, *pero en el presente*. »

La voz de Hugo dos llegó a mi cerebro como si fuera él mismo quien me hablara. No, no podía ser que yo, estando en un futuro hipotético, existiera. Si Hugo dos había hecho modificar los acontecimientos, yo no podría continuar allí, pues aquel era un mundo imaginario, una sola, posibilidad de las que tenía el futuro de la Tierra.

Con esta tranquilizadora idea en la cabeza me calmé, y me senté en el suelo sin importarme la lluvia ni el barro. Lo que tuviere que suceder sucedería irremisiblemente, y yo solo tenía que esperar a que, fuera lo que fuese, llegara.

Y así transcurrieron los minutos, hasta que una especie de somnolencia me fue invadiendo. Lentamente, las imágenes se fueron borrando ante mis ojos, y perdí el conocimiento.

* * *

Desperté de nuevo en el interior de la máquina del tiempo. En aquellos instantes la puerta se estaba abriendo, y Hugo dos apareció en ella, con un pulverizador eliminador de radiaciones entre las manos. Me roció abundantemente con él, eliminando do mis ropas y cuerpo todo vestigio de aquel color rojo que me cubría. Cuando le pregunté el porqué de aquella precaución, repuso:

—Aunque en el tiempo al que te he enviado no existe el peligro de radiación destructiva, siempre hay flotando en el ambiente

algunos corpúsculos letales. Hay que eliminarlos, si no queremos correr un peligro innecesario.

Salimos de la habitación y Lydia, al vemos, se quedó parada, contemplándonos como si no diera crédito a lo que veía. Lanzó un sollozo y, repentinamente, se abalanzó hacia mí, abrazándome convulsivamente.

—¡Oh, Hugo!—exclamó—. ¡He pasado mucho miedo!

Intenté por todos los medios tranquilizarla. Me sorprendió el que me hubiera reconocido de Hugo dos, y asimismo me alegró. Después supe que había sido gracias al diferente traje que llevábamos, pero entonces no caí en ello. Intenté calmarla lo mejor que pude, y cuando lo conseguí, ella se me quedó mirando con aquellos sus grandes ojos. Con voz temblorosa, me comunicó:

—Tengo miedo, Hugo. Ese Milred... siempre le he tenido aversión.

—¡Pero si erais grandes amigos! — protesté—. ¡Tú misma me has dicho más de una vez que era un gran hombre, un hombre extraordinario!

—¡No es verdad! ¡Siempre le he encontrado... algo raro¡

Comprendí que Lydia estaba pasando una crisis nerviosa, e intenté tranquilizarla mientras nos dirigíamos al comedor. Hugo dos me ayudó bastante en esta tarea, y al fin logramos que se calmara y marchara a la cocina a preparar algo de comer. Mientras se dirigía a la habitación anexa, sorprendí a Hugo dos mirándola alejarse con aquella mirada triste y vaga que ya conocía. Comprendí cuando le debía doler el pensar en Lydia, «su» Lydia, la que había sido su esposa y que ahora había desaparecido completamente con el resto de la humanidad.

Nos sentamos en un sillón. Hugo dos, borrando de sus ojos aquella mirada soñadora, se volvió hacia mí:

—¿Te has convencido ya, Hugo uno?

Contesté con un sonido inarticulado, que tanto podía ser afirmativo como negativo. Estaba demasiado impresionado para distinguir claramente mi difícil situación.

El terror seco, instintivo, que había sentido al verme en aquel mundo rojo y hostil que según Hugo dos sería la Tierra dentro de poco, me había predispuesto contra todo y contra todos. Aquella alegría, aquella euforia que sentía cuando iba a probar por primera

vez mi gran invento, había desaparecido. Aquella decisión que me invadió cuando decidí terminar con Maltus Milred también.

Ahora sólo sentía una honda amargura. Inconscientemente, me veía como Hugo dos, copartícipe de la destrucción de la humanidad. Y Milred, aquel hombre en el que hasta entonces sólo había visto afabilidad, cortesía...

Hugo dos me preguntó:

—¿No me contestas, Hugo uno?

Pareció como si saliera de un profundo y oscuro pozo. De nuevo renacieron en mí todas las ansias de luchar. Hugo dos estaba a mi lado, y él me ayudaría a llevar a feliz término mi misión.

Contesté:

—Sí, te creo. Pero necesito que me cuentes todo cuanto sabes sobre Milred para poder combatirle con efectividad.

Hugo dos estaba satisfecho.

Asintió en silencio. Abrió la boca para hablar, y... un seco timbrazo en la puerta de entrada le hizo ponerse bruscamente en pie, con el rostro demudado por la emoción.

—¿Qué ocurre? —me alarmé.

—¡Es Milred! — respondió con los ojos fijos en un determinado punto de la pared —. ¡Olvidaba que el mismo día que hice la experiencia con el gato, a las cinco y cuarto, me visitó!

Quedó sorprendido.

Dirigí mi vista al sitio que contemplaba Hugo dos; un reloj. ¡En aquellos instantes eran las cinco y cuarto en punto!

CAPÍTULO IV

PRIMEROS PASOS

EN circunstancias normales, hubiera recibido a Maltus Milred con satisfacción, incluso con agrado. Pero ahora, sabiendo que aquel hombre tenía la intención de terminar con toda la humanidad, no me atrevía a enfrentarme con él. Temía que mis nervios me delataran.

Hugo dos pareció comprenderlo así.

—No te preocupes — me dijo —. Tú no estás en condiciones de recibirlo, pero yo sí. Hay que evitar que sospeche nada, y al mismo tiempo alejarlo de aquí. Sabemos quo la máquina del tiempo funciona, pero él no lo sabe ni debe saberlo. Al contrario, ha de creer que el experimento ha sido un fracaso. Esta será una buena arma para esgrimir contra él.

Iba a preguntarle por qué, pero la aparición de Lydia en la puerta de la cocina me lo impidió. Hugo dos le susurró al oído «es Milred» y nos tomó del brazo, conduciéndonos a otra habitación.

—Permaneced escondidos mientras él esté aquí. Yo me encargaré de solucionarlo del mejor modo posible.

Y cerró la puerta.

Durante más de media hora, Lydia y yo permanecimos en aquella habitación, inmóviles, sin hablar y casi sin siquiera respirar. No sé lo que sintió ella durante el transcurso de aquellos interminables treinta minutos, pero sí sé lo que sentí yo. Por mi mente pasó un verdadero torbellino de ideas contradictorias. ¿Por qué Milred quería destruir el mundo? ¿Por qué eligió como centro de operaciones aquella isla perdida en el océano Atlántico? ¿Por qué construyó aquel fabuloso cañón disparador de proyectiles dentro del cono de la montaña? ¿Por qué, por qué, por qué?

Las preguntas sin respuesta se sucedían en mi mente con vertiginosa rapidez. Parecían una continua marea, con su eterno subir y bajar. Mis sentimientos, asimismo, variaban a impulsos de esta marea. Todavía, a veces, me asaltaba el pensamiento de que todo lo dicho por Hugo dos no era más que obra de la imaginación

de un loco. ¡Pero un loco que era yo mismo!

Por fin la puerta de la habitación se abrió, y Hugo dos nos hizo señas de que saliéramos. Estaba nervioso. Finas perlitas de sudor mojaban su frente, y su respiración era entrecortada. Con pasos rápidos se dirigió al mueble bar y se sirvió un vaso lleno de coñac. Yo, tanto o más nervioso que él, me serví otro.

—Creí que no podida fingir más — nos dijo, dejándose caer en un sillón —. Pensaba que sería fácil engañarle, pero es mucho más listo de lo que yo le conocí. Sabe que la máquina funciona.

Le miré estupefacto. ¿Cómo podía ser...?

Hugo dos lanzó un hondo suspiro.

—Le dije que había enviado al gato a dos días de distancia en el tiempo, hacía ya tres días, y que no había vuelto a aparecer. «Eso quiere decir que la máquina no funciona», me dijo él. Yo afirmé. Y entonces, el estúpido animal apareció en habitación, maullando alegremente.

Me dejé caer en otro sillón, con el vaso a medio consumir en la mano. Hugo dos continuó:

—Empezó a sospechar que yo quería engañarlo, quedándome con toda la gloria del invento para mí. Fue un verdadero trabajo convencerle de que debía de haberme equivocado en los controles, y debía de haber enviado al gato a tres días de distancia en vez de dos. Al final parece habérselo creído y se ha ido. Pero es más astuto de lo que creemos, Hugo uno. Volverá mañana, me ha dicho, para hacer una experiencia él mismo. Y para entonces habremos de haber pensado algo para que no pueda hacerlo, ¿comprendes?

Permaneció unos momentos en silencio, contemplando con ojos abstraídos el vaso que tenía ante sí. Yo aproveché aquel momento para preguntarle todo lo que durante aquella media hora había pasado por mi cerebro.

Hugo dos me miró, miró a Lydia, y volvió a mirarme a mí. Después, lanzando un suspiro, exclamó:

—Todavía no me crees.

—No, Hugo dos. No es que no te crea. Se trata de saber todo lo concerniente a Maltus Milred y su proyecto. Hasta ahora sólo conozco los hechos, apenas sé de los antecedentes.

Mi otro «yo» asintió lentamente. Dejó la copa de licor sobre la mesa, y se recostó en su asiento.

Empezó a hablar.

Estuvo hablando durante más de media hora. Y en el transcurso de la misma, pude confirmarme en lo que ya sabía, y asegurarme de lo que sospechaba.

El profesor Zein, al ser desposeído de todos sus derechos y prerrogativas para seguir investigando, quedó resentido contra toda la humanidad en pleno. Y concibió la idea de destruir al mundo que no había sabido apreciar sus grandes dotes de investigador y su talento. Porque Zein, si bien era un desequilibrado mental, era una de las inteligencias más preclaras del mundo actual. Cuando tuvo bien decidido su proyecto, acudió a ver a Milred, que ya en otras ocasiones le Labia ayudado e incluso inducido a realizar algunos de sus experimentos. Milred, hombre de gran fortuna y numerosas influencias, era en realidad un hombre de baja moral. Se hablaba de que había traficado con estupefacientes, trata de blancas y negocio ilegal de venta clandestina de armas. Y de esa forma había amasado la mayor parte de su dinero. Hombre sin escrúpulos, ambicioso, y sobre todo descontento del actual régimen del mundo, había soñado siempre con erigirse en dictador de un pueblo que le acatara solamente a él. Los proyectos de Zein le vinieron como anillo al dedo, y se puso incondicionalmente a su lado. Pero así como la principal ambición de Zein era destruir al mundo, Milred solamente soñaba con tomar las riendas del poder por medio de las amenazas. Consiguió convencer al sabio de que lo mejor era dominar la Tierra en vez de destruirla, y así todos reconocerían el genio que antes le habían negado. Expuso multitud de argumentos para convencerle, y al final lo logró. Así, principiaron la consecución de sus planes.

Zein tenía en sus manos dos poderosas armas, una de las cuales le había validó la degradación por haber trabajado ocultamente en ella. Se trataba de una nueva serie de proyectiles autodirigidos, que no necesitaban para su lanzamiento ninguna clase de rampa de despegue. Su sistema de disparo consistía en un largo tubo estriado, una especie de cañón, cuya única misión era encauzar la dirección del proyectil hacia la estratosfera. Éste, al llegar allí, se detenía, entrando en funcionamiento su cerebro electrónico. Cada proyectil tenía grabado el destino que se le había asignado, y así él mismo se autodirigía hacia el blanco. La segunda arma, mucho más terrible que la primera, era la ya fatídica bomba «W», bomba capaz de

causar una reacción en cadena que terminaría con todo vestigio de vida en el mundo. Esta bomba, llamada también descohesionante, era capaz de anular la cohesión de los cuerpos, y consistía en una gran esfera, algo alargada por los extremos opuestos, en forma ovoide. En dichos extremos iban depositados los dos elementos críticos. En la parte central había un sistema de automoción, por lo que constituía un verdadero vehículo en sí misma. Después de recibir el impulso inicial, ella misma se ponía en marcha, lanzándose a gran velocidad hasta alcanzar alturas verdaderamente considerables. El mecanismo de la bomba entraba en funcionamiento al llegar el ingenio a los treinta kilómetros de altura, ya casi fuera de la atmósfera terrestre. Allí, las dos masas críticas se fundían en una sola, produciendo una explosión muy semejante a las auroras boreales, pero mucho más intensa y de un color rojo intenso. Los elementos resultantes de la explosión reaccionaban con el hidrógeno, helio y nitrógeno que allí existen, esparciéndose el poder destructivo de la bomba por toda la atmósfera y, por ende, por toda la Tierra.

También contaba Zein con otros inventos, algunos de los cuales incluso había presentado a la aprobación del gobierno antes de ser expulsado. Entre ellos, los que más útiles le fueron el antirradar, que le permitía ocultar el emplazamiento de su base a las ondas de cualquier detector, y la radio universal, aparato mediante el cual podían interrumpirse todas las emisiones del mundo, fueran de la longitud de onda que fueran.

Contando con estos fabulosos medios y con su influencia, Milred pudo lograr fácilmente sus propósitos. Mandó fabricar los aparatos por piezas y secciones a distintas empresas de diversos países, valiéndose de sus amistades gubernamentales para que los envíos no fueran demasiado investigados. Compró al gobierno inglés una pequeña isla que consideró ideal, tanto por su forma como por su situación, para sus planes, y mandó construir en ella un enorme túnel vertical dividido en dos secciones. Una de ellas, la inferior, para depósito de los proyectiles—bomba. La otra, la superior, para albergar el cañón de disparo y la cabina de mandos.

La isla era verdaderamente ideal para los planes de Milred. Situada entre los dos bloques continentales, los dominaba a ambos desde una altura superior al paralelo sesenta y dos. Por otra parte,

su aislamiento y lo apartado del lugar donde estaba enclavada, hacía que nadie fuera a investigar allí, lo que representaba una gran seguridad.

Mientras se estaban realizando los trabajos, Zein leyó la noticia del proyecto de la máquina del tiempo, y propuso a Milred que la hiciera construir; así, si los gobiernos no se avenían a razones, podrían destruir el mundo con toda impunidad, sin necesidad de perecer ellos también. Milred, comprendiendo lo sensato de la idea, lo hizo. No podía hacer trasladar la construcción de la máquina a su isla para no despertar las sospechas de Hugo dos, y por eso tuvo que conformarse con que éste la instalara en el laboratorio de su propio domicilio. No obstante, decidió ejercer un control de vigilancia personal y, como medida de seguridad, temiendo que Hugo dos. Viajando al futuro, descubriera que probablemente dentro de poco él pasaría a ser la máxima figura política del mundo, le prohibió esta clase de viajes.

Hay que confesar que, a pesar de todo, la primera impresión que tuvo Milred de la máquina del tiempo fue de que no funcionaría. No obstante, pronto so pudo convencer de su error. Y entonces, al percatarse de que el trasladarse por el tiempo era una inmediata posibilidad, una nueva y diabólica idea cruzó por su perturbada imaginación de loco: ¿para qué dictar leyes a un mundo podrido como aquél? Podría destruir definitivamente a la Tierra, y trasladarse al futuro, allí donde todo rastro de la antigua humanidad se hubiera ya extinguido, y crear una nueva generación de hombres. ¡Convertirse en el padre de los futuros pobladores del planeta!

Hugo dos continuó explicando.

La idea arraigó fuertemente en su cerebro y se la comunicó a Zein. Éste se había entusiasmado ya con la idea de dominar al mundo, y si bien la aceptó para no desairar a Milred, consiguió de éste que antes se probara si los gobiernos les obedecerían cuando empezaran a lanzar bombas contra las principales capitales. Así, concertado este diabólico acuerdo, llegó el día en que, ya terminados los preparativos, los dos hombres se dispusieron a llevar a cabo sus planes… y en el que Hugo dos, imprevisiblemente, apareció en su refugio secreto.

—En realidad — terminó Hugo dos su explicación —, Milred se

debatía aún entre dos ideas distintas, y así lo hizo ver en aquellos sus postreros momentos. Por una parte le seducía la idea de convertirse en el amo del mundo, adorado y respetado por todos, pero por otra deseaba ser el cimiento de una nueva humanidad a la que poder moldear a su gusto. Y sólo cuando vio a Zein muerto, y él, con la cara medio destruida por el ácido, por lo que no viviría mucho tiempo, cuando comprendió lo irrealizable de sus sueños. Y entonces, en una furia homicida sin precedentes, se dispuso a terminar con todo ser viviente de sobre la tierra. «Ya que muero yo — se dijo —, ¡que mueran también los demás!» Y desgraciadamente, logró, a pesar de mis esfuerzos, su último deseo.

Calló unos instantes, y Lydia y yo permanecimos silenciosos a su lado. Tal como lo pintaba Hugo dos, tanto podía ser que el final de la Tierra fuera la destrucción total como la más abyecta esclavitud a manos de un hombre como Milred. Todo dependería de la decisión que tomara él si lograba llevar a cabo sus propósitos. Y en este caso ¿cuál destino sería el mejor? ¿Morir por sorpresa, sin apenas apercibirse de ello, o arrastrar una vida esclava por el resto de nuestros días?

Me volví hacia Hugo dos, preguntando:

— ¿Qué piensas hacer?

Se puso en pie. Tras breves instantes de vacilación exclamó, animado por una súbita decisión:

—Presentar batalla. Y nuestros primeros pasos han de estar encaminados a hacer desaparecer la máquina del tiempo. Ésta representa un factor psicológico principal en los planes de Milred. Si la ocultamos, le habremos asestado un buen golpe.

Asentí en silencio. Sí, Hugo dos tenía razón. Milred confiaba en la máquina, y si ésta desaparecía de repente, sus planes se verían entorpecidos...

—Iremos a Goslar — prosiguió mi otro «yo» —. Ahí, en el «Gedurchbohrt», podremos ocultarla. Tenemos aquella gruta a la que acudimos varias veces Lydia y yo... o tú, es lo mismo. Creo que en aquel lugar estará segura.

Afirmé. Milred nunca iría a buscarla allí, si no se lo revelábamos nosotros.

—De acuerdo — rubriqué.

Ya no dudamos más. Una vez puestos todos en antecedentes, ya

no cabían elucubraciones inútiles. En mi mente todavía persistía el recuerdo de mi primer viaje al futuro, y la visión de aquel desolado paraje me hacía moverme y trabajar con el ímpetu de diez hombres.

En cinco horas tuvimos el aparato preparado para su traslado. Bastó para ello arrancar el tablero del cuadro de mandos de la pared, y desconectar los dos grandes tubos que lo comunicaban con la cabina de teleportación. Así, el aparato quedaba dividido en dos secciones fácilmente transportables. Una vez lo tuvimos preparado, llamamos a un heliorreactor de transporte, de alquiler, sin piloto. Nos teñimos el pelo de negro, dejándolo lacio, y nos colocamos un bigote postizo para despistar al funcionario que lo trajera, caso de investigar luego Milred nuestro paradero. Cuando éste llegó, penetró en la casa con un bloc de hojas impresas en ristre, y nos preguntó a dónde iríamos.

—Me refiero a la población — aclaró —. Es sólo un simple formulismo, ¿saben?

Y mientras hablaba, nos contemplaba fijamente a Hugo dos y a mí, sorprendido del asombroso parecido.

Yo iba a contestar a su pregunta diciendo «Goslar», pero Hugo dos me dio un fuerte pisotón.

—Mi hermano y yo nos trasladamos a Munich — dijo amablemente, mientras el empleado escribía con rapidez —. Confiamos estar de regreso dentro de cinco o seis días, pero por si acaso...

Y le tendió el importe del alquiler por una semana. El empleado terminó de escribir, tomó el dinero, y nos tendió la hoja pidiéndonos la firmáramos. Así lo hicimos, y el hombre se quedó como quien ve visiones al contemplar el papel. Sin darnos cuenta, habíamos puesto los dos el mismo nombre, con idéntica firma y rúbrica.

—Somos tan gemelos — dijo Hugo dos, como si bromeara —, que hasta tenemos el mismo tipo de letra y la misma firma.

El empleado nos miró, se encogió de hombros, arrancó una copia de la hoja, que nos dio, y se fue. Sin duda había visto en su vida cosas más raras que aquella.

Apenas desapareció de nuestra vista, nos adentramos en la casa y procedimos a embalar el aparato, sacándolo con cuidado al exterior. Por suerte era de noche. A nuestros vecinos les habría

extrañado mucho ver a dos Hugo Flap tan asombrosamente idénticos.

Cargamos el aparato en el heliorreactor, y en cuanto terminamos nos faltó tiempo para elevamos y dirigirnos hacia Goslar, donde dejamos a Lydia. Hugo dos había dicho a Milred, para justificar la ausencia de mi esposa, que se encontraba pasando unos días con su familia en Goslar, y por eso, cuando nos despedimos, le recomendó:

—Quizá Milred, al descubrir que nos hemos ido, venga aquí a averiguar nuestro paradero. Tú no sabes nada. Crees que todavía estamos en Berlín, y si te dice lo contrario, muéstrate sorprendida. ¿Podrás hacerlo?

Ella dijo que sí, y estuve seguro de que, llegado el caso, lo haría. Lydia es una mujer animosa como hay pocas.

Y así, en plena noche, nos dirigimos hacia el «Gedurchbohrt». No fue difícil localizar la caverna que buscábamos, y dejando el heliorreactor suspendido a medio metro de altura, bajamos el aparato por la correa de descarga. Meterlo en la cueva ya fue tarea más difícil, y más teniendo en cuenta que debíamos hacerlo en completa oscuridad. Al fin lo pudimos colocar a satisfacción, y Hugo dos, secándose el sudor que le perlaba la frente y resoplando por el esfuerzo, se dirigió hacia mí.

—Yo me dirigiré ahora a Munich, con objeto de que los de la agencia no sospechen. Además, he de hacer algunos encargos. Volveré mañana por la tarde. Mientras, tú puedes seguir haciendo las conexiones necesarias al aparato, a fin de dejarlo listo para funcionar.

Asentí, y Hugo dos salió al exterior, montando en el aparato. Poco después vi cómo sus luces de situación se perdían en la distancia. Entonces volví a penetrar en la cueva y, ante la imposibilidad de hacer nada a oscuras, me tendí en el suelo, entregándome a un merecido descanso.

* * *

Durante todo el día siguiente permanecí en la cueva, volviendo a dejar la máquina del tiempo lista para ser utilizada. No sé cómo se las arregló para lograrlo, pero mediada la tarde apareció por allí Lydia trayéndome comida. Por suerte, pues en nuestra precipitación

nos olvidamos completamente de este detalle.

—Hoy ha venido Milred — me informó —. Iba hecho una fiera, lanzando improperios contra ti.

—¿Ah, sí? —le respondí, medio curioso, medio interesado.

—Sí. Decía que eras un desagradecido y un traidor, pues habías huido con la máquina del tiempo. Estaba tan furioso que, de no ser porque en casa estaban también papá y mamá, se hubiera lanzado contra mí. Parecía un toro enloquecido.

Sonreí involuntariamente ante la imagen del enorme corpachón de Milred sacudido por impulsos furiosos, al igual que un toro.

Lydia permanecía unas horas a mi lado, regresando al pueblo cuando ya era noche cerrada. Me quedé unos instantes contemplando su grácil silueta desapareciendo en la noche. Mientras la veía alejarse, por mi mente pasó de nuevo la imagen de aquel paisaje rojizo, y el hueso humano que se iba deshaciendo entre mis dedos...

Me invadieron unas ansias enormes de lanzarme a la lucha, destruyendo de una vez para siempre el poder de Milred. Bastaría tan sólo terminar con él, eliminarlo...

Hugo dos volvió de nuevo pasada la medianoche, con el fin de no ser visto. Volvía con el heliorreactor, que dejó suspendido a escasos centímetros de la boca de la cueva. Empezó a maniobrar en la correa de descarga, mientras me recomendaba que fuera recibiendo todos los bultos que lanzaba y los fuera entrando en la cueva. Por la ancha banda de la correa empezaron a deslizarse multitud de paquetes, que fui amontonando en la boca de la caverna.

Tardamos una hora en descargar todo lo que traía, y, cuando terminamos, sin concedemos un minuto de descanso, mi otro «yo» volvió a montar en el aparato.

—Vuelvo a Munich — me comunicó —. Allí abandonaré el heliorreactor. Hay que evitar que la Compañía que nos lo alquiló sospeche algo. Además, Milred habrá empezado ya sus investigaciones para hallamos, y hay que evitar que nos descubra.

Se alejó y yo volví de nuevo a la cueva, empezando a desembalar todo lo que había traído. Había una máquina parloescritora, tablas de cemento fundible, una caja conteniendo dos pequeñísimas microemisoras, varios eliminadores de

radiaciones de gran potencia... Me pregunté para qué querría Hugo dos todo aquello, y me hice el propósito de preguntárselo cuando regresara. De momento me limité a ordenarlo todo... y a esperar.

Pasó otro día entero antes de que volviera Hugo dos, subiendo a pie hasta la cueva. Al llegar allí, y después de dar varios resoplidos de cansancio, se dejó caer el suelo, agotado.

—Milred ha empezado las investigaciones en gran escala — me informó, de entrada.

Me lo quedé mirando, sin acabar de comprender.

——Lo primero que ha hecho — prosiguió — ha sido investigar todas las agencias de alquiler de heliorreactores hasta dar con la indicada. Y entonces ha movilizado a toda la policía de Munich para dar con nuestro paradero.

— ¿Y...? —dejé la frase en suspenso.

—Por suerte se nos ocurrió dar una pista falsa. De todos modos, he tenido que dejar el heliorreactor abandonado en las afueras de la ciudad. No he querido exponerme a un riesgo innecesario.

Siguió un silencio. Mientras Hugo dos, sentado en el suelo, encendía un cigarrillo, mi cerebro empezó a trabajar con los datos de que disponía.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Tuve que robar varios coches, abandonándolos en diversos pueblos. El último lo he dejado en medio de un bosque, en las afueras de Goslar, y el resto del camino lo he hecho a pie.

Empecé a pasear por la cueva, mientras pensaba en el ilimitado poder que debía de tener Milred, cuando podía movilizar a toda una ciudad para hallar el paradero de un solo hombre. Y una ciudad como Munich nada menos.

Hugo dos se levantó pesadamente y se dirigió hacia la boca de la cueva, contemplando el exterior. Como si hubiera leído mis pensamientos, dijo:

—Esto te dará idea del poder que tiene ese hombre. No le detiene nada ni nadie. Habrá que ir con mucho tiento para lograr atraparle.

Me dirigí hacia la entrada, y contemplé el exterior. A lo lejos brillaban las luces de Goslar. Más allá, sólo montañas rodeando aquel pequeño valle que formaba el pueblo.

—Bastará sólo con matarle... — dije.

Hugo dos exclamó:
—No, Hugo uno. No olvides que tiene en su poder un poder fantástico. Un poder que hay que destruir ante todo y sobre todo.
—Pero la policía...
En la semioscuridad, Hugo dos soltó una risita. Volvió su cara hacia mí.
—La policía es lo último a lo que debemos acudir. Milred se precia de tener amistades en todas partes, influencias de gran valor. No, Hugo uno, no podemos acudir a nadie. Esta es una lucha en la que estamos solos nosotros dos contra Milred, Zein y su poder. Hemos de luchar solos, sin confiar en recibir ninguna ayuda, ¿comprendes?
Asentí. Recordé el cuento de la hormiga y el elefante. La hormiga no puede hacer nada contra el gran paquidermo, pero éste sí puede levantar una de sus patas y aplastar a la hormiga de un solo golpe. Nosotros éramos la hormiga...
—Según lo que sucedió en mi tiempo — siguió Hugo dos —, el día en que visité a Milred en su isla del Atlántico era el quince de agosto. Hasta entonces no se decidió a poner sus planes en práctica. Teniendo en cuenta que hoy estamos a siete, tenemos ocho días por delante. Además, poseemos la ventaja de que sabemos aproximadamente los actos que realizará Milred en estos días.
—¿Aproximadamente? — me extrañé.
—Sí. No olvides que, a causa de nuestra desaparición y la de la máquina, se han producido cambios que pueden ser apreciables en el curso de los acontecimientos. Por eso tendremos que basamos en una línea general de conducta, en vez de apreciar detalle por detalle. De todos modos, estamos en relativa superioridad.
—¿Entonces...?
Hugo dos arrojó el cigarrillo casi consumido hacia adelante, y se sentó en el suelo, cara a las estrellas. Yo le imité.
—He ideado un plan — me dijo —. Es arriesgado, pero a mi parecer es el único realizable. Milred tiene la fuerza, y nosotros no. Por eso tendremos que recurrir a otro medio: la astucia. Escucha...
Empezó a hablar. A medida que lo iba haciendo, yo iba afirmando con la cabeza. Verdaderamente, era un plan muy arriesgado, en el que se dejaban muchas cosas al azar y a la buena suerte. Pero también era el único con el que se podría lograr algo

positivo. Había de tenerse en cuenta que Milred, sospechando algo de nosotros (mejor dicho, de mí, ya que ignoraba la existencia de Hugo dos), se habría rodeado de todo lujo de precauciones. Así no podíamos confiar mucho en acercarnos a él intentando pasar inadvertidos. Para eso tendría que desaparecer antes el motivo que le había alarmado... y ese motivo era yo.

—Bien — afirmé cuando Hugo dos terminó de hablar —. Conforme.

Hugo dos asintió, y propuso que descansáramos toda la noche antes de lanzarnos al ataque. Yo no tenía nada que oponer, y acepté. A la mañana siguiente tendríamos que estar bien despiertos y en forma para poder principiar a actuar.

Nos tendimos en el suelo, abrigándonos con sendas mantas calóricas, y poco después dormíamos profundamente.

CAPÍTULO V

ACCIÓN DIRECTA

A la mañana siguiente me preparé para iniciar la consecución del plan ideado por Hugo dos. Éste sacó de entre los paquetes que había traído el que contenía las dos microemisoras, dos pequeños aparatos no mayores que la uña del dedo meñique, y de un radio de alcance de cien kilómetros. Me coloqué uno en el conducto auditivo, de modo que no se apercibiera su existencia desde el exterior, y Hugo dos hizo lo propio. Tomé después el revólver que me tendía éste, y me lo coloqué en el bolsillo del pantalón. Así pertrechado, me dispuse a salir al exterior.

—Recuerda — me hizo Hugo dos su última recomendación — que a ser posible no debes usar la pistola. A medida que vayan sucediendo las cosas, te iré dando las indicaciones necesarias para ir de acuerdo. Buena suerte.

Me tendió la mano y se la estreché, saliendo al exterior. ¿Quién sabía si aquélla no era la última vez que nos veíamos? La empresa que íbamos a acometer parecía demasiado superior a nuestras fuerzas, fuera de nuestros limitados alcances. ¿Acaso podríamos llevarla a cabo con éxito?

Empecé el descenso. El «Gedurchbohrt» es un monte abrupto, escabroso. Su gran cantidad de accidentes orográficos lo hacen difícil y fácil a la vez para la escalada. Hombre de ciudad, que no había practicado nunca el alpinismo, para mí el descenso fue una verdadera tortura. Cuando llegué abajo, algo magulladas las manos, pero a salvo, no pude evitar el lanzar un hondo suspiro de alivio. Volví la vista hacia arriba, pero no pude distinguir la cueva en la que nos albergábamos de las demás que acribillaban todo el monte. Desde allí, todas eran iguales. Por eso principié a andar hacia Goslar, rezando mentalmente para que el plan de Hugo dos saliera a la perfección.

La distancia existente entre el «Gedurchbohrt» y Goslar es apenas de dos kilómetros, y andando a buen paso los recorrí en menos de una hora. Cuando llegué a la entrada del pueblo, me

detuve unos momentos examinando la situación.

La casa en que vivían los padres de Lydia se encontraba situada en un extremo del pueblo. Para ir allí tenía que seguir la calle frente a la que me encontraba ahora, y doblar después a la izquierda. La quinta casa en aquella dirección era la que me interesaba.

Eché a andar, adoptando todo lujo de precauciones. Me crucé con algunas personas, vecinas del pueblo, que apenas me prestaron atención. No se distinguía nada anormal.

Llegué al lugar donde debía doblar hacia la otra calle, y antes de hacerlo observé cautelosamente. No se distinguía a nadie que vigilara la casa de Lydia, pero estaba seguro de que un par o tres de policías o esbirros de Milred estarían en constante acecho.

Bien, aquello era precisamente lo que me interesaba.

Seguí andando, aumentando mis precauciones. Estaba seguro de que, en algún lugar, un par de ojos al menos estarían espiando mis menores movimientos.

Llegué casi frente a la casa de Lydia. Entonces, como por casualidad, un hombre salió de la casa de enfrente, echando a andar hacia mí. De otro lado aparecieron dos hombres más y del jardín de la propia casa de mi esposa aparecieron otros dos.

—Ya están aquí — murmuré en voz baja para que, desde la cueva, lo oyera Hugo dos —. Son cinco, pero no parecen policías.

«Me lo suponía — oí por medio de la microemisora —. Haz como si te sorprendieras al verlos, e intenta huir. Pero no les hagas correr mucho.»

Asentí lentamente, como si Hugo dos pudiera verme. Los cinco hombres avanzaban hacia mí en semicírculo. Uno de ellos ordenó:

—No se mueva, Flap, y déjese agarrar. Se evitará complicaciones.

Siguieron avanzando, intentando rodearme. Yo me mantenía inmóvil, observándoles alternativamente. En aquel momento la puerta de la casa se abrió, y Lydia, con un gesto de temor en el semblante, apareció en el umbral. Sonriendo, agité la mano hacia ella, gritando:

—¡Hola, Lydia! ¡No temas nada!

Y embestí contra el enemigo que tenía más próximo.

Lo cogí de sorpresa. No se esperaba aquella reacción, y cuando se dio cuenta de mis intenciones ya se encontraba arrugado en el

suelo, con un puñetazo en el estómago. Libre el camino por aquel lado, me lancé a la carrera hacia la salida del pueblo, no tardando en ser seguido por los cuatro esbirros.

Lentamente, con toda deliberación, fui retrasándome en mi carrera, dejando que mis perseguidores fueran ganando ostensiblemente terreno y acercándoseme por momentos. Oí que uno gritaba:

—¡Deténgase, Flap! ¡Será mejor para usted!

Sonreí al observar que hablan omitido en el «deténgase» el consabido «por orden de la Ley». Milred, suponiendo más probable que yo fuera a Goslar que a ningún otro sitio, había instalado allí a sus esbirros particulares. «Menos trabajo para él... y para mí», me dije.

Los cuatro hombres estaban ya encima de mí. Habíamos salido en nuestra carrera a las afueras del pueblo, y nos encontrábamos en un campo lleno de hierba, que a veces se empleaba como campo de fútbol. Uno de mis perseguidores intentó agarrarme por la manga, y lo esquivé. Los otros tres empezaron a rebasarme por los costados y, de repente, como de común acuerdo, se lanzaron contra mí.

Yo estaba esperando que hicieran esto. Los tres hombres calcularon que yo seguiría corriendo, pero yo había previsto que ellos lo creerían así, de modo que me detuve en seco. Y los tres, desconcertados, se enzarzaron en una lucha inútil entre ellos mismos. El que venía detrás intentó lanzarse contra mí, encontrándose solamente con un puño cerrado que fue a estrellarse contra sus ojos. Los tres restantes esbirros, pasados ya los primeros minutos de confusión, se pusieron en pie y se lanzaron contra mí, que los recibí con un par de golpes.

Lentamente fui menguando mi resistencia, aunque me di el gusto de señalarles a todos ellos en algún lugar de la cara. Cuando al fin pudieron «dominarme», me esposaron las manos a la espalda, y uno fue a un teléfono del pueblo a llamar a alguien.

Varios hombres de Goslar hablan contemplado desde un principio con ojos interesados la escena, y todavía permanecían allí observándonos. Los tres hombres que se quedaron a mi lado, a los que no tardó en unirse el del golpe en el estómago, empezaron a ponerse nerviosos. Cuando volvió el que fue a telefonear, todos lanzaron un suspiro de alivio.

—Vamos al prado — comunicó éste a los demás, señalando un lugar no muy distante —. El heliorreactor no tardará en llegar.

Los seis, en compacto grupo, nos dirigimos hacia el lugar señalado, en cuyo cielo no tardó en dibujarse la figura de un heliorreactor, que se posó suavemente en el suelo. Me hicieron subir al aparato, que poco después remontaba el vuelo en dirección al mar. Dos horas después llegábamos a la isla de Milred, y nos posábamos frente a la casa levantada en la explanada. Todo era idéntico a como me lo había contado Hugo dos. En aquel momento la puerta de la casa estaba abierta, y en ella se distinguía una figura: Maltus Milred.

Recordé la primera vez que lo vi, sentado ante mi mesa de despacho, y firmando un cheque por diez millones de marcos. ¡Cuán diferente a entonces lo veía en aquellos momentos! Tan sólo hacía un par de meses desde aquella ocasión, pero a mí me parecía que habían pasado varios años. Impensadamente, me entraron fervientes deseos de lanzarme contra él y emprenderla a golpes y a puñetazos. Por suerte, tenía las manos sujetas a la espalda y seis hombres me custodiaban; de no ser por eso quizás hubiera cometido una barbaridad.

—Bien, señor Flap, bien. — Milred me dirigió una mirada que contrastaba enormemente con su rostro tranquilo —. ¡Quién iba a decir que nos volveríamos a ver en estas circunstancias!

«Recuerda — me susurró la voz de Hugo dos por la microemisora — que sabes todo lo concerniente a sus planes y que has de componer un gesto de odio y horror.»

No me sería difícil hacerlo. El odio que sentía en aquellos momentos hacia Milred era tan fuerte, que no tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no escupirle a la cara todo lo que pensaba de él.

Milred hizo un gesto despidiendo a los seis esbirros y me cogió familiarmente del brazo, como si fuéramos los mejores amigos. Nos adentramos en la casa hasta llegar a una habitación, un gran despacho cuya puerta cerró a nuestras espaldas.

—Lamento no poder quitarle las esposas por el momento — me dijo —, pero su actitud hasta ahora no ha sido muy leal y he de tomar precauciones.

Rodeó la mesa de despacho, de fuerte caoba, y se sentó al otro

lado. Yo permanecía de pie frente a él, dirigiéndole la más fría y despreciativa de mis miradas.

—¿Qué le impulsó a desaparecer con la máquina del tiempo, Flap? — me preguntó, jugando con un abrecartas de empuñadura de plata y hoja de marfil —. ¿Quería quedarse la gloria del invento para usted solo?

Negué con la cabeza, permaneciendo unos momentos silencioso. Había llegado el momento. Con toda deliberación, casi mascando mis propias palabras, le dije con lentitud:

—Me instó a ello lo que usted esconde tras su «caja fuerte» de los sótanos y el empleo que piensa darle.

El abrecartas cayó con seco ruido sobre el cristal de la mesa, y Milred, con el rostro demudado, se puso violentamente en pie. Chilló más que preguntó:

—¿Qué sabe usted de eso?

—Todo, Milred. Absolutamente todo.

Se dejó caer en el sillón, como un saco vacío. Con voz débil e insegura volvió a preguntar:

—¿Cómo lo averiguó?

—Viajando al futuro. Después que usted me visitó, decidí hacer la experiencia personal de un viaje al tiempo. Tuve curiosidad por ver el momento en que usted, a la mañana siguiente, me visitarla de nuevo.

Y así pude oír una interesante conversación sostenida entre usted y «yo», en la que me contaba todos sus proyectos de dominación y destrucción. Quedé asombrado y aterrorizado, y cuando regresé al presente decidí ocultar la máquina, evitando así que usted consiguiera, en parte, sus propósitos.

—Eso es mentira.

Lo pronunció lentamente, con voz apagada. Yo no respondí, limitándome a un brevísimo encogimiento de hombros. Entonces, levantándose y dando un fuerte puñetazo contra la mesa, aulló:

—¡Es mentira!

«Bravo, Hugo uno — dijo mi otro «yo» —. Empieza a ponerse nervioso.

—No es verdad, Flap — continuó hablando Milred —. No puede ser verdad. Yo no tenía ninguna intención de revelarle mis proyectos. No puedo haberlo hecho. ¡Usted lo ha sabido por otro

conducto! ¿Cuál?

Me encogí de hombros, sin dignarme contestar.

—¿Dónde ha ocultado la máquina del tiempo?

—No se lo diré, Milred.

Principió a pasearse por la amplia habitación, como una fiera enjaulada. Yo, de pie al lado de la mesa, le contemplaba en sus continuos paseos. Me complacía en verle sufrir, verle temeroso.

De pronto se detuvo frente a mí.

—¿No comprende que está en mis manos, Flap? — me amenazó —. Aquí estamos muy lejos de la civilización. Aquí sólo existe un amo: yo. Si le mato, si le torturo, nadie sabrá nada. Todo seguirá como antes.

Y hay muchos modos de arrancar la verdad a quien no quiere decirla.

Me encogí de hombros.

—Puede hacer lo que quiera, Milred. Pero le advierto que he tomado mis precauciones. En la cámara acorazada del Banco de Alemania, en Munich, he depositado una relación de todo lo que sé, con las instrucciones de que, si no paso a recogerla en el plazo de dos días, «y ya ha pasado uno», sea entregada al departamento de Seguridad del Estado, un lugar donde no creo que llegue su soborno. Además, si antes de las doce horas de esta noche no voy a retardar la espoleta de la bomba que he colocado en la máquina del tiempo, estallará en fragmentos.

Milred lanzó un sonido inarticulado y volvió a sus pasos por la habitación. Adivinaba sus pensamientos. Aunque en el departamento de Seguridad no dieran mucho crédito a la relación que yo «había hecho», podían realizar una ligera investigación en la isla y descubrirlo todo. Y en este caso...

Se detuvo bruscamente, volviéndose como una centella hacia mí.

—¡Miente, Flap! —me espetó a boca de jarro—. ¡El empleado que trajo a su casa el heliorreactor de transporte dice que vio a dos Hugo Flap idénticos! ¡Dos gemelos!

—Sí — sonreí —. Dos Hugo Flap tan idénticos que hasta tenían la misma firma. Yo solo no podía transportar la máquina y pedí ayuda a mí mismo en el tiempo. Mi «yo» del futuro vino al presente, me ayudó y volvió a su tiempo una vez cumplida su tarea.

Me senté en un sillón, lamentando no tener las manos libres para

encender un cigarrillo. Observé a Milred, que, desesperado, se paseaba a grandes zancadas por la habitación, pareciéndose cada vez más a un fiera enjaulada. En realidad, se encontraba en un callejón sin salida. No sabía dónde estaba la máquina del tiempo; no podía retirar el documento que yo «había depositado» en la cámara acorazada del Banco de Alemania… Estaba atado de pies y manos.

—¿Quién tiene los triunfos en la mano, Milred? — pregunté sarcástico.

—¡Todavía yo!

Y se lanzó contra la puerta, abriéndola y llamando a alguien. Cuando el requerido — un hombre alto, seco, huesudo — apareció en el umbral, le ordenó que trajera un frasco de penthotal. Después, volviéndose hacia mí, murmuró:

—Ahora sabremos si ha dicho la verdad.

Me permití una sonrisa. Porque así como existía el suero de la verdad, también se había descubierto su antídoto, del que me había tomado la dosis suficiente como para que durante dos días no me hiciera ningún efecto la droga. Aparte el desvanecimiento y el estado hipnótico que producía, solamente respondería lo que por medio del microemisor me fuera dictando Hugo dos.

Mientras volvía el hombre huesudo con una jeringuilla en la mano y me inyectaba, no dejé de sonreír. Y todavía persistía con mi sonrisa cuando la droga empezó a hacer efecto en mi sistema nervioso, y sentí como iba perdiendo poco a poco el conocimiento.

* * *

Desperté en el mismo sitio, sentado en el mismo sillón, con la única diferencia de que ahora no tenía las manos esposadas.

Dirigí una mirada a mi alrededor. En la habitación no había nadie. La puerta cerrada no ofrecía posibilidades de escape, y la ventaba estaba protegida por una artística e infranqueable reja de hierro forjado.

Me puse en comunicación con Hugo dos.

«Todo ha ido perfectamente — me dijo —. Ahora Milred está convencido de que le has dicho la verdad, y está más nervioso que nunca. Tanto, que ha decidido ir a comprobar personalmente la

veracidad de lo del Banco de Alemania y a intentar hacer algo. Está asustado, casi aterrorizado, y esto nos ayuda en nuestros planes.»

Sonreí para mí mismo. Milred creía que había logrado atraparme por sorpresa y contra mi voluntad. No sabía que yo me había dejado agarrar voluntariamente, y por eso lo había preparado todo para apoyar mi historia. Hugo dos había tenido la precaución de guardar un paquete lleno de periódicos en la cámara acorazada del Banco de Alemania, con la instrucción de que fuera entregado al Departamento de Seguridad del Estado si no había pasado a recogerlo antes de las doce de aquella noche. Por aquel lado podía estar completamente tranquilo...

Recostándome en el sillón, busqué un cigarrillo. No lo encontré. No sólo me habían vaciado todos los bolsillos, sino que habían vuelto los forros al revés, como si temieran que todavía me quedara en ellos algún objeto peligroso.

Pregunté a Hugo dos cómo le iba su parte del plan, a lo que respondió con una frase vaga. Hugo dos había decidido hacer lo siguiente: En el enorme depósito subterráneo donde se encontraba el cañón disparador y los proyectiles almacenados debía de existir algún respiradero que comunicaba con el exterior. Milred, sabiendo que nada tenía que temer de mí, pues me tenía prisionero, descuidaría su vigilancia, con lo que mi otro «yo» podría introducirse dentro del subterráneo e intentar inutilizar los ingenios que allí se encontraban. Con este solo objeto habíamos montado todo el tinglado de mi captura. Sin embargo, las frases vagas con que me había contestado indicaban que, por el momento, a pesar de su empeño, todavía no había logrado ningún resultado positivo.

Empecé a temer que nuestros esfuerzos resultaran inútiles. ¿Qué podíamos hacer dos hombres solos contra un poder como el de aquel loco? Quizás hubiera sido mejor llevar el caso a conocimiento de las autoridades, aun a riesgo de no ser creídos en absoluto...

Durante el tiempo que permanecí solo en aquella habitación los más negros sentimientos me invadieron. Empecé a experimentar desaliento. ¿Y si fracasábamos? ¿Qué sería entonces de la humanidad?...

Al fin, tras larga y angustiosa espera, la puerta de la habitación se abrió violentamente. Primero apareció un hombre con una metralleta en la mano, que se quedó a un lado de la puerta,

apuntándome. Después...

Milred, con una sonrisa que no me gustó nada cruzándole el rostro, apareció frente a mí. Llevaba un fajo de papeles mal envueltos en la mano. Con un ademán melodramático, estudiado, lo arrojó contra el suelo, a mis pies.

Al caer, el paquete, mal envuelto, se deshizo, esparciendo su contenido sobre las baldosas. ¡Eran hojas de periódico!

—Ahí tiene su famosa relación, Flap. Como ha visto, no me ha costado mucho obtenerla.

Palidecí intensamente. No sólo por el hecho de que lo que parecía imposible de conseguir lo hubiera logrado aquel hombre, sino porque ¡ahora ya sabía Milred que, a pesar del suero de la verdad, le había mentido!

—Bien, amigo Flap — se acercó a mí, protegido por la metralleta del de la puerta —. Ahora que está todo aclarado, quisiera que me dijera porqué me ha engañado. ¡Y quiero saberlo ahora mismo!

Tragué saliva, mientras me removía en el lugar que ocupaba. ¡Si al menos se me ocurriera alguna nueva mentira algo plausible! Mentalmente invoqué a Hugo dos, confiando en que él me resolviera el problema. Y la respuesta llegó:

«No digas nada. No contestes.»

Aquello no me resolvía nada, pero al menos me tranquilizó. Cerré con fuerza mis labios, y aparté mi vista del rostro de Milred.

Era una posición estúpida aquella, lo reconozco, pero al menos «yo» tenía la convicción de hacer algo, aunque este algo fuera precisamente no hacer nada. Milred pareció comprender lo que pasaba por mi imaginación. Se apartó unos pasos de mí y sonrió aviesamente.

—Me imaginé que tomarla esa actitud, Flap — dijo —. Por eso me he permitido valerme de lo que vulgarmente se llama un «trucaje». Si no quiere decirme nada a mí, espero que, al menos, se lo dirá a su amantísima esposa cuando la traigan aquí...

«¡No te muevas, Hugo uno; no hagas ni intentes nada! ¡Acabo de encontrar la boca de un respiradero y me estoy introduciendo en su interior! ¡Dentro de poco acudiré en vuestra ayuda!»

Después, mis recuerdos se pierden en la confusión, de la que sólo aparecen nítidas unas palabras, repetidas como un eco por mi

cerebro:

«¡Acudiré en vuestra ayuda!…»

CAPÍTULO VI

LUCHA ENTRE PROYECTILES

SUCEDE a veces que un solo acto, secundario y sin importancia, puede dar al traste con el plan más minuciosamente elaborado. En el pasado existan numerosos casos en los que una nimiedad, una palabra mal dicha o mal interpretada, un gesto erróneo, han cambiado el curso de la Historia, Y la mayoría de las veces este error, este pequeño desliz, pasa inadvertido para todo el mundo hasta que es demasiado tarde para remediarlo.

Así sucedió en el caso que yo estaba viviendo. El plan de Hugo dos era perfecto; se habían cuidado todos sus detalles. Yo debía servir de cebo para atraer a Milred a lugares lejanos a aquella isla, como eran Munich y el Banco de Alemania, mientras Hugo dos realizaba la parte más importante del proyecto: destruir los ingenios creados por aquel loco multimillonario y aquel físico megalómano. Para eso se había trazado un pan minucioso. Más...

Como siempre, había surgido lo imprevisto. Un detalle sin importancia, ínfimo, como era el de colocar en la cámara acorazada del Banco de Alemania un fajo de papeles de periódico simulando el documento comprometedor para Milred, había dado al traste con un plan tan bien cuidado. El no haber sabido apreciar en su justo valor las influencias con que contaba Milred hizo que éste desconfiara todavía más de mí, poniéndose en guardia; que trajera a Lydia hasta allí, constituyendo un estorbo para nuestros planes; y finalmente, y lo que fue más importante, que Hugo dos se apartase de su misión para venir en nuestra ayuda.

Ahora, mirando todo ello desde un punto de vista posterior en el tiempo, he de reconocer que intervino en gran escala la fatalidad, ese servidor del destino al que no se puede vencer, pero esto es muy parco consuelo, ahora que todo ha terminado.

Pero es mejor seguir con mi relato desde el punto en que lo terminé antes de empezar esta digresión.

Como he relatado, estuve unos momentos semiinconsciente, ajeno totalmente a lo que sucedía a mi alrededor. No era un

desvanecimiento, sino una especie de agotamiento, de «shock» mental al que no podía sobreponerme. Solamente resonaban en mis oídos las palabras de Hugo dos: «¡He hallado la entrada de un respiradero! ¡Acudo en vuestra ayuda!…»

Pero Lydia todavía no estaba allí, por lo que la ayuda de Hugo dos no era del todo necesaria. Quise gritarle que continuara con su tarea, sin preocuparse de nosotros. No lo hice. Quizá fue un sentimiento egoísta, o quizá la esperanza de que entre ambos lográsemos algo que no pudiera hacer uno solo. No lo sé con exactitud, ni quiero saberlo. Baste el que no lo hice. Callé, mientras intentaba recuperarme de mi sopor.

Cuando las escenas volvieron a presentárseme nítidas a mis ojos, pareció como si nada hubiera sucedido en aquella habitación desde que, medio inconsciente, me lanzara contra Milred. El hombre de la metralleta en la puerta, el propio Milred contemplándome sonriente…

—¿Quién tiene ahora todos los triunfos en la mano, Flap?

Odié todavía más a aquel hombre de lo que lo odiara hasta entonces. Su grasienta figura, sus porcinos ojos… todo me parecía más siniestro que antes. Y me preguntó cómo podía haber visto en aquella figura a un mecenas, a un hombre altruista, dispuesto sólo a hacer favores a personas que lo necesitaran…

La puerta de la habitación se abrió, y una figura se enmarcó en el umbral. La puerta volvió a cerrarse a sus espaldas. Dirigí mi vista hacia la persona que entraba, y de mi garganta salió un grito al reconocer a Lydia. Intenté avanzar hacia ella, pero Milred se colocó entre los dos, a modo de barrera.

Dijo:

—Bueno, Flap. Ahora que está reunido con su querida esposa, creo que es el mejor momento para hablar claramente. ¿Por qué puso aquel paquete de periódicos en la cámara acorazada del Banco de Alemania? ¿Qué esperaba lograr con ello? ¿Por qué quería derivar mi atención y la de mis hombres hacia Munich? ¿Dónde está oculta la máquina del tiempo?

Me mordí los labios, mientras miraba alternativamente a Milred y a Lydia, en cuyos verdes ojos se reflejaba el temor y la incomprensión. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía intentar si Mildred tenía a Lydia en su poder?

—Le doy tres minutos para contestar, Flap. Si no, me veré obligado, muy a pesar mío, a usar métodos que no le gustarán.

Sacó un cronómetro, un espléndido reloj de oro macizo, y fue consultando el transcurso del tiempo. Lentamente fue desgranando los segundos con voz monótona, estridente. Sus palabras sonaban en mis oídos machaconamente:

—Dos minutos… un minuto y medio… un minuto…

Lentamente, a medida que iba transcurriendo el plazo fijado, mi frente se iba perlando de sudor. Recordé que hacía poco yo me mostraba confiado al revelarle que sabía todos sus proyectos. En cambio, ahora…

«¡Estoy llegando a la puerta del subterráneo, Hugo uno! ¡No hagas nada, permanece inmóvil, sin hablar! ¡Voy en vuestra ayuda!»

Los ojos se me animaron en un destello de esperanza, que no pasó inadvertido para Milred. Miró inquieto alrededor, como temiendo un oculto peligro. ¿De quién? Aquel hombre, apoyado por sus secuaces, no podía tener nadie a quien temer.

—Treinta segundos…, veintinueve…, veintiocho…

«¡Estoy llegando al pasillo!»

Inconscientemente, mis ojos se dirigieron hacia la puerta. Milred apuró el último segundo que me había concedido.

—¡Por última vez, Flap, no juegue con fuego o se va a quemar! ¡No quisiera usar métodos violentos con su esposa!

—¡Canalla!…

Había apreciado un ligerísimo movimiento en la puerta de entrada. Me pasé la lengua por mis resecos labios.

—Ni usted ni el esbirro que está al lado de la puerta con la metralleta lograrán hacerme hablar…

Las palabras que acababa de pronunciar iban dirigidas más a Hugo dos que a Milred. Las probabilidades de victoria estaban, por el momento, a nuestro favor.

Miré hacia Lydia. Se restregaba las manos nerviosa, llena de temor. Si supiera que, tras la puerta, Hugo dos estaba dispuesto a entrar en acción…

Y la puerta se abrió. De golpe, súbitamente. Milred se volvió en redondo, contemplando con ojos estupefactos la imagen de Hugo dos, para él yo mismo, que lo apuntaba con una pistola. El hombre de la metralleta, vuelto hasta entonces hacia nosotros, también

dirigió su vista hacia la puerta. Y se quedó así, con la metralleta en la mano, contemplando a aquel hombre que parecía el duplicado exacto de mi persona.

Hugo dos no permaneció inmóvil. Sabiendo que el principal peligro estaba a su derecha, disparó sin ninguna compasión contra el hombre armado. Se oyó un grito, y el esbirro se fue encogiendo con lentitud, mientras apretaba con manos agarrotadas el arma que tan inútil le había sido.

Lo que sucedió a continuación fue tan rápido que mis ojos apenas lo percibieron. Milred, percatándose de la situación en escasos segundos, aprovechó el momento en que Hugo dos disparaba contra su esbirro para lanzarse contra él, con una rapidez verdaderamente asombrosa en relación con el recio corpachón. Cuando Hugo dos quiso reaccionar recibió de manos de Milred un fuerte empujón, que le hizo trastabillar y hacer verdaderas cabriolas para guardar el equilibrio, circunstancia que aprovechó el otro para lanzarse contra la puerta, abriéndola y huyendo a la carrera por el pasillo.

Mi reacción, la de Lydia y la de Hugo dos fueron simultáneas. Los tres corrimos hacia la puerta. Al darse cuenta de ella, mi esposa se detuvo, dejándonos el campo libre a Hugo dos y a mí, que estuvimos a punto de chocar uno contra otro en la puerta. Corrimos hacia el pasillo, pero llegamos demasiado tarde. En aquello» momentos, Milred llegaba a la puerta de entrada y salía al exterior.

Nos lanzamos como furias hacia allí. Milred se dirigía a gran velocidad hacia un pequeño pabellón adjunto, mientras gritaba algo que no entendimos. ¡Y del pabellón empezaron a salir hombres armados!

Hugo dos me agarró del brazo, tirando de mí hacia dentro.

—No hay tiempo que perder, Hugo uno. Esto se convertirá en una sucursal del infierno dentro de poco.

—¿Qué podemos hacer? De todos modos, nos cogerán.

—Todavía hay una solución.

Le miré, esperanzado. Hugo dos señaló hacia abajo.

—La caverna depósito de proyectiles. ¡Pero no podemos perder ni un segundo!

Volvimos hacia la habitación donde había quedado Lydia, encontrándonos con que ella no había perdido el tiempo. Entre sus

manos empuñaba la metralleta que perteneciera al muerto, y nos la tendió. Hugo dos la agarró y me tiró la pistola, que cacé al vuelo. Cogí a Lydia de la mano, y salimos al pasillo.

Por la puerta de entrada empezaban a aparecer hombres, y Hugo dos les obsequió con una ráfaga de metralleta. Instantáneamente, la puerta quedó desierta. Corrimos hacia la escalera que conducía al sótano, mientras mi otro «yo» nos cubría la espalda. Empezamos a bajar, y poco después nos siguió él. A los pocos segundos estábamos ante la puerta que conducía a los sótanos.

Hugo dos me pasó la metralleta, pidiéndome vigilara la escalera. Se dirigió resueltamente hacia la gran puerta y tiró de ella. No cedió, y Hugo dos lanzó una estentórea maldición.

—¿Qué sucede? pregunté sin dejar de observar el arranque de la escalera.

Mi otro «yo» señaló hacia la gran puerta.

—Para salir, ordené a Zein que me abriera la puerta desde dentro bajo la amenaza de mi pistola. Lo tumbé de un culatazo después, y dejé la puerta entornada al salir. ¡Pero ese maldito debe de haber recuperado el conocimiento y la ha vuelto a cerrar!

Palidecí. Las frases de Hugo dos no eran tan terribles en sí como en el significado que tenían. ¡Ahora estábamos encerrados en aquella pequeña habitación, cuya única salida estaba guardada por Milred y sus esbirros!

Hugo dos regresó al lugar donde estábamos Lydia y yo, y miró hacia arriba. No se veía a nadie, pero se oían pasos y alguna palabra aislada.

—¿No hay ninguna esperanza de abrir esa puerta? — pregunté.

Hugo dos negó con la cabeza.

—No. Se abre por medio de una combinación, al igual que las cajas fuertes. Y esa combinación sólo la conocen Zein y Milred.

Permanecimos unos momentos inmóviles, esperando que de un momento a otro aparecieran por la escalera los esbirros del millonario. Las voces, allá arriba, se hacían cada vez más fuertes, y eran tantas que no se distinguía lo que decían. De pronto, una voz potente surgió de entre las demás, acallándolas: era Milred.

—¡Silencio! Esos hombres se han metido ahí abajo, y ya no os necesito. Quedaos vigilando aquí, en la escalera, y que nadie intente descender o se encontrará con una sorpresa desagradable.

¿Entendido?

Nadie contestó a las palabras de Milred. Hugo dos y yo nos miramos en silencio, como preguntándonos el significado de aquellas frases. Mi otro «yo» se me acercó, susurrándome al oído:

—Milred no quiere que sus hombres se enteren de lo que existe en este al parecer inofensivo subterráneo. Lo demuestra esa puerta de protección, y el que cuando yo vine aquí, en mi tiempo, no encontrara a nadie en la casa salvo a Milred y Zein.

Asentí en silencio, sin apartar mis ojos de la escalera. De pronto vi cómo una sombra se acercaba a ella, y agarré del brazo a Hugo dos, tirando de él.

—¡Seguramente es Milred!—susurré—. ¡Y baja solo!

Hugo dos afirmó, atisbando por la escalera, a tiempo para ver la inconfundible figura de Milred descendiendo con todo lujo de precauciones. Apreté con fuerza la culata de la metralleta. Hugo dos negó suavemente, y la tomó.

—Nos será de mucha más utilidad, vivo — dijo en un susurro inaudible.

Sentí como alguien, por detrás, me apretaba el brazo. Me volví sobresaltado, para ver a Lydia, de quien me había olvidado completamente. Estaba asustada, y sus ojos lo evidenciaban claramente. Intenté tranquilizarla con un animoso apretón en su mano. Mientras, Milred iba descendiendo, y su sombra, delimitada claramente por las luces de la estancia superior, se iba acercando por momentos. Nos aplastamos contra la pared, y Hugo dos hizo un movimiento como diciendo «dejádmelo a mí». Las armas prestas, esperamos con el corazón en un puño.

Milred apareció en la estancia. Iba armado con una pistola, y su primera acción fue mirar a uno y otro lado. Naturalmente, nos vio, y su sorpresa al encontramos allí, cuando se figuraba que habíamos penetrado en el subterráneo, lo dejó unos segundos paralizado. Unos segundos que bastaron para que Hugo dos le clavara el cañón de su metralleta en el estómago, como elemento convincente de que era mejor para él no resistirse.

Y Milred no se resistió. Como todo hombre acostumbrado a que otros le guardaran las espaldas, era cobarde. Lo primero que hizo al sentir el cañón del arma en su cuerpo fue tirar su pistola y levantar los brazos.

—Muy bien, Milred. Demuestra tener sentido común. —Mientras hablaba, Hugo dos le cacheó, convenciéndose de que no llevaba ninguna otra arma —. Ahora quisiéramos que fuera tan amable que nos abriera su hermosa caja de caudales, dejándonos ver lo que tiene en su interior.

Milred no contestó. Dirigió una mirada hacia la escalera, como si lamentara el no haber dejado bajar a sus hombres. Él solo, como un idiota, había caído en la trampa tendida por nosotros sin siquiera darse cuenta.

Hugo dos le empujó con el cañón del arma, y a Milred no le cupo más remedio que abrir la pesada puerta de acero que comunicaba con el sótano. Marcó la combinación, y nos asombramos de lo sencilla que era: 918273. Agarramos la puerta y la abrimos, penetrando rápidamente en su interior.

Mientras Hugo dos la cerraba a nuestras espaldas, contemplé la amplia caverna. Aunque nunca había estado allí, el relato de mi otro «yo» había sido tan real que me parecía haberlo visto ya todo antes. En el centro, el gran cañón, con las dos semiesferas que ponían en funcionamiento la bomba «W». La cabina acristalada a un lado, las paredes reforzadas con gruesas vigas, la compuerta metálica en la parte superior… todo estaba tan realmente descrito en mi mente que lo identifiqué al primer momento.

Avanzamos lentamente en dirección a la cabina de cristales. Milred y Hugo dos oteaban continuamente los alrededores, el primero esperando ver a Zein, y el segundo temiéndolo. Yo también sentí como aquel temor, aquel respeto que infundía la gigantesca obra que contemplábamos, me iba ganando. Miré nervioso alrededor, esperando ver surgir de algún punto ignorado la silueta de Zein, avanzando contra nosotros con una sonrisa diabólica y llevando entre las manos los mandos de la bomba «W»…

Me estremecí muy a pesar mío. Lydia, que andaba a mi lado, también pareció sentir lo mismo que yo, pues se agarró a mi brazo y se apretó contra mí. Intenté darle ánimos, pero más los necesitaba yo que ella. Hugo dos, en cambio, parecía estar tranquilo, aunque receloso. Me asombré de ello. Si Hugo dos era el «yo» del pasado, ¿acaso no debería tener mis mismos sentimientos, mis mismas reacciones?

«Lo que vivió en aquel lugar, en su tiempo, le ha endurecido.»

La voz surgió muy dentro de mí, como si fuera una persona extraña la que hablara. Pero sus palabras eran ciertas, y no pude por menos que admitirlas. Imaginé los sentimientos que cruzarían por la cabeza de Hugo dos al contemplar de nuevo todo lo que había decidido el destino de la humanidad, y no quise ponerme en su lugar. Me lo imaginaba con el corazón agarrotado de angustia, empuñando el arma con nerviosos dedos, y pugnando por vencer los impulsos que le ordenaban disparar contra el hombre que tenía ante sí.

Aparté de golpe estos pensamientos de mi cabeza, concentrándome en lo que ocurría a mi alrededor. Estábamos ya cerca de la cabina acristalada, y Hugo dos acentuó sus precauciones. Hizo entrar primero a Milred y él le siguió después. Lydia y yo penetramos los últimos, dirigiendo una nerviosa mirada a nuestras espaldas para convencemos de que por allí no nos acechaba ningún peligro.

El interior de la cabina estaba, tal como nos lo había descrito Hugo dos, lleno de diales, palancas e interruptores. A un lado, el inmenso planisferio lleno de luces en los lugares correspondientes a las grandes capitales. Al otro lado, frente por frente, un inmenso cuadro de mandos lleno de interruptores. Cada uno de ellos pondría en funcionamiento una bomba encerrada en su correspondiente proyectil, y la capital a la que fuera destinada dicha bomba quedaría completamente en ruinas...

A la vista de aquellos aparatos, Lydia soltó un apagado gemido, estrechándose contra mí. Yo intenté desentenderme de ello, mirando como Hugo dos, precedido por Milred, avanzaba hacia el fondo de la cabina. Allí, apartada del resto de los mandos, se distinguía una pequeña palanca. La bajó sin ningún titubeo, y una parte del suelo se corrió a un lado, dejando ver una iluminada abertura y una escalera descendente practicada en plena roca. Sin necesidad de que le dijéramos nada, Milred principió a bajar, y Hugo dos le siguió. Dejé pasar a Lydia primero, y yo cerré la marcha.

La escalera descendía durante un buen trecho, al final del cual desembocaba en una especie de balaustrada. Hugo dos se volvió hacia una serie de interruptores alineados en la pared, y los conectó.

Al instante, una gran serie de focos se encendieron en el techo y las paredes, dejando ver una gran cavidad en la roca. Una cavidad en la que...

Lancé un apagado grito de sorpresa al ver lo que albergaba aquella cueva, algo más ancha que la superior, pero también menos alta. ¡Porque lo que mis ojos contemplaban era una enorme cantidad de cohetes, correctamente alineados, y todos convergiendo en un mismo punto!

Los observé con atención. Relativamente, eran pequeños, pues apenas tendrían unos diez metros de longitud por dos de anchura. Tenían forma de bala, y su punta, en lugar de ser afilada como la de la mayoría, era completamente roma. Estaban montados individualmente en raíles, en sentido horizontal y formando círculo, o sea, con las toberas contra la pared rocosa y las puntas apuntando al centro. Todos los raíles convergían en este último punto, formando un nuevo rail cuádruple, que se curvaba hacia arriba desapareciendo en una abertura del techo.

Aun sin conocer sus características, me imaginé su funcionamiento. Cada proyectil iba numerado, y su número debía corresponder con los que estaban indicados en el cuadro dé mandos. Al apretar un botón determinado, el correspondiente proyectil se deslizaría por sus raíles hasta colocarse en el cuádruple, quedando así en disposición de ser disparado. Algún mecanismo automático lo introduciría en el cañón, y...

Contemplé fascinado aquel cúmulo de proyectiles, ante cuya visión Se me enturbiaba la mirada. Milred, delante de nosotros, estaba tranquilo, casi orgulloso de aquella su obra. Y, lentamente, se fue desplazando hacia la izquierda, arrimándose a la pared. Hugo dos, que en ningún momento le había perdido de vista, se volvió ligeramente.

Y en aquel preciso momento sonó un disparo.

No fue hecho desde donde estábamos nosotros, sino desde la maraña de cables, vigas y raíles que se extendía a nuestros pies por toda la extensión de la cueva. La bala fue a pegar contra la pared, a escasos centímetros del lugar donde estaba situada mi humilde cabeza.

Nuestra primera reacción fue agacharnos, evitando ser blanco de nuevos disparos. Y en aquel intervalo, Milred, aprovechando

nuestro momentáneo desconcierto, dio media vuelta y se lanzó escaleras arriba.

Hugo dos lanzó una maldición y se volvió hacia la figura que huía. Pero aunque hubiera querido disparar contra ella, no hubiera podido alcanzarla. En aquellos momentos, Milred desaparecía ya por el boquete de la escalera.

Mi otro «yo» se puso en pie, empuñando fuertemente la metralleta. Se volvió hacia Lydia y yo, gritándonos:

—¡Vosotros encargaos de ese que hay ahí abajo! ¡Yo intentaré atrapar a Milred! ¡Nos encontraremos de nuevo en el «Gedurchbohrt»!

Y se lanzó escaleras arriba, en seguimiento de Milred.

Me desentendí de él. Ahora mi principal cometido era terminar con el hombre que, desde abajo, nos había disparado. Sin duda era Zein que, después de cerrar la compuerta de acceso a la cueva superior, se había ocultado allí en espera de los acontecimientos.

Observé nuestra situación. La balaustrada que formaba el lugar donde nos encontrábamos estaba excavada en plena roca, y su repecho nos protegía de los disparos de Zein. Pero la escalerilla que descendía hasta el fondo de la caverna era totalmente metálica, protegida tan sólo por una barandilla de hierro que nos exponía a los disparos del otro apenas asomáramos la cabeza.

Lydia, a mi lado, me tocó del brazo. Me volví, y me mostró la pistola que fuera de Milred, y que había recogido del suelo cuando éste la soltó. Ahora éramos dos los armados, pero con esto no se mejoraba demasiado la situación. Con precaución, asomé la cabeza por un lado del repecho de roca, sin lograr descubrir entre la gran cantidad de cables y vigas de acero ningún rastro de Zein.

—No podemos permanecer eternamente aquí — susurré a Lydia —. Escucha: yo bajaré la escalera, ofreciendo el menos blanco posible, mientras tú me cubres desde arriba. Si Zein vuelve a disparar otra vez, contéstale y oblígale a refugiarse. ¿Entendido?

Me hizo un mudo gesto de asentimiento. Agarré con fuerza mi pistola y, agachado, casi rozándome el mentón con las rodillas, principié a bajar lentamente la escalerilla.

Fueron unos minutos de angustia, durante los cuales descendí, casi a paso de tortuga, los primeros peldaños. Después, al observar que nadie volvía a disparar y nada se movía allá abajo, continué

bajando con más decisión.

Fue a mitad de camino cuando Zein volvió a disparar de nuevo, de entre dos proyectiles que, frente a mí, me ofrecían sus toberas. Sentí como la bala silbaba junto a mis oídos, y di gracias a Dios de que aquel hombre tuviera tan mala puntería.

Una bala llegó desde arriba, y yo imité a Lydia haciendo fuego también hacia el espacio que se ofrecía entre los dos proyectiles, lugar donde debía de estar oculto Zein. Tanto mi disparo como el de Lydia fueron hechos al tuntún, y por eso ninguno dio en el blanco. Sin embargo, consiguieron que nuestro enemigo no volviera a dar señales de vida, hasta que yo logré poner los pies en el suelo de roca de la cueva.

Apenas lo hice me dejé caer en seco, oteando con mi vista el espacio que tenía frente a mí. El primer disparo de Zein había sido hecho a la altura media de la escalerilla, lo cual hacía suponer que existía algún medio de subir por entre la maraña de proyectiles. Si era así, Zein habría tenido que descender también hasta el suelo, y teniendo en cuenta que la escalera por la que había descendido yo era inclinada, mientras la que habría utilizado él sería seguramente vertical, se encontraría hacia mi derecha y, por ende, tan despistado como lo estaba yo.

Me puse de nuevo en pie, y avancé a la carrera hasta encontrarme bajo la protección de dos vigas que sostenían toda una columna de cohetes. Desde allí, oteé en todas direcciones sin lograr descubrir nada.

Me pasé la lengua por los resecos labios. Zein no podía descubrirme a mí, pero yo tampoco podía descubrirle a él. Y mientras, Lydia, allá arriba…

Por el microemisor que llevaba aplicado a la oreja me llegó de repente un disparo. Después, una multitud de voces formando un maremágnum indescriptible. Una ráfaga de ametralladora y después, nada.

Me mordí loa labios hasta hacerme sangre. Inquieto, me removí en el lugar que ocupaba. No pudiendo resistir más aquella incertidumbre pregunté, aun a costa de que Zein me oyera y me localizara:

—¿Qué ha sucedido, Hugo dos?

Mi voz, por el microemisor, llegaría hasta el oído de mi otro

«yo», y él, si todavía estaba vivo, me podría contestar en la misma forma. Esperó anhelosamente a que su respuesta llegara.

No llegó. Naturalmente, Hugo dos no podía contestarme si estaba en presencia de Milred, so pena de que éste descubriera que nos podíamos comunicar a distancia. Pero sí podía hacerlo tal como yo había procedido antes, fingiendo hablar con Milred o con otro, comunicándome así alguna novedad.

Pero ni siquiera esto llegaba. El silencio seguía en el microemisor, y me mordí materialmente los puños de rabia. Rabia por no saber nada de lo que había sucedido allá arriba, y por la incertidumbre de que a Hugo dos le hubiera ocurrido algo.

Fueron pasando lentamente los minutos, en los que no tenía más atención que la microemisora. Y, de repente, esta atención se desvió.

¡Acababa de percibir, muy cerca de mí, una sombra que se deslizaba furtivamente!

Dejé de prestar atención a lo que podría haber sucedido sobre nuestras cabezas, para atender a Zein que, sin haberme visto, avanzaba hacia la escalera. Me puse en guardia, pegándome materialmente a la viga de acero que tenía detrás de mí, con el fin de pasar desapercibido entre las sombras que me rodeaban. Así dejé pasar silenciosos unos minutos, hasta que la sombra de Zein se destacó claramente de entre las demás sombras.

Apretando con trémula mano la pistola, apunté hacia él. Vacilé unos segundos, sin saber si disparar o no. Después, recordé que vivo quizás podría sernos útil para destruir aquel infernal poder que había creado. Bajé el arma, terminando por guardármela entre la camisa y el pantalón.

Según las fotografías que había visto del profesor Zein, antes de ser expulsado de la Academia de Ciencias y perder todos sus derechos como profesor, era un hombre ya maduro, flaco y no muy alto, de músculos débiles. No me sería muy difícil vencerle, pensé. Me preparé, y cuando estuvo lo más cerca posible de mí llamé:

—¡Zein!

La experiencia me había demostrado que este truco es el más práctico cuando se trata de sorprender a un hombre que no se figura que te tiene a su lado. Y aquella vez también surtió efecto. Zein, sobresaltado, se volvió en redondo hacia mí. Como llevaba un

arma en la mano, su primera acción fue, casi inconscientemente, disparar hacia el lugar de donde había partido la voz. Pero allí ya no estaba yo. Sabiendo que esa sería su primera reacción, había dado un salto hacia la derecha y, antes de que él pudiera reponerse del momentáneo desconcierto, ya me lanzaba en plancha y chocaba violentamente contra su cuerpo, cayendo los dos al suelo en confuso montón.

He dicho antes que consideraba al profesor Zein como un hombre débil, de escasa resistencia física. Ahí radicó mi principal error, y entonces tuve ocasión de comprobarlo. Apenas caímos al suelo, se revolvió de una forma rapidísima y sorprendente. Sin saber cómo, me lo encontré encima de mí, alargando sus manos en busca de mi cuello. Me contorsioné violentamente, librándome de aquellas garras, y alcé una pierna, pegándole en el bajo vientre. Soltó un gruñido de dolor, y aproveché el momento para quitármelo de encima con un fuerte empujón, a la vez que me ponía en pie. Zein no tardó ni dos segundos en imitarme, y durante unos momentos nos contemplamos el uno al otro, inmóviles.

Zein había perdido su pistola al recibir mi primer encontronazo, y la buscó con un ojo mientras con el otro no dejaba de observarme. Hice una rápida finta, y aprovechó que él se cubría de aquel lado para atacarle por el otro. Le di un derechazo en el costado y, aprovechándome de ello, seguidamente un puñetazo al mentón. Trastabilló por efecto del golpe, y aprovechó aquella ventaja para arremeter de nuevo contra él, pegándole dos nuevos puñetazos. Fue a chocar contra una de las vigas, y por unos momentos pareció quedar completamente aturdido. Confiado en que lo tenia casi fuera de combate, avancé descubriendo mi guardia. Una nueva equivocación, pues me encontré con un par de puños que me castigaron el estómago, cortándome por unos segundos la respiración. Y seguidamente, una lluvia de golpes chocó contra mi cara. Alcé las manos para protegerme, y ahora recibí los golpes de nuevo en el estómago. Retrocedí unos pasos, irritado por la burda forma en que estaba siendo vencido, y empecé a golpear yo también, sin preocuparme de los golpes que asimismo recibía. Tuve la satisfacción de sentir como mis puños se hundían en carne blanda, y de oír a Zein gruñir. Sus golpes perdieron parte de su fuerza, y yo arrecié los míos. Después de unos instantes en los que

golpeé a ciegas, sin preocuparme de donde iban a parar mis puñetazos, recobré el dominio sobre mí mismo y me tranquilicé. Zein estaba delante mío, semiencogido, sangrando por nariz y boca, y con las manos cubriéndose el estómago. Yo también sangraba por las comisuras de los labios, pero entonces no me daba cuenta de ello. Volví a golpear su rostro, y Zein retrocedió. Avancé dos pasos y entonces, como si hubiera reservado todas sus fuerzas para aquel golpe, Zein levantó su pierna derecha y la descargó con fuerza contra mi ingle.

Sucedieron unos segundos de dolor insoportable, mientras veía desfilar por mis ojos multitud de formas raras. Me encogí sobre mí mismo, y recibí una nueva patada, esta vez en un costado. Furioso, ciego, me lancé también a patear, y sentí cómo Zein gritaba cuando uno de mis pies le alcanzó no sé dónde. Después, ya no oí más.

Tardé cierto tiempo en recuperarme, y me levanté con gran esfuerzo, sintiendo cómo mis ojos se llenaban de lágrimas. Con la mirada turbia, busqué a Zein, sorprendiéndome al no encontrar ni rastro de él. Y no fue hasta pasados unos segundos cuando la verdad se hizo en mi cerebro.

¡Zein escapaba por entre los proyectiles, buscando la salida de uno de los respiraderos!

Me lancé como ciego, internándome en la maraña de cables y vigas. Los proyectiles formaban hileras de gigantescas sombras oscuras en el suelo, en las que mis pies se enredaban entre los cables diseminados por ellas. Yo apenas notaba todo aquello. Mi atención se centraba en hallar a Zein, y este solo pensamiento ocupaba mi mente.

¡Tenía que hallarlo!

Pero a los pocos minutos mis esperanzas se esfumaron. Debían de existir numerosas bocas de respiración, y a Zein le costaría muy poco escabullirse por una de ellas, teniendo la ventaja de que yo no sabía siquiera dónde estaban ubicadas.

De pronto, una idea cruzó por mi cerebro. Quizá Zein hubiera intentado volver a la caverna superior para hallar a Milred. Si era así, fatalmente se encontraría con Lydia...

Volví sobre mis pasos, dirigiéndome hacia uno de los extremos y saliendo de la masa de proyectiles. Aparecí algo alejado de la escalerilla, y corrí hacia ella a grandes zancadas. Y cuando llegué a

su lado, me detuve súbitamente al divisar a Zein que subía rápidamente los últimos peldaños.

En aquellos precisos momentos volvió la cabeza hacía mí. Y al verme, intentó correr más aprisa hacia la salida.

No sé con exactitud lo que pasó por mi mente entonces. Sólo sé que tuve miedo, un miedo instintivo e injustificado de que aquel hombre huyera. Saqué mi revólver y, sin apuntar siquiera, disparé contra él.

Zein se detuvo en mitad de su carrera. Dio media vuelta, presentándome la cara y mirándome con ojos muy abiertos. Permaneció así unos segundos y después, como un guiñol al que de repente se le cortan los hilos que le sustentaban, se derrumbó pesadamente, cayendo por la escalerilla y rebotando, con macabro ruido, de escalón en escalón, hasta quedar tendido a mis pies, inmóvil, con esa extraña postura que sólo sabe dar la muerte.

Como en otras veces anteriores, no comprendí hasta entonces, demasiado tarde ya, la equivocación que había cometido. Vivo, Zein podría haber servido de mucho; muerto, no nos servía para nada. Y Zein estaba bien muerto...

Levanté la mirada buscando a Lydia, con la esperanza de que ella me consolara de aquel resentimiento que sentía conmigo mismo. Pero Lydia no estaba allí. La busqué con la vista por los alrededores, pero tampoco la hallé. ¿Se habría aventurado a bajar y adentrarse en aquel mar de hilos, cables y raíles? Para convencerme, poniéndome las manos delante de la boca en forma de bocina, la llamé varias veces. Las paredes de la caverna fueron repitiendo mis voces, llevándolas a todos los ámbitos de la rocosa cavidad. Pero Lydia no contestó.

Empecé a intranquilizarme. ¿Qué podía haber sucedido para que Lydia abandonara su lugar en lo alto de la escalera? Sólo podía haber sido una causa de fuerza mayor, pero... ¿cuál?

Sin preocuparme demasiado en averiguarlo me lancé escaleras arriba, subiendo los peldaños de cuatro en cuatro. Cuando llegué a la balaustrada dirigí una última mirada a los cohetes que se extendían bajo mis pies, y continué subiendo el tramo de escalera que comunicaba con la caverna superior.

Allí donde estaba la entrada, cerrada en aquellos momentos, existía una pequeña palanquita que supuse movería la trampilla.

Efectivamente, apenas la bajó el paño de suelo se corrió, dejando ver parte del laboratorio y sala de mandos de aquellos diabólicos ingenios.

Subí rápidamente, y la trampilla se cerró silenciosamente a mis pies. Observé alrededor, con desconfianza. No vi nada anormal, y fui avanzando hacia la entrada de la cabina, asomando cautelosamente la cabeza al resto de la caverna.

Pero cuál no sería mi sorpresa al ver, al lado de mi esposa, ¡a Hugo dos!

CAPÍTULO VII

«GEDURCHBOHRT»

ME encontraban en mitad de la cueva. Hugo dos estaba semitendido en el suelo, mientras Lydia, con un trozo de su propio vestido, le vendaba un brazo por el que escapaba un hilillo de sangre. Al verlos, he de confesar que me quedé sorprendido al máximo. ¿Qué hacía Hugo dos allí? ¿Acaso no había logrado terminar con el peligro de Milred?

— ¿Y Zein?

Al verme aparecer se había puesto trabajosamente en pie, y me miró de nuevo con aquellos ojos tristes y melancólicos que había visto otras veces. Bajé la cabeza al contestar:

—Lo he tenido que matar. No he podido evitarlo...

—No importa.

Y se dejó caer nuevamente al suelo, permitiendo que Lydia continuara vendándole el brazo.

—¿Qué ha sucedido con Milred? — pregunté.

Hugo dos soltó una risita triste, en la que había mucho de burla y reproche contra sí mismo. Respondió con voz apagada:

—Huyó, se salió con la suya. Me pagó con la misma moneda con que le habíamos pagado nosotros antes. Me esperó, escondido, y cuando aparecí, me disparó a quemarropa. Por suerte, sólo me hirió en un brazo. Me arrebató la metralleta y escapó.

—Pero yo oí por la microemisora una ráfaga de metralleta. ..

—Sí. Seguramente disparó contra sus hombres o algo así, me supongo. Pero lo principal es que huyó.

Permanecimos unos momentos silenciosos. Lydia acabó de vendarle el brazo y se puso en pie. Hugo dos la imitó, y quedamos los tres mirándonos en silencio, sin atrevemos a pronunciar ninguna palabra.

Vi que Lydia estaba pálida, ojerosa. Nosotros también lo debíamos estar, pero no me fijé en ello; mi atención la acaparaba mi esposa. ¡Pobre Lydia! Quería ofrecerla una vida fácil, cómoda, alegre. Y en cambio...

—Pero el que Milred haya huido no cambia mucho la situación de las cosas. La verdadera amenaza, el verdadero poder que él tiene, está aquí, a nuestros pies. Aún podemos destruirlo.

—No, Hugo uno. Milred, después de atacarme por sorpresa, se fue. Pero llevaba consigo la caja de mandos de la bomba «W». ¿Sabes lo que esto quiere decir? El poder aún está en sus manos…

—Pero — argüí — la bomba «W» está aquí, y si la inutilizamos de nada servirá que Milred tenga la caja de mandos.

Hugo dos sonrió tristemente.

—Está bien, inutilízala. ¿Sabes cómo hacerlo?

Tuve que reconocer que no.

—Lo único que sabemos de la bomba «W» — siguió Hugo dos — es que al accionarse, las dos semiesferas que hay en el cubo que forma la base del cañón se hunden en éste. Ahora bien: ¿lo hacen para impulsar a la bomba, o es solamente una acción mecánica sin transcendencia? ¿Se encuentra la bomba realmente dentro del cubo, entre las dos esferas? Por otra parte, ¿sabemos si al intentar inutilizarla no estallaría? Podría ser que existiese un mecanismo dispuesto para que hiciera explosión o entrara en funcionamiento al intentar violentarla. ¿Podemos saber eso nosotros?

Siguió un silencio más denso que el anterior. Un silencio en el que Hugo dos, Lydia y yo nos miramos sin atrevemos a abrir la boca. La oculta amenaza que se encerraba dentro de aquel cubo metálico ponía en nuestras almas un frío extraño, estremecedor. No podíamos apartamos de su influjo.

—Pero todavía no está todo perdido… — dijo Hugo dos.

Instantáneamente, mi vista se dirigió hacia él. ¿Todavía quedaban esperanzas? ¿Todavía se podía intentar algo?

—Milred no se resignará a destruir toda la humanidad, y destruirse él al mismo tiempo. Querrá la máquina del tiempo para huir de la catástrofe y llevar, a cabo su loco proyecto de fundar una nueva humanidad en el futuro, de la que será un nuevo Adán. Hasta que no consiga la máquina del tiempo tenemos una relativa seguridad.

—Entonces… — me animé.

Quedó unos momentos pensativo, como si no hubiera oído mi pregunta. Después, más animado, prosiguió como si hablara consigo mismo:

—Milred habrá huido llevándose consigo la cajita de mandos de la bomba «W». Seguramente esperará hallar el escondite de la máquina, y hasta entonces permanecerá oculto en algún lugar. ¿Dónde?

—Estamos iguales — respondí desalentado —. Él no sabe dónde estamos nosotros, pero nosotros tampoco sabemos dónde se encuentra él.

—Sí, pero tenemos un medio de averiguarlo.

—¿Cuál?

Volvió a pensar durante unos minutos, al final de los cuales contestó:

—Sí, sería muy fácil... Escucha. Tú puedes trasladarte de nuevo al «Gedurchbohrt», y viajar en la máquina del tiempo unas horas hacia el pasado. Una vez en él, regresas aquí y sigues a Milred hasta donde quiera que vaya. Y cuando sepas con exactitud dónde se esconde, vuelves al presente, vas a su encuentro, y terminas de una vez con su amenaza.

Permanecí unos momentos en silencio, rumiando lo que acababa de oír. Sí, era realizable. No todo estaba perdido todavía...

Volvió a inundarme aquella ola de optimismo, de deseos de luchar que me había invadido ya en otras ocasiones. Ahora lo veía todo muy fácil. Mi vuelta al «Gedurchbohrt», mi regreso al pasado...

—Lydia puede volver a Goslar, aunque... No, es mejor que vaya contigo. Quizá Milred esté esperando que alguno de vosotros aparezcáis por el pueblo, y hay que evitar cometer nuevos errores.

—¿Y tú?

—Yo todavía he de realizar la misión que me trajo aquí. Abajo, en la entrada del respiradero por el cual penetré aquí, he dejado diez cargas de explosivos,

—¡Pero al volar todo esto puedes producir la explosión de los proyectiles!

Hugo dos sonrió ante lo ingenuo de mi exclamación.

—No pienso volar todo esto, como tampoco pienso destruir ningún proyectil. Simplemente, bastará que mine las vigas maestras y los raíles que conducen los proyectiles al cañón. El hundimiento no provocará ninguna explosión de las cargas de los proyectiles, y quedará todo tan ruinoso que se necesitarán meses, quizás años para volverlo a reconstruir.

Tuve que reconocer que Hugo dos pensaba en todos los detalles cuando se trazaba un plan. Y esto me sorprendía cada vez más. ¿No era Hugo dos yo mismo, una copia exacta, tanto física como moralmente, de mi persona? Entonces...

La situación no permitía detenerse en elucubraciones inútiles, y por eso deseché aquellos pensamientos de mi cabeza. Había una misión que cumplir y debíamos cumplir. Hugo dos nos agarró del brazo, a Lydia y a mí, y volvimos hacia la cabina de cristales.

—Vosotros volved a la cueva — nos dijo —. En la parte baja de la montaña, oculto por unos peñascales, tengo un heliorreactor. Usadlo. Yo os seguiré después en algún otro vehículo. No hay tiempo que perder.

Descendimos nuevamente la escalera que conducía a la cueva inferior, y la escalerilla metálica que bajaba hacia el suelo. Tuvimos que saltar sobre el cadáver de Zein, al que Hugo dos apenas concedió una fugaz mirada. Seguimos adelante, y nos adentramos por la maraña de cables y vigas que sostenían aquella inmensa mole de ingeniería. Mi otro «yo» parecía conocer muy bien el camino, pues nos llevó hasta un lugar determinado, en cuyo suelo se podía ver una enorme rejilla metálica. Debía ser tan sólo una de las muchas que, como aquélla, estaban repartidas por el techo, paredes y suelo de la gran caverna.

—Os conducirá al exterior — explicó Hugo dos—. Desde allí, entre unas rocas, podréis ver las toberas del heliorreactor.

Nos despidió con un fuerte apretón de manos, y retuvo unos momentos entre la suya la de Lydia. De nuevo volvió a pasar por su mirada aquel ramalazo de melancolía, y sentí unos inexplicables celos, tan fuera de lugar en aquellas circunstancias. Entre los tres levantamos la trampilla metálica, y nos metimos Lydia y yo dentro.

Descendimos por una escalerilla metálica adosada al muro, hasta que, pocos metros más abajo, el túnel dobló bruscamente hacia la izquierda. Fuimos avanzando por él, alumbrados por mi linterna eléctrica, y unos diez minutos después salíamos al exterior, por una especie de cueva oculta entre peñascales. Me sorprendí al comprobar que era de día. ¿Cuánto tiempo habríamos pasado dentro de aquellos diabólicos recintos?

Tal como nos dijo Hugo dos, a poca distancia divisamos el heliorreactor. Fue sólo cuestión de segundos llegar a su lado,

montar en él, y emprender un rápido vuelo rumbo a Alemania.

Antes de alejamos dirigí una última mirada hacia lo que dejábamos a nuestras espaldas. En la explanada, la casa permanecía vacía, sin asomo de vida alrededor. Todo parecía desolado, muerto.

Cuando nos alejábamos, me asaltó de pronto una idea: Hugo dos había quedado en la isla, diciéndome» que volvería con algún otro vehículo. ¿Con cuál? El heliorreactor en que había hecho el viaje hasta allí era el que teníamos nosotros. Por lo tanto…

Cuando llegamos al «Gedurchbohrt», ya tenía formado mi plan al respecto. Posé el aparato en el aire, a escasos centímetros del abrupto suelo, y me encaré con Lydia. Sin ningún preámbulo, le expuse mi idea; mientras yo realizaba mi viaje en el tiempo, ella podría volver a recoger a Hugo dos, de modo que se encontraran ya en la cueva a mi regreso.

—Tú sabes cómo se maneja un heliorreactor — le dije — y te será fácil llegar hasta allí. Yo me bastaré solo para manejar la máquina.

Al principio, Lydia opuso resistencia, alegando que quizá Milred hubiera abandonado allí algún aparato que no le fuera de utilidad, y Hugo dos lo podría aprovechar. En realidad quería quedarse a mi lado, y tuve que apelar a toda mi persuasión y toda mi fuerza de voluntad para que terminara accediendo y volviera a poner en marcha el aparato, alejándose.

Me quedé contemplando su marcha, hasta que el heliorreactor fue sólo un punto casi invisible en la lejanía. Entonces, lanzando un apagado suspiro, di media vuelta y me metí con paso lento en la cueva.

Apenas entrar, me sorprendió ver varios eliminadores de radiaciones colocados a uno y otro lado de la entrada, apuntando hacia ésta. Y que los cuatro agujeros centrales que daban su luz a la cueva habían sido tapiados, no dejando ver ninguna claridad.

Avancé unos pasos, dirigiéndome al centro de la cueva y buscando mi linterna en el bolsillo. Apenas había tapido tiempo de encontrarla, cuando, súbitamente, cuatro focos situados en el centro de la rocosa estancia, bajo los agujeros, se encendieron. Y una voz, harto conocida para mí, me saludó:

—¡Bienvenido, *Herr* Flap!

* * *

Me quedó parado en el lugar que ocupaba, como si me hubieran nacido repentinamente raíces en los pies. Intenté moverme, pero mis músculos no obedecían a mis mandatos. La sorpresa me había dejado completamente paralizado.

¡Porque frente a mí, sonriendo cínicamente y empuñando entre sus manos la metralleta que ya conocía, se encontraba Maltus Milred!

Milred preguntó:

— ¿Se sorprende de verme, *Herr* Flap? No es extraño. Creía que no conocía este lugar, ¿verdad? ¡La cueva divina de la montaña horadada, como lo llamaban Lydia y usted cuando se conocieron! Fue muy tonto su amigo del futuro al decirle: «¡Nos encontraremos en el «Gedurchbohrt»! Olvidaba que muchas veces, cuando venía a contemplar su máquina del tiempo, me habló de ello, y de los felices días que pasó aquí con su esposa. Fue una solemne tontería, *Herr* Flap. Una solemnísima tontería. Porque yo asocié en seguida una cosa con la otra, y comprendí dónde habían ocultado su famosa máquina. ¿Qué lugar mejor que esta cueva, casi desconocida, nunca visitada, y que ofrecía tan buenas condiciones de habitabilidad? En verdad que no pudieron elegir mejor sitio que éste. Lástima que lo haya descubierto...

Mientras hablaba iba avanzando, hasta que se colocó frente a mí. Sus ojos despedían destellos de odio cuando, cambiando bruscamente el giro de sus palabras, casi escupió sus palabras.

—Por todos los medios ha intentado destruir mi obra, Flap. Me ha perseguido, intentado deshacer lo que yo hacía. Primero, con la máquina del tiempo, después, con mis proyectiles. Pero ha fracasado, Flap. Allí — señaló hacia sus espaldas, y finas gotitas de sudor perlaron mi frente al ver la cajita rectangular de los mandos a distancia de la bomba «W» —, tengo el elemento necesario para destruir a esa humanidad que tanto parece apreciar, y que no sabe corresponder a sus desvelos. Y entonces yo iré al futuro, lejos del caos que desencadenaré aquí, para crear una nueva humanidad exenta de los errores que ha tenido ésta.

Aquellas palabras me sonaban repetidas. Recordé el relato de Hugo dos. Los acontecimientos se iban repitiendo inexorablemente.

Y esta vez Milred también tenía la bomba «W» en su poder.

—¿Cómo piensa crear una nueva humanidad en el futuro, Milred? — intenté que mi voz fuera lo más normal posible —. ¿Cómo piensa hacerlo si no tiene ninguna mujer para ello?

—Usted me ha estorbado mucho, Flap — me respondió, con una risa sardónica en los labios —. Por su culpa he tenido que cambiar todos mis planes y he pasado muy malos momentos. Y voy a vengarme. Su propia mujer me servirá para mis propósitos. ¡¿Qué mejor madre de la humanidad que Lydia? !

Con un rugido de fiera herida me lancé contra él, intentando cercar su grasiento cuello con mis manos. Pero estaba prevenido, y me clavó el cañón de su metralleta en el estómago, obligándome a retroceder.

—No se sulfure, amigo Flap. Todavía tenemos que hacer muchas cosas. Entre ellas, esperar a que su amigo del futuro y su esposa vengan aquí. Mientras tanto, podemos tener un rato de «amigable» charla... ¡No se mueva!

Había intentado dar un paso hacia adelante, pero retrocedí nuevamente. Hugo dos y Lydia tardarían aún en volver. Si pudiera entretenerle...

—Está cometiendo locura sobre locura, Milred — lentamente, milímetro a milímetro, fui avanzando mientras hablaba —. Se ha encasillado en su utópico proyecto de destruir a la humanidad, sin comprender la imposibilidad de tal acto. ¿No sabe que en estos momentos, el otro Hugo Flap, mi otro «yo», está inutilizando su famosa bomba «W»? Ahora, esa cajita que tiene junto a usted no sirve absolutamente para nada.

Acababa de lanzar un farol, pero no me preocupé. Había avanzado dos pasos, y me preparé. Tal como esperaba, la primera reacción de Milred fue dirigir su vista hacia la caja de mandos. Y yo aproveché aquella fracción de segundo para lanzarme contra él.

Erré en mis cálculos. Creí que Milred estaría algo desprevenido, pero con el rabillo del ojo no había dejado de vigilarme. Y me recibió dándome un fuerte golpe en el estómago con el cañón del arma, que me hizo retroceder unos pasos doblándome sobre mí mismo por efectos del dolor. Milred rió tranquilamente mientras me contemplaba con desprecio.

—Usted no sirve para luchador, Flap — me dijo —. No tiene la

suficiente inteligencia. Cree que todo el mundo es tan estúpido como usted. ¿Se imaginaba acaso que me cogería desprevenido con su infantil truco? Ya ha visto que no. Y yo ahora...

Dejé de prestar bruscamente atención a lo que decía Milred. ¡Acababa de oír la voz de Hugo dos, hablándome a través de la microemisora!

«¡No te precipites, Hugo uno! ¡Distrae a Milred como puedas! ¡Estoy volando en tu ayuda!»

Aquello hizo que mi corazón latiera más aprisa. ¡Cielos! ¡Con la emoción del momento me había olvidado completamente de que Hugo dos y yo todavía estábamos en comunicación, y que mi otro «yo» habría oído totalmente mis palabras con Milred, sabiendo así exactamente lo que sucedía en el «Gedurchbohrt»! ¡¡Y venía en mi ayuda!!

Me imaginé por unos momentos que Lydia se habría reunido ya con él, pero en seguida deseché la idea. No, mi esposa no había tenido tiempo de desplazarse hasta la isla de Milred y recoger a Hugo dos. Sin duda mi otro «yo» habría hallado un heliorreactor abandonado...

En efecto, así había sido. En pocas palabras, Hugo dos me puso al corriente de lo sucedido. Apenas Lydia y yo habíamos abandonado la isla, él se había dedicado a colocar las cargas para minar los soportes de las columnas de proyectiles. Cuando lo había tenido todo dispuesto se había colocado un insonorizador auditivo, y había cortado la conexión de la microemisora con el fin de que la explosión, cogiéndome desprevenido, no me destrozara los tímpanos (éste había sido el motivo de que yo no oyera nada). Después había hecho estallar las cargas, comprobando su buen resultado. Todo el contenido de la caverna inferior había quedado convertido en un enorme montón de chatarra, inútil para el fin a que estaba destinado. Con gusto Hugo dos hubiera volado también el cañón, pero ante el peligro de hacer estallar la bomba «W» no se atrevió.

Salió al exterior, dispuesto a buscar algún aparato que le sirviera para abandonar la isla y volver a Alemania. Allí, la escena que pudo presenciar le dijo claramente lo sucedido en la huida de Milred. Éste, no queriendo dejar tras suyo estorbos molestos ni futuros peligros, había eliminado a todos sus hombres a balazos (de ahí las

ráfagas de ametralladora y el griterío que yo oyera). Fuera de la casa los cadáveres de los hombres se amontonaban unos sobre otros. Y más allá, en una especie de hangar anejo al edificio…

Para establecer comunicaciones de la isla a Alemania, Milred había dispuesto de una pequeña dotación de heliorreactores. Al huir, él había utilizado sólo uno. ¡Y en su precipitación no había cuidado de inutilizar los demás!

Hugo dos no había perdido momento. Había montado en el mejor de los aparatos que quedaban, y había emprendido raudo vuelo hacia el «Gedurchbohrt». Por el camino había podido enterarse de la presencia de Milred en la cueva, y…

«Intenta distraerle como puedas, Hugo uno — me pidió—. Habla con él, pregúntale lo que quieras… ¡Me falta muy poco para llegar ahí!»

Asentí levemente con la cabeza, como si Hugo dos pudiera verme. Las esperanzas volvían a renacer en mi corazón. Nuevamente, la suerte volvía a ponerse a nuestro lado. No todo estaba perdido…

Observé a Milred. Permanecía frente a mi, con la metralleta en la mano, mirándome inquisitoriamente. Pensé en si sospecharía algo. No, no era posible. Él no podía sospechar que Hugo dos y yo estuviéramos en comunicación. Sin duda sospechaba al ver que yo apenas le hacía caso, atento tan sólo al microemisor. Debía cambiar mi actitud. Hugo dos no tardaría en llegar, y por lo tanto…

No recuerdo lo que hice para entretenerle. Le hablé, no recuerdo de qué. Quizá le pedí que me informara del funcionamiento de la bomba «W». Lógicamente, otro en su lugar no hubiera contestado, pero él sí. Era vanidoso, y se complacía hablando de «su obra». Pero yo apenas le escuchaba. Mi atención se centraba en Hugo dos, que debería estar devorando distancias en busca del «Gedurchbohrt». Apagadamente, como un eco de fondo, las palabras de Milred resonaban en mis oídos como una oscura cantinela:

—… y es el más poderoso ingenio destructivo que se conoce. Usted ha visto el cañón, ¿verdad, Flap? ¿Recuerda las dos semiesferas que rematan el cubo que le sirve de base? Pues bien, entre ellas está la bomba «W». Al mover la palanca de la caja de mandos, las dos semiesferas se hunden en el cubo, empujando el cuerpo de la bomba hasta colocarlo en posición de disparo. Y una

vez allí…—rió quedamente—. Ya se lo imagina, ¿verdad? La bomba sube hasta la estratosfera, y… ¡pum!, estalla. ¿Y qué sucede entonces? Sus radiaciones destructivas se extienden por todo el mundo, anulando la vida, eliminándolo todo…

Pronunciaba las frases con frialdad, como si estuviera exponiendo una tesis ante los alumnos de una Universidad. Se complacía en recalcar cada palabra, en observar el efecto que producían en mi rostro…

—Esta bomba no puede inutilizarse, Flap. No lo intente, porque, si lo hace, en vez de inutilizarla la pondrá en funcionamiento. Si intenta violentar alguna de las dos semiesferas para llegar al cuerpo de la bomba, el mecanismo automático se pondrá en marcha.

¡Y entonces, por querer salvar a la humanidad, la condenará usted mismo!

Sentí que se me erizaban los pelos de la nuca. ¿Y si Hugo dos, involuntariamente, había violentado la bomba? En este caso, nada ni nadie podría evitar que se pusiese en funcionamiento, y entonces…

Frente a mí, Milred sonreía cínicamente. Mis deseos de borrarle para siempre aquella sonrisa de los labios eran cada vez más fuertes. Intenté tranquilizarme, pensando en Hugo dos y en Lydia. No, la bomba «W» no corría peligro de ser puesta en marcha. En caso contrario, Hugo dos hubiera dicho algo. Y al no hacerlo…

«¡Estoy llegando a la puerta de la cueva, Hugo uno!»

Involuntariamente, en un gesto instintivo, maquinal, volví la cabeza ligeramente hacia la entrada, y…

Aquello fue lo que lo echó a rodar todo. Milred sospechó algo, y también volvió su vista hacia la entrada, teniendo el tiempo justo de lanzarse al suelo antes de que Hugo dos, que acababa de aparecer empuñando su revólver, disparara contra él. Y desde el suelo, apretó con furia el gatillo de su ametralladora.

Sin ver los resultados del disparo de Milred me lancé contra él, intentando arrebatarle la metralleta. Forcejeamos unos instantes, hasta que Milred logró apartarme de un empellón y me golpeó el rostro con la culata del arma.

Retrocedí unos pasos, medio atontado. Mientras, Hugo dos, milagrosamente ileso, estaba esperando el momento propicio para volver a disparar. Lo encontró entonces. Levantó la pistola, apuntó

con cuidado, y apretó el gatillo.

¡Pero el disparo no salió!

No sé si fue defecto del arma, o que se había terminado la carga de proyectiles. La verdad es que, a pesar de oprimir varias veces el gatillo, afanosamente, el disparo no se produjo.

Permanecimos unos momentos inmóviles, como formando una reunión de estatuas. Y de pronto, Milred prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

—¡Dos Hugo Flap, juntos, no pueden contra mí!

¡ ¡ No pueden contra Maltus Milred ¡ ¡

Su risa era de loco, de demente. Apuntó con su metralleta hacia Hugo dos, sin cesar de reír. Mi otro «yo» avanzó un paso.

—Es usted un loco, Milred — dijo fríamente —. Un loco además de un visionario. ¿Cree que por el solo hecho de empuñar una metralleta puede amenazarme? No olvide que vengo del futuro, y, como tal, no pertenezco a su tiempo. No puede hacerme ningún daño. No siga su locura, Milred. Entréguese y saldrá ganando.

Tuve que admirar el valor de Hugo dos. Porque él no era invulnerable, ya que venía del pasado, no del futuro. Y en el futuro un hombre podía muy bien morir, ya que con ello no modificaba su propia historia ya transcurrida. «Un hombre no puede ir al pasado y modificar algo, ya que ignora las consecuencias que podrían desprenderse de ello — había dicho Hugo dos —; pero un hombre sí puede ir al futuro y modificar el curso de los acontecimientos». Y por lo tanto allí podía morir, no era invulnerable.

Por suerte Milred no sabía eso, como tampoco sabía que Hugo dos, de haber venido del futuro, no hubiera podido realizar todo lo que había realizado. Y se atemorizó. Tuve la satisfacción de ver cómo, nervioso, ordenaba a Hugo dos que no avanzara más o dispararía.

—Ya he dicho que no puede hacer nada, Milred. Está perdido. Su laboratorio está destruido, y sin él no puede intentar nada contra la Tierra.

Milred retrocedió unos pasos. Miraba fijamente a Hugo dos y, de pronto, se fijó en su brazo vendado.

— ¡No es cierto! —chilló—. ¡No es invulnerable! ¡Yo le he herido!

Hugo dos dijo:

—¿Sí? Ha disparado contra mí, es cierto. Ha salido sangre de la herida, también es cierto. Pero yo no he sufrido ningún daño, Milred. Ninguno.

Pero la desconfianza empezaba a penetrar en el cerebro del loco. Hugo dos me dirigió una mirada en la que latía un mensaje. Y comprendí. Mi otro «yo» estaba entreteniendo a Milred para que yo pudiera actuar. Hugo dos avanzó dos nuevos pasos, y tendió su mano.

Pidió:

—Déme la metralleta, Milred.

Vi cómo éste crispaba las manos, mientras su dedo se curvaba contra el gatillo. Y me lancé de súbito contra él.

Sucedieron varias cosas en un mismo tiempo. Milred logró apretar el gatillo, y una ráfaga de disparos atronó la cueva justo en el momento en que yo caía sobre él. Recordando las dos veces anteriores, en las que me venció, golpeé fieramente, sin preocuparme de dónde iban a parar mis golpes. Recuerdo que oí un siniestro crujido seguido de un aullido, y Milred se debatió debajo mío. Agarré la metralleta y di un tirón, poniéndome en pie. Y entonces se me presentó a los ojos un cuadro que hubiera querido no ver.

Hugo dos estaba tendido en el suelo, y en su pecho florecían tres rosas rojas. Los disparos de Milred, aún desviados al lanzarme yo contra él, le habían alcanzado. A su lado, y semiincorporándose penosamente, se encontraba Milred. Tenía la cara bañada en sangre, que se le deslizaba del hueso de la nariz, roto por uno de mis golpes. Me miraba fieramente, con unos ojos que inspiraban horror. No era el Milred de hacía unos momentos, fanfarrón y seguro de sí mismo. Ahora, en su mirada solamente brillaba odio, locas ansias de matar.

Inconscientemente, recordé las palabras que pronunciara Hugo dos en su relato «Su único ojo brillaba con destellos de un odio y una ferocidad intensos».

Y ahora podía contemplar personalmente aquella misma expresión.

Milred gritó:

—¡Malditos estúpidos! ¡Moriréis! ¡Moriréis todos a mis manos!

No fue hasta entonces cuando me fijé en algo. Había

permanecido como absorto contemplando el demoníaco rostro de Milred, y por eso no me había dado cuenta de que ¡sus manos habían agarrado, de su espalda, la cajita de mandos de la bomba «W»!

Un helado escalofrío me sacudió todo el cuerpo. Sentí como el sudor, brotando intensamente de todos mis poros, me empapaba la ropa. ¡Porqué las manos engarfiadas de Milred estaban posándose en la palanquita que ponía en funcionamiento el mecanismo de la bomba! ¡ ¡ y la estaban bajando! !

Apreté el gatillo de la metralleta con furia homicida, y lo mantuve apretado hasta que se agotó el cargador. Pude ver cómo las balas salían del cañón del arma con gruesas llamaradas, e iban a enterrarse en el cuerpo de Milred, una tras otra. Pude comprobar cómo éste se sacudía a impulso de los proyectiles. Las balas le empujaban de un sitio a otro, y yo le seguía en sus evoluciones, contemplando su bailoteo de aquella danza macabra, de muerte. Una vez pasó por delante de la máquina del tiempo, pero yo seguí disparando. Cuando se agotó el cargador y los disparos cesaron de atronar el ambiente, el cuerpo de Milred, completamente deshecho a balazos, cayó pesadamente al suelo. Pero en ningún momento, ni aún después de muerto, sus manos engarfiadas abandonaron la fatídica cajita.

¡Con la palanca completamente bajada!

CAPÍTULO VIII

LOS ÚLTIMOS MINUTOS

NO sé si los hilos del destino son inflexibles, y aunque nosotros nos esforcemos en torcerlos a nuestra conveniencia, siguen dirigiendo los actos de los hombres a su antojo. No sé, repito, si los actos de los hombres se estrellan ante este muro invisible, impalpable e impenetrable que es la fatalidad. No lo sé, ni creo que lo sepa nadie.

Pero así había sucedido. A pesar de nuestros esfuerzos, a pesar de que habíamos intentado por todos los medios torcer el curso de los acontecimientos, éstos habían seguido su rumbo trazado fijamente, inmutablemente. Habían variado los actos secundarios, las circunstancias, es cierto, pero no así los acontecimientos principales, los decisivos. A pesar de todo, la Historia había seguido su curso. En algún lugar del infinito debía de estar escrito que la humanidad debía terminar a manos de un loco, y así había sucedido. Todos los hechos se habían realizado tal como los había descrito Hugo dos en su relato: había podido contemplar con mis propios ojos la magnitud de la obra de Milred; Zein, el físico loco promotor de todo el proyecto, había muerto a mis manos, y Milred también. Y finalmente lo decisivo, lo verdaderamente fundamental, en el último momento, en el último instante de su vida, cuando sus manos se agarrotaban ya en los espasmos de la muerte, Milred había accionado la palanca que ponía en funcionamiento la bomba «W». Y yo, Hugo Flap, era el único hombre en el mundo que sabía que, pocos días después, la Tierra, como planeta vivo, habría dejado de existir.

Con paso cansino, abatido, me dirigí hacia la entrada de la cueva, y miré al exterior.

Nada parecía haber cambiado, todo seguía igual que siempre. Las montañas, algunas de ellas con las cumbres semicubiertas de blanca nieve a pesar de ser verano, el cielo azul…

¿Habría entrado realmente en acción la bomba «W»? Hugo dos había destruido el depósito de proyectiles. ¿Por qué no podía,

aunque hubiera sido sin darse cuenta, haber inutilizado también la bomba? Si involuntariamente había roto alguna conexión desconocida…

La esperanza empezó a renacer en mi corazón. Quizá no había pasado nada, quizá lo que yo consideraba una derrota era una victoria, la mayor victoria que el mundo podía alcanzar. Quizás…

Entonces sucedió.

Fue como un relámpago surgiendo del cielo, muy alto en el horizonte. Un relámpago cárdeno, con espesas tonalidades rojizas. Un relámpago que, por unos momentos, me cegó completamente. Y cuando pude de nuevo abrir los ojos y contemplar hacia las alturas, un estremecimiento de horror me sacudió de pies a cabeza.

¡El cielo, en todo aquel sector del horizonte, presentaba un intenso color rojo!

Ya no me cupo ninguna duda. La bomba «W», a pesar de mis vanas esperanzas, había estallado. Ahora, a la humanidad le quedaba poco tiempo de vida. ¿Una hora, un día, una semana? No lo sabía. Nadie sabía el peligro que se cernía sobre sus cabezas. Nadie, salvo yo. Y al pensar en ello, un nudo se formó en mi garganta. ¡La humanidad estaba condenada a muerte por la locura de mi solo hombre!

—Hugo uno…

Me volví en redondo, sobresaltado. En el centro de la cueva, Hugo dos, apoyado sobre sus codos, me miraba con ojos turbios. Jadeaba, y de sus labios escapaba un débil hilillo de sangre.

—Todo está… perdido, ¿verdad?… la bomba…

Me acerqué a él y me incliné, levantándole el cuerpo y recostándole con la espalda apoyada a un estrecho muro de estalagmitas.

—La bomba… —volvió a repetir.

Aunque no terminó la frase, comprendí plenamente su significado. Asentí lentamente con la cabeza. Hugo dos lanzó un apagado suspiro, y se echó hacia atrás, golpeando sordamente contra el muro que tenía a sus espaldas. Contemplando un punto indeterminado del espacio, murmuró:

—Ahora… todo seguirá su curso… la Tierra permanecerá estéril… hasta que surja una nueva humanidad… y un nuevo Maltus Milred…

Su mano se apoyó en mi brazo, y sus dedos se incrustaron fuertemente en mi carne. Con unas insospechadas energías, gritó:

—¡ ¡No ! ! ¡No puedes permitir... que esto... vuelva a suceder...! Yo he fracasado... pero tú no puedes... fracasar... Has de ir al futuro... a encontrar al nuevo Hugo Flap... y has de hacer... lo que yo... no he conseguido...

Quedó jadeante, mirándome con unos ojos que querían decirme muchas cosas. Cosas que sus labios exangües no podían pronunciar...

Asentí lentamente con la cabeza. Sí, iría al futuro a encontrar a Hugo Flap. Y allí, intentaría conseguir lo que nosotros no habíamos podido…

Hugo dos siguió agarrándome del brazo.

—Hugo uno... no puedo morir... como me describió Milred... No quiero ver... desaparecer mi piel... poco a poco...

Siguió hablando, con frases entrecortadas. Desde un principio había temido que fracasáramos, que el destino fuera más fuerte que nuestra voluntad. Por eso, en previsión de una posible derrota, había instalado aquellos eliminadores de radiaciones en la entrada, y había tapiado los orificios superiores de la cueva. Así, y durante un tiempo indeterminado, las mortales radiaciones de la bomba «W» no entrarían en la cueva y, cuando al fin lo hiciesen, él ya habría muerto.

Me levanté y me dirigí con paso vacilante hacia la entrada. Puse en marcha los aparatos. El cielo ya tenía en su totalidad una coloración rojiza, resultado de haberse mezclado la bomba «W» con el hidrógeno, helio y nitrógeno que existían en las capas altas de la atmósfera. Me imaginé lo que pasaría por el mundo en aquellos momentos, la intranquilidad de todos los hombres al observar aquel cambio de coloración. ¿Qué pensarían de ello?

Volví al lado de Hugo dos. Éste permanecía en la misma posición en que lo había dejado, con los ojos perdidos en algún lugar que yo no podía imaginar. Quizás contemplara el futuro, la destrucción de la Tierra... o quizás añorase el pasado, aquel pasado de Goslar, cuando junto con Lydia, su Lydia, recorrerían aquella misma cueva, admirándose de las asombrosas tonalidades de luz y color que tenían las estalactitas y estalagmitas.

Transcurrió un cierto tiempo, no sé si fue un minuto o una hora,

en el que permanecimos los dos inmóviles, pensativos. Hasta que, de pronto, Hugo dos pareció darse cuenta de mi presencia y volvió sus ojos hacia mí. Con un supremo esfuerzo consiguió hablar:

—Ve… la máquina… del tiempo…

Yo también parecí despertar de un sueño. Sí, aunque abatido, sin ánimos para nada, debía cumplir una misión. Debía pensar en que, muchos siglos después, un nuevo Hugo Flap y un nuevo Maltus Milred nacería, y que debía evitar, con la ayuda del primero, que el segundo volviera a destruir la humanidad. Me puse nuevamente en pie, dirigiéndome hacia la máquina del tiempo. Verifiqué los cálculos, y empuñé con mano trémula la palanca reguladora. Lentamente, la fui empujando hacia la cifra que precisaba…

¡La palanca se detuvo, quinientos años antes de la cifra señalada!

Empujé frenéticamente. No podía ser que, justamente en aquel momento, se encallara. Pero, a pesar de mis esfuerzos, la palanca no siguió. Y entonces me percaté de algo que me erizó los cabellos.

¡Al disparar contra Milred, una de mis balas se había clavado en el cuadro de mandos de la máquina, justo debajo de la palanca reguladora!

Pálido, tembloroso, examiné la situación. Durante casi una hora repasé el cuadro de mandos, valorando los daños ocasionados por el disparo. Cuando me hube cerciorado, cuando supe con seguridad lo que sucedía, una ola de desesperación cruzó por mi cerebro. ¡La máquina funcionaba solamente en un período aproximado de tres millones de años en el pasado y tres en el futuro!

Regresé abatido al lado de Hugo dos. Éste había seguido atentamente todas mis manipulaciones y, comprendiendo que algo anormal sucedía, me interrogó con la mirada.

Se lo comuniqué, dejándome caer al suelo, abatido. Hugo dos permaneció unos momentos silencioso. Después, haciendo un supremo esfuerzo, al parecer incompatible con su organismo agotado, se semilevantó y se dirigió a mí:

—Todavía… no está… todo perdido… — me señaló con mano temblorosa hacia un rincón—. Allí… hay una máquina… parlo—escritora… Tráela…

Sin comprender lo que se proponía, asentí con la cabeza. Me levanté, y traje lo pedido.

—Escribe... en ella... todo lo sucedido... No omitas nada... Mételo después... en la máquina... y así...

Se dejó caer, agotado. De la comisura de sus labios volvió a manar sangre. Con un supremo esfuerzo murmuró, balbuceante:

—Haz...lo...

Y perdió el conocimiento. Lentamente, su cuerpo fue resbalando hasta caer de costado, quedando así, inmóvil, como muerto.

Me puse en pie, sintiendo un vacío dentro de mí. Todo estaba perdido, pero aún quedaba algo por hacer. Tomé la máquina parlo—escritora y comprobé que había provisión de hojas en su interior. Agarré con mano trémula el micrófono, y...

— ¡ ¡ Hugo ! !.

El micrófono golpeó con seco chasquido en el suelo al caer de mi mano. Me volví en redondo. ¡La voz que gritaba mi nombre desde el exterior era la de Lydia!

En dos saltos me planté en la entrada de la cueva. Y allí me detuvo, con los ojos desorbitados, el espectáculo que alcancé a ver.

El cielo tenía un color rojo intenso que se propagaba a todo lo que alcanzaba la vista. Todo el paisaje presentaba un aspecto vago, impreciso, como la tela de un cuadro sobre la que se ha echado agua. Allá abajo, entre unas peñas, yacía el heliorreactor con el que, al comprobar sin duda que Hugo dos ya no estaba en la isla de Milred, Lydia había vuelto. Y ella...

Sentí erizárseme los cabellos. Mi esposa intentaba subir por entre las peñas, aferrándose a las rocas que parecían deshacerse al contacto de sus manos. Todo parecía irreal, fruto de una espantosa pesadilla. El cuerpo de Lydia estaba envuelto por una especie de halo, como una neblina que lo difuminaba todo, no permitiendo ver más que una silueta imprecisa. Parecía como si...

«Primero es la piel la que sufre sus efectos, y se desmenuza, se deshace en trozos infinitesimales. Después sigue la carne, trozo a trozo, músculo a músculo.

Y por último, los tendones y los huesos. ¿Y qué queda entonces del hombre?...»

Las palabras resonaron en mi cerebro como si Milred las acabara de pronunciar en mi oído. No, no podía ser. Aquello que contemplaba no podía ser el fin del mundo.

¡Era imposible!

Lydia, aquella forma imprecisa que cada vez se iba haciendo más vaga, intentaba todavía en un último esfuerzo escalar la montaña hasta llegar a la cueva. Su rostro, el lugar donde debía estar su rostro, se levantó como si dirigiera su vista hacia mí. Parecía como si quisiera hablarme, decirme algo, pero a mis oídos solamente llegaban sonidos inarticulados. Parecía como si…

—¡Lydia!

Repentinamente, la luz se hizo en mi cerebro. Y entonces… ¡entonces comprendí que, con mis propios ojos, estaba presenciando la agonía de mi esposa, víctima de la fatídica bomba «W»!

Finalmente, su cuerpo quedó inmóvil. La niebla imprecisa que lo difuminaba todo se cernió sobre ella como si quisiera cubrirla con su manto. ¡Lydia acababa de morir!

Mi primera reacción fue lanzarme fuera de la cueva y correr en busca del cuerpo de mi esposa… o lo que quedara de él. Pero me contuve. No, no podía hacerlo. Por ahora, los eliminadores de radiaciones me protegían de los devastadores efectos descohesionantes, pero si salía al exterior todo habría terminado para mí.

Y antes debía cumplir una misión, un deber sagrado, si no quería que millones de años más tarde se repitieran las mismas espantosas escenas que acababa de presenciar.

Lentamente, sintiendo que en mi pecho algo estallaba en pedazos, di media vuelta y, recogiendo con mano trémula el micrófono, empecé a dictarle a la máquina.

FINAL

He terminado de dictar a la parlo—escritora todo lo sucedido, y he de confesar que ello me ha hecho un gran bien.

Durante el tiempo en que, casi mecánicamente a veces, he ido desgranando los acontecimientos ante la máquina, he podido analizar concienzudamente todo lo sucedido. He podido examinar, desde un plano de vista posterior, todo lo que Hugo dos y yo hemos hecho, y he de confesar muy a pesar mío que hemos procedido equivocadamente.

No sé si actuando de modo distinto a como lo hemos hecho hubiéramos conseguido el éxito. Ya he apuntado antes que quizá sea imposible cambiar por completo el curso de los acontecimientos, y lo que considero yo error por nuestra parte no sea más que el resultado de esta imposibilidad. Pero lo que sí he de decir es que, procediendo tal como Hugo dos y yo procedimos, cometimos una grande y fatal equivocación. Confiamos demasiado en nuestras propias fuerzas, despreciando el poder de Milred. Creímos que nos bastábamos y nos sobrábamos para conjurar el peligro que se cernía sobre la Tierra, sin ver que para lograr esto teníamos que acabar primero con el promotor de este peligro. Quisimos destruir las consecuencias, sin comprender que para ella teníamos que terminar primero con las causas. No quiero decir con esto que con sólo matar a Milred hubiéramos terminado con el peligro. Pero sí debíamos haber hecho esto en primer lugar, antes de todo lo que en realidad hicimos. Antes de aseguramos de que no se podrían disparar los cohetes debimos conseguir que *nadie* pudiera dispararlos. Las causas son siempre más importantes que las consecuencias, y el no haber comprendido esto fue nuestro principal error. Un error que nos ha costado demasiado caro.

Pero ahora es inútil clamar por algo para lo cual ya no hay remedio. Hugo dos ya ha muerto, y Lydia también. En cuanto a mí…

En el exterior, todo está desapareciendo. Las paredes de la entrada de la caverna están siendo mordidas por las radiaciones de la bomba «VV», y no tardarán mucho en desaparecer también. La radiactividad descohesionadora está ya penetrando por los cuatro

orificios que tapara Hugo dos en el techo, cuyos materiales se han volatilizado ya por completo. Por eso, antes de que sea demasiado tarde, quiero terminar este manuscrito y enviarlo a tu tiempo. Como la máquina se encuentra asentada sobre el rústico banco natural de piedra que hay aquí, en este lugar lo encontrarás cuando, junto con «tu» Lydia, vengas a visitar esta caverna.

Luego, cuando haya cumplido mi misión, saldré al exterior. Podría, si quisiera, huir de la destrucción trasladándome a tiempos pasados, pero prefiero asistir al fin. Quiero sentir en mi propia carne las radiaciones de este mortal ingenio inventado por la locura de Milred. Quizá sea como un acto de expiación por no haber sabido salvar a la humanidad, o por alguna otra causa semejante. No sé. La verdad es que mi decisión ya está firmemente tomada. Cuando haya cumplido mi misión…

Pero el fin ya se está acercando y no quiero demorarme más. Solamente, antes de terminar, quiero hacer dos recomendaciones. La primera a ti, Hugo Flap: cuando sepas todo esto, cuando comprendas la magnitud de la obra cuya responsabilidad ha caído sobre tus hombros, quizá te sientas aturdido y no sepas qué resolución tomar. Puedes poner en antecedentes a la policía o al Departamento de Defensa o Seguridad; puedes valerte de tus solas fuerzas si te crees capaz. Pero…

Sea cual fuere tu decisión, allí donde encuentres a Milred, si quieres salvar tu vida, la de Lydia, y la de toda la humanidad, ¡mátalo! ¡Mátalo, aunque tengas que pagar después con tu vida este acto de justicia!

Y si alguna otra persona que no sea Hugo Flap, sea quien fuere, encuentra este documento y lo lee… Seguramente creerá que todo lo dicho en él es una patraña, la obra de la imaginación exaltada de un loco. No importa. Es libre de opinar lo que quiera. Pero le ruego una cosa: que vuelva a depositar este manuscrito en donde lo encontró. Con ello no hará mal a nadie, y quizá logre la salvación de toda la humanidad.

Y eso es todo. El fin ya está acercándose, y no quiero demorar más mi cita con la muerte. Depositaré este documento dentro de un cilindro cerrado, y lo meteré en la máquina del tiempo, enviándolo al futuro. Después saldré al exterior, esperando el momento en que mis átomos disgregados se reúnan con los otros átomos. Mi único

consuelo será el pensar que, millones de años después, tú, mi otro «yo» del futuro, serás conocedor de algo que quizá pueda ayudarte a ser útil a los hombres.

Hasta nunca,

HUGO FLAP

FIN